

SILVIO N. GRIMALDI

# HUELLAS



JORG  
E. R. G.  
1962

LIBRO DE LECTURAS  
PARA 6° GRADO

*Aprobado por el Consejo  
Nacional de Educación*



34,386

SILVIO N. GRIMALDI

# HUELLAS

---

---

LIBRO DE LECTURA  
PARA SEXTO GRADO

---

---

*Ilustró*  
JORGE ARGERICH

EDITORIAL KAPELUSZ Y CÍA.

MORENO 372 - BUENOS AIRES

143X193

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

Todos los derechos reservados por (Copyright, 1942, by)  
EDITORIAL KAPELUSZ & Cía. — BUENOS AIRES  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la Argentina (Printed in Argentine).

*Publicado en octubre de 1942.*

Primera edición, primera reimpresión, Marzo de 1943.



*Como quien modela un búcaro, cincela una joya o esculpe un mármol, pacientemente, cautelosamente, y no da a conocer su obra sino cuando tiene la firme convicción de que detalle alguno haya sido olvidado, para obtener un mejor concepto de la crítica, así elaboré HUELLAS, que sin pretender ser perfecta, intenta llevar un sello de originalidad y acierto, porque he puesto en ella todos mis afanes y mi alma de maestro.*

EL AUTOR.



## EL PRIMER DÍA DE ESCUELA

Hoy ¡primer día de clase! ¡Pasaron como un sueño aquellos tres meses de vacaciones consumidos en el campo! Mi madre me condujo esta mañana a la sección Bareti para inscribirme en la tercera elemental. Recordaba el campo e iba de mala gana. Todas las calles que desembocan cerca de la escuela hormigueaban de chiquillos; las dos librerías próximas estaban llenas de padres y madres que compraban carteras, cuadernos, cartillas, plumas, lápices; en la puerta misma se agrupaba tanta gente, que el bedel, auxiliado de los guardias munici-



pales, tuvo necesidad de poner orden. Al llegar a la puerta sentí un golpecito en el hombro; volví la cara: era mi antiguo maestro de la segunda, alegre, simpático, con su pelo rubio rizado y encrespado, que me dijo: —Conque, Enrique, ¿es decir que nos separamos para siempre? Demasiado lo sabía yo; y sin embargo, ¡aquellas palabras me hicieron daño! Entramos, por fin, a empellones. Señoras, caballeros, mujeres del pueblo, obreros, oficiales, abuelas, criadas, todos con niños de la mano y cargados con los libros y objetos de que antes hablé, llenaban vestíbulo y escaleras, produciendo un rumor como cuando se sale del teatro. Volví a ver con alegría aquel gran zaguán del piso bajo, con las siete puertas de las siete clases, por donde pasé casi todos los días durante tres años. Las maestras de los párvulos iban y venían entre la muchedumbre. La que fué mi profesora de la primera superior, me saludó diciendo: —¡Enrique, tú vas este año al piso principal, y ni siquiera te veré al entrar o salir! Y me miró con tristeza. El director estaba cercado por una porción de madres que le hablaban a la vez, pidiendo puesto para sus hijos; y por cierto que me pareció que tenía más canas que el año pasado. Encontré algunos chicos más gordos y más altos de como los dejé; abajo, donde ya cada cual estaba en su sitio, vi algunos pequeñines que no querían entrar en el aula y se defendían como potrillos, encabritándose, pero a la fuerza les hacían entrar en clase, y aun así, algunos se escapaban después de estar sentados en los bancos; otros,



al ver que se marchaban sus padres, rompían a llorar y era preciso que volvieran las mamás, con lo que la maestra se desesperaba. Mi hermanito se quedó en la clase de la señorita Delcato; a mí me tocó el maestro Perbono, en el piso primero. A las diez, cada cual estaba en su sección: cincuenta y cuatro en la mía; sólo diez o quince eran antiguos compañeros míos de la segunda, entre ellos Deroso, el que siempre sacaba el primer premio.

¡Qué triste me pareció la escuela recordando los bosques y las montañas donde acababa de pasar el verano! Hasta me acordaba con pena de mi antiguo maestro, tan bueno, que se reía tanto con nosotros; tan chiquitín, que casi parecía un compañero; y sentía no verle allí con su cabeza rubia enmarañada. Nuestro maestro de ahora es alto, sin barba, con el cabello gris, es decir, con algunas canas, y tiene una arruga recta que parece cortar la frente; su voz es ronca, y nos mira fijo, fijo, uno después de otro, a todos, como si quisiera leer dentro de nosotros; no se ríe nunca. Yo decía para mí: —He aquí el primer día. ¡Nueve meses por delante! ¡Cuántos trabajos, cuántos exámenes mensuales, cuántas fatigas! Sentía verdadera necesidad de encontrar a mi madre a la salida, y corrí a besarle la mano. Ella me dijo:

—¡Ánimo, Enrique; estudiaremos juntos las lecciones!  
Y volví a casa contento.

EDMUNDO DE AMICIS.

De *Corazón*. Ed. Anaconda. Buenos Aires, 1937.

---

EDMUNDO DE AMICIS (1846-1908). Célebre escritor italiano. Publicó varias obras de viaje y novelas históricas y sentimentales, entre ellas *Corazón*, que es de todas las suyas la que más éxito ha alcanzado, cuyo argumento es la historia escolar de un niño italiano.



## EL POZO

Sobre el brocal desdentado del viejo pozo, una cruz de palo, raída por la carcoma, miraba en el fondo su imagen simple.

Toda una historia trágica.

Hacía mucho tiempo, cuando fué recién herida la tierra, y pura el agua como sangre cristalina, un caminante sudoroso se sentó en el borde de piedra para descansar su cuerpo y refrescar la frente con el aliento que subía del tranquilo redondel.

Allí le sorprendieron el cansancio, la noche y el sueño; su espalda resbaló al apoyo y el hombre se hundió, golpeando blandamente en las paredes hasta romper la quietud del disco puro.

Ni tiempo para dar un grito o retenerse en las salientes, que le rechazaban brutalmente después del choque. Había rodado llevando consigo algunos pelmazos de tierra pegajosa.

Aturdido por el golpe, se debatió sin rumbo en el estrecho cilindro líquido hasta encontrar la superficie. Sus dedos espasmódicos, en el ansia agónica de sostenerse, horadaron el barro rojizo. Luego quedó exánime, sólo emergida la cabeza, todo el esfuerzo de su ser concentrado en recuperar el ritmo perdido de su respiración.



Con su mano libre tanteó el cuerpo, en que el dolor nacía con la vida.

Miró hacia arriba: el mismo redondel de antes, más lejano, sin embargo, y en cuyo centro la noche hacía nacer una estrella tímidamente.

Los ojos se hipnotizaron en la contemplación del astro pequeño, que dejaba, hasta el fondo, caer su punto de luz.

Unas voces pasaron no lejos, desfiguradas, tenues; el frío del agua le mordió y lanzó un grito que, a fuerza de terror, se le quedó en la boca.

Hizo un movimiento y el líquido onduló en torno, denso como mercurio. Un pavor místico contrajo sus músculos, e impelido por esa nueva y angustiosa fuerza comenzó el ascenso, arrastrándose a lo largo del estrecho tubo húmedo; unos dolores punzantes abriéndole las carnes, mirando el fin siempre lejano, como en las pesadillas.

Más de una vez, la tierra insegura cedió a su peso, crepitando abajo en lluvia fina; entonces suspendía su acción tendido de terror, vacío el pecho, y esperaba inmóvil la vuelta de sus fuerzas.

Sin embargo, un mundo insospechado de energías nacía a cada paso; y como por impulso adquirido maquinalmente, mientras se sucedían las impresiones de esperanza y desaliento, llegó al brocal, exhausto, incapaz de saborear el fin de sus martirios.

Allí quedaba, medio cuerpo afuera, anulada la volun-



tad por el cansancio, viendo delante suyo la forma de un aguaribay como cosa irreal. . .

Alguien pasó ante su vista, algún paisano del lugar seguramente, y el moribundo alcanzó a esbozar un llamado. Pero el movimiento de auxilio que esperaba fué hostil. El gaucho, luego de santiguarse, resbalaba del cinto su facón, cuya empuñadura en cruz tendió hacia el maldito.

El infeliz comprendió: hizo el último y sobrehumano esfuerzo para hablar; pero una enorme piedra vino a golpearle en la frente, y aquella visión de infierno desapareció como sorbida por la tierra.

Ahora, todo el pago conoce el pozo maldito, y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera semipodrida defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.

RICARDO GÜIRALDES.

*De Cuentos de muerte y de sangre.* Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1933.

## EXPLICACIONES

*Refrescar su frente con el aliento que subía del tranquilo redondel:* refrescar su frente con el fresco vaho que subía de la tranquila superficie del agua.

---

RICARDO GÜIRALDES (1886-1927). Escritor argentino contemporáneo, autor del famoso libro *Don Segundo Sombra*, *El cencerro de cristal*, *Rosaura* y *Cuentos de muerte y de sangre*.

## SANTOS VEGA

### LA MADRUGADA

*Como no era dormilona,  
antes del alba siguiente,  
bien peinada y diligente  
se hallaba Juana Petrona,  
cuando ya lucidamente*

*venía clariando al cielo  
la luz de la madrugada,  
y las gallinas al vuelo  
se dejaban caer al suelo  
de encima de la ramada.*

*Al tiempo que la naciente  
rosada aurora del día,  
así que su luz subía,  
la noche oscura al poniente  
tenebroso descendía.*

*Y como antorcha lejana  
de brillante reverbero,  
alumbrando al campo entero,  
nacía con la mañana  
brillantísimo el lucero.*



*Viento blandito del norte  
por Samborombón cruzaba  
sabumado porque llegaba  
de Buenos Aires, la corte  
que entre dormida dejaba.*

*Ya también las golondrinas,  
los cardenales y horneros,  
calandrias y carpinteros  
cotorras y becasinas  
y mil loros barranqueros;*

*los más alborotadores  
de aquella inmensa bandada  
en la espadaña rociada  
festejaban los albores  
de la nueva madrugada;*

*y cantando sin cesar  
todo el pago alborotaban,  
mientras los gansos nadaban  
con su grupo singular  
de gansitos que cargaban.*

*Flores de suave fragancia  
toda la pampa brotaba,  
al tiempo que coronaba  
los montes a la distancia  
un resplandor que encantaba;*

*luz brillante que allí asoma,  
el sol antes de nacer;  
y entonces da gozo el ver  
los gauchos sobre la loma  
al campiar y recoger;*

*y se vían alegres  
por varios rumbos cantando,  
y sus caballos saltando  
fogosos los albardones,  
al galope y escarciando;*





*Y entre los recogedores  
también sus perros se vían,  
que retozando corrían  
festivos y ladradores,  
que a las vacas aturdían.*

*Y embelesaba el ganao  
lerdiando para el rodeo,  
como era un lindo recreo  
ver sobre un toro plantao  
dir cantando un benteveo;*

*en cuyo canto la fiera  
parece que se gozara,  
porque las orejas para  
mansita, cual si quisiera  
que el ave no se asustara.*

*Ansí, a la orilla del fango  
del bañado, la más blanca  
y cosquillosa potranca  
ni mosquea si un chimango  
se le deja cair en la anca.*

*Solos, pues, sin albedrío,  
estaban los ovejeros  
cuidando de los chiqueros,  
mientras se alzaba el rocío  
para largar los corderos.*

.....

HILARIO ASCASUBI.

De Santos Vega. Edit. "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1919.

### EXPLICACIONES

*Campiar y recoger*: todas las mañanas, en las estancias, salen los peones a recoger el ganado vacuno y traerlo a un punto que se llama playa del rodeo. *Ganao*: ganado, el conjunto de la hacienda vacuna. *Lerdiando*: al paso, marchando lentamente. *Benteveo*: pájaro que acostumbra posarse sobre el lomo de los toros, aunque marchen. *Potranca*: yegua joven. *Chimango*: ave de rapiña que abunda en el campo de Buenos Aires. *Largar los corderos*: no se sueltan hasta que no se evapora el rocío, porque les hace daño comer el pasto mojado.

---

HILARIO ASCASUBI (1807-1875). Notable poeta gauchesco. Se le considera, justamente, como uno de los más inspirados cultores de la literatura regional.

### UN VIAJE EN GALERA

Don Clemente fué un federal a muerte. Terco y empecinado, taciturno y adusto, no admitía la contradicción; reservado y violento, imponía su voluntad. Usaba capa larga y sombrero de copa en todas las estaciones



y lugares, en la ciudad y la estancia, a pie y a caballo, en la calle y en su pieza, como si este vestir fuera una condición de su naturaleza. Nonagenario, no descuidaba las preocupaciones de granjero y, especialmente, la autoidad de patrón. Todas las mañanas cabalgaba un petiso colorado, que durante el día mantenía atado al palenque, bajo un tala frondoso. Daba vueltas alrededor de las casas, para atestiguar su presencia y energía activa de propietario y señor, y allí terminaba la tarea diaria.

Un día anunció la conclusión de la temporada y el regreso a la ciudad. Apareció la galera de sopandas en el inmenso patio de Chuñahuasi, pintada de verde subido, fileteada de rojo. Estaba también pronta la tropilla de caballos overos negros, únicamente ocupados en estos viajes, y los peones vestían ponchos colorados, cuadrados por franjas de tonos más fuertes del mismo color. Este era el lujo y la vanidad del viejo federal y granjero del norte.

No tengo tiempo para describir la galera de sopandas pintada de verde, por más que su descripción afirme la demostración que procuro, pero es muy peligroso forzar la tolerancia del lector.

Contaré apenas, que en la galera viajábamos mi bisabuelo, mi abuela, mi padre, una hermana de mi madre y yo, que, ya he advertido, era muy chico. Resultan cuatro generaciones, cómodamente sentados en cuatro metros cuadrados de una galera de sopandas. La sirvienta de confianza, mimada de la casa, se acomodó en la pla-





taforma del estribo, afuera, expuesta al sol, a la lluvia, al polvo, a todos los azotes de la intemperie. En aquel tiempo no se exigía mayor cariño a los patrones.

Hicimos el viaje en tres días, el trayecto que hoy se llena en seis horas. Se percibe que marchábamos sin apuro por aquellos caminos que a veces parecían despeñaderos. En cada barquinazo, la sopanda vibraba como una cuerda y el barquinazo se prolongaba sin otro golpe. Todo el viaje fué un barquinazo. Es el primer mareo que he sufrido, y lo recuerdo al través de medio siglo.

Una tarde bajábamos por una hondonada cubierta por espeso bosque, que sólo dejaba espacio al camino. Los caballos tiraron al paso; los peones quitáronse los sombreros, y todos en la galera empezaron a rezar en voz alta. Como mi madre advirtiera mi asombro, me dijo: "Aquí lo mataron al general Quiroga"; y en ese momento, varias cruces clavadas a la sombra del monte quedaron a nuestra izquierda.

Llegamos a Córdoba en las últimas horas del día.



Había llovido la víspera. Apenas entramos en la “bajada” de huellas profundas y fangosas, apareció la ciudad en toda su extensión, limpia y fresca, con sus torres y tejados dorados por el sol que se dormía en la sierra. El río tenía mucha agua. Don Clemente, que no debía ver muy claro, observó un rato, teniendo a todos pendientes, y por fin exclamó: “Aumenten dos cuartas, cinchen bien los ovejeros y vamos”.

Mi abuela, mi madre, mi tía, comenzaron a rezar mentalmente; casi no movían los labios de miedo a las iras del intrépido viajero. Apenas la galera entró en el río, quedó encajada entre las piedras del fondo; las aguas impetuosas arrancaron el noque de provisiones y subieron hasta la plataforma del estribo; nadaban los caballos de las cuartas y favorecían el trabajo de la corriente. La galera comenzó a inclinarse hacia la izquierda y entonces se oyó el grito desesperado de don Clemente:

“Dios te salve María, llena eres de gracia”. El coro respondió a todo pulmón. Cuatro generaciones afligidas imploraron a la Virgen. Acudieron a caballo numerosos cuarteadores y después de muchos esfuerzos y angustias, salió a la orilla la galera de sopandas pintada de verde.

Nunca don Clemente sufrió mayor humillación. ¡Lanzarse al río crecido y tormentoso un hombre de su experiencia, y requerir el auxilio de cuarteadores de al-



quiler, a pesar de sus peones baquianos y de su tropilla de overos! No toleraba el recuerdo.

RAMÓN J. CÁRCANO.

De *Páginas errantes*. Edit. "La Facultad". Buenos Aires, 1927.

## EXPLICACIONES

*Sopanda*: cada uno de los dos correones de que pendía la caja del coche, sustituidos en la mayor parte de los modelos hoy en uso por resortes de acero.

---

RAMÓN J. CÁRCANO. Distinguido escritor y diplomático argentino contemporáneo.

## JUVENILIA

### EL ROBO DE LAS SANDÍAS

¡Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire de emanaciones balsámicas, los árboles, frescos y contentos, el espacio abierto a todos los rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de "camuatís" y, sobre todo, organizar con una estrategia científica, las expediciones contra los "vascos".



Los vascos eran nuestros vecinos hacia el norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados. Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y bravía. Pasada la zanja, se extendía un alfalfar de media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos o tres pequeñas parvas de pasto seco. Más allá, ¡el Jardín de las Hespérides, los campos Elíseos, el Edén, la tierra prometida! Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías, robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la “caladura” previsoras; la sandía ajena, vedada, de carne roja como el lacre, el *cucúrbita citrullus* famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma ingénita de tajadas, los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio. No tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones a otras chacras nos habían producido siempre desengaños; la nostalgia de la fruta de los vascos nos perseguía en todo momento y jamás vibró en oído humano, en sentido menos figurado, el famoso verso de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los “vascos” no eran lo que en el lenguaje del mundo se llama personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado,



eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: ¡amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una *razzia* en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando, saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1º de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silenciosa hacia la región de las frescas sandías.

Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos, y mientras uno se dirigía a la izquierda, donde florecía el *cantaloup*, dos nos inclinamos a la derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápido buscamos dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días más aún. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella, y cuando bajé los ojos para buscar otra pequeña con qué saciar la sed sobre el terreno... un grito, uno solo, intenso, terrible, como el de Telé-



maco, que petrificó el ejército de Adrasto, rasgó mis oídos. Tendí la mirada al campo de batalla; ya la izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, de detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento cuyo solo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre dos puntas aceradas que penetran...

¡Cómo corría, abrazado tenazmente a mi sandía! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa a aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos me autorizaban: pensé en Medea, en Atalanta, pensé en los jefes de caballería que regaban el camino de la "retirada" con las prendas de su apero; pensé... ¡No! ¡Era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: "Me ha corrido el vasco y me ha quitado la sandía". ¡Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡vuelve con él o sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, habría llegado antes que yo, y debo declarar que,





pesar de la persecución personal del mío, que los tres vascos me eran igualmente antipáticos.

Marché de cara al sol , como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del rescate, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba tomado. Puse el corazón en Dios, redoblé la ligereza y salté . . . Una desagradable impresión de espinas me reveló que había saltado el obstáculo; pero, ¡oh dolor!, ¡en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé a mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba en la seguridad que iría a hacer compañía a



la sandía. Pero aquel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó a injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa a mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario a los intereses positivos de mi vasco, vi a mis dos compañeros correr en dirección a "las casas" y al vasco de los melones despuntar . . . por el vado y dirigirse a mí. ¡De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo! . . .

Eran las tres y media de la tarde, y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando con la cara incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, saltamos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en la velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado a retaguardia, armado de una horquilla.

MIGUEL CANÉ.

De *Juvenilia*. Edit. "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1927.

#### EXPLICACIONES

El famoso verso de Garcilaso de la Vega a que alude el autor, es el que empieza así:

*" ¡Oh dulces prendas por mi mal balladas,  
dulces y alegres cuando Dios quería!  
Juntas estáis en la memoria mía,  
y con ella en mi muerte conjuradas . . . "*

MIGUEL CANÉ (1851-1905). Político y filólogo argentino nacido en Buenos Aires. Es autor de *Charlas literarias*, *En viaje*, *Discursos y conferencias* y *Juvenilia*.

## DÍA DE FIESTA

*Suena, pastor, tu flauta campesina  
pues que es día de fiesta esta mañana;  
bien lo anuncia el volar de la campana  
bajo la suave gloria matutina.*

*Suena, pastor, y suena la más fina  
canción que sepas por lo buena y sana;  
hoy es fiesta, pastor, y no tan vana  
ya que en todo latido se adivina.*

*Pastor, recoge la mejor manzana;  
corta, pastor, la rosa más divina  
y aparta la ovejita más galana,  
y en una canastilla diamantina*

*pon la rosa divina y la manzana,  
y sonando tu flauta campesina  
ve por toda la aldea matutina  
anunciando que es fiesta esta mañana!*

ALFREDO R. BUFANO.

De *Canciones de mi casa*. Edit. Lib. "La Cultura". Bs. Aires, 1919.

ALFREDO R. BUFANO. Poeta argentino contemporáneo.



## EL PRIMER GRANO DE TRIGO

Refiere la leyenda que en 1576, cuando Juan de Garay, antes de pensar en renovar en el sitio que hoy ocupa Buenos Aires la obra que no pudo realizar Mendoza, fundó la ciudad de Santa Fe en las orillas del Paraná, uno de sus compañeros sembró algunos granos de trigo que habían ido revueltos entre la provisión de arroz, en aquella tierra formada por los aluviones prehistóricos, donde hasta entonces había sido desconocido todo cultivo.

Humboldt pretende que esta aventura tuvo lugar en México, que los granos de trigo eran sólo tres y que fueron salvados por un negro. Creemos haber leído en otra parte que fué en Quito donde ocurrió el hecho en cuestión y que los granos de trigo fueron recogidos por un monje franciscano, natural de Gante, al servicio de España, cuyo nombre ha guardado la historia: llamábase fray Jodocco Ricci.

Ganas dan de no ver en estas relaciones diferentes de la misma aventura sino una prueba múltiple de la indiferencia de los jefes de la expedición del siglo xvi respecto a toda preocupación agrícola. Todo buen americano ve en ello otra cosa; ávido como está por demostrar siempre que todo lo debe a su espíritu ingenioso, se



aferra a la leyenda y la defien-  
de hasta tal punto que el con-  
tinente no ofrece hoy a nadie  
la menor duda de que estos  
pocos granos de trigo salvados,  
sea por un negro, sea por un  
marinero español o por un  
franciscano de Gante, son los  
únicos antepasados de todos  
los trigos americanos y que, en  
esto como en todo, América se  
lo debe todo a sí misma.

Este origen lejano, estos  
comienzos modestos del culti-  
vo en estas regiones inspiran  
la curiosidad de investigar qué  
instrumentos aratorios podían  
haber llevado consigo aquellos  
colonos que habían olvidado el trigo y no habían embar-  
cado más que harina.

Inútilmente se buscaría la descripción en las crónicas;  
éstas no hacen mención de ellos; de aquí se ha deducido  
que no llevaron ninguno. El ingenio de los americanos  
halló medio de salir del apuro; bajo la presión de la nece-  
sidad, volvió a inventar, en el siglo del Renacimiento,  
en este nuevo continente, el arado y el azadón prehis-  
tóricos del hombre de las cavernas. De un omoplato  
sujeto con correas de cuero a un mango de bambú se





hizo un azadón; de una estaca cortada en punta y sostenida por dos portantes, un arado. Éstos son los verdaderos útiles primitivos de un mundo nuevo que no quiere deber nada al antiguo. ¿Se han perpetuado acaso porque eran invenciones nacionales? Lo cierto es que el azadón así formado y el arado así construido han sobrevivido a muchas generaciones de colonos, y que después de tres siglos nos ha sido posible entreverlos en los confines de los países cultivados, donde las tradiciones de la vida primitiva se encuentran en estado de cristalizaciones.

Recogida la semilla, construido el arado, era preciso aún, para que se implantase la agricultura, que el colono se encorvase sobre estos instrumentos imperfectos, y, ciertamente, no había emigrado para realizar esta tarea humillante. Obligó al indio sometido o prisionero a que se inclinase bajo el yugo. Faltaban los bueyes y los substituyó con ganado humano, trazándole al galope de su caballo la longitud de los surcos.

Nadie pensaba en el cultivo y la conquista laboriosa de campos fértiles. Si los colonos iban de España, donde la agricultura no había estado nunca en gran predicamento, era para recoger riquezas acumuladas por la naturaleza, no para preparar otras nuevas y mucho menos para pedir al suelo todo lo que puede dar al trabajador ansioso de esparcir sobre los países vecinos menos favorecidos el exceso de semejante producción.

¿Había acaso algún país vecino? Y acaso, de haberlo, ¿hallábase menos favorecido? El colono de estas llanuras



logra con gran trabajo defenderse de la miseria y del hambre. En las riberas hoy risueñas del Plata y sus inmensos afluentes el Paraná y el Uruguay, la vida no es, en un principio, más que un rudo combate; serán precisos ciento veinte años para ocupar en torno de Buenos Aires un radio de cinco leguas; cada pulgada de tierra, disputada con las armas en la mano, cuesta numerosas vidas de hombres; otro tanto cuesta cada una de las villas que el colono español escalona a lo largo de los ríos, y que traza a la medida de sus caprichosos ensueños.

EMILIO DAIREAUX.

De *Caras y Caretas*. N° 1420, de 19 de diciembre de 1925.

---

EMILIO DAIREAUX. Escritor y periodista francés.



## A LA DERIVA

El hombre pisó algo blanduzco y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento, vió una yararacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una ojeada veloz a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vió la amenaza y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante la contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violeta, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes punzadas que, como relámpago, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desapa-



recían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorpo-





rarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa, subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a paléar hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, le llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo, efectivamente, llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte. La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió su pantalón con el cuchillo; el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano—. ¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo, el río arremolinado, se precipita en incessantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol caía ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerza para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.



El bienestar avanzaba, y con él, una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en las piernas ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso no viera también a su ex patrón, míster Douglad y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también.

Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba, entretanto, en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Douglad. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también...

Al recibidor de maderas de míster Douglad, Lorenzo Cubilla, le había conocido en Puerto Esperanza, un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...  
Y cesó de respirar.

HORACIO QUIROGA.

De *Antología castellana*, de Cortés Conde y Martín. Edit. Librería "El Ateneo". Buenos Aires, 2ª edición.

### EXPLICACIONES

*A la deriva*: arrastrado por el viento o por la corriente. *Yararacusú*: especie de víbora americana venenosa. *Trapiche*: molino para triturar la caña de azúcar, la aceituna y otros frutos y extraerles el jugo. *Hoya*: concavidad u hondura grande formada en la tierra.

HORACIO QUIROGA. Fué un cuentista rioplatense. Murió en 1936. Escribió gran número de obras, teniendo todas como escenario la región de Misiones. Merecen mencionarse: *Anaconda*, *Cuentos de la selva* y *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.



### LA MADRE

He aquí un rincón oscuro donde ha de haber  
escondido algo el corazón humano.



Acerquémonos a este arcano, pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: "Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias." ¿Sabéis lo que quiere decir?, que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano?, pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa: los dos tropiezan a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa las mejillas.

Ése tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Ése no tiene madre.

El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, yo no sé cómo no se los llevan consigo.



¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer a los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

. . . . .

No le pidáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de *Guzmán el Bueno*. Para ella no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique a su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastrase su hijo a la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Ésa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.



Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe dónde empieza ni dónde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento a mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra; anuncia las revoluciones de los astros y hace la de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios. No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de maravillas...

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y el hombre olvida.

Un amor hecho a prueba de toda clase de dolores y todo género de ingratitudes.



Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.  
Un alma que no deja ni un momento de querer.

JOSÉ DE SELGAS.

De *Modelos de Literatura Castellana*, de V. Agustí.

### EXPLICACIONES

*Bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno*: equivale al bárbaro sacrificio de dar la vida de un hijo. Guzmán el Bueno era un capitán castellano que en 1293 defendía a Tarija, sitiada por los moros y por el infante rebelde don Juan. Éste se había apoderado de un hijo de Guzmán y amenazaba degollarlo si no se rendía la plaza. El padre, antes que faltar a la palabra dada a su rey, arrojó su propio puñal al asesino, para que realizara su amenaza.

---

JOSÉ DE SELGAS (1824-1882). Poeta, novelista y periodista español. Principales obras: *Dos ángeles*, *La piedra filosofal*, *La manzana de oro*, etc.

### SONATA DE PRIMAVERA

Anohecía cuando la silla de posta traspuso la puerta Salaria y comenzamos a cruzar la campiña llena de misterios y de rumores lejanos. Esa campiña clásica de las vides y los olivos, con sus acueductos ruinosos y sus colinas graciosas.

La silla de posta caminaba por una vieja calzada;



las mulas de tiro sacudían pesadamente las colleras, y el golpe alegre y desigual de los cascabeles despertaba un eco en los floridos olivares. Antiguos sepulcros orillaban el camino, y mustios cipreses dejaban caer sobre ellos su sombra venerable.

La silla de posta seguía siempre la vieja calzada, y mis ojos, fatigados de mirar en la noche, se cerraban con sueño. Al fin quedéme dormido, y no desperté hasta cerca del amanecer, cuando la luna, ya muy pálida, se desvanecía en el cielo. Poco después, todavía entumecido por la quietud y el frío de la noche, comencé a oír el canto de madrugueros gallos y el murmullo bulle de un arroyo que parecía despertarse con el sol. A lo lejos, almenados muros se destacaban negros y sombríos sobre celajes de frío azul. Era la vieja, la noble, la piadosa ciudad de Liguria.

Entramos por la puerta Lorencina. La silla de posta caminaba lentamente, y el cascabeleo de las mulas hallaba un eco burlón, casi sacrílego, en las calles desiertas, donde crecía la hierba. Tres viejas, que parecían tres sombras, esperaban acurrucadas a la puerta de una iglesia todavía cerrada, pero otras campanas distantes ya tocaban a la misa de alba.

La silla de posta seguía una calle de huertos, de caserones y de conventos, una calle antigua, enlosada y resonante. Bajo los aleros sombríos revoloteaban los gorriones, y en el fondo de la calle, el farol de una hornacina agonizaba.





El tardo paso de las mulas me dejó vislumbrar una Madona: sostenía al Niño en el regazo, y el Niño, riente y desnudo, tendía los brazos para alcanzar un pez que los dedos virginales de la madre le mostraban en alto, como un juego cándido y celeste.

La silla de posta se detuvo.

Estábamos a las puertas del Colegio Clementino.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

De *Sonata de Primavera*. Edit. Sociedad General Española de Librería. Madrid, 1917.

---

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN nació en 1870. Notable literato español contemporáneo, uno de los más eminentes prosistas modernos, original y sobrio en el estilo. Se cuentan entre sus obras las cuatro *Sonatas de primavera, estío, otoño e invierno*, las *Memorias del Marqués de Bradomín*, *Esperpentos*, etc.



## FUNERALES DEL CORONEL DORREGO

Caía la tarde cuando llegaron a la Recoleta. Muchos personajes, fatigados por la larga marcha, habían ocupado los coches que iban detrás del cortejo. Sólo Rosas caminaba impávido, como en el instante en que partiera de la plaza de la Victoria.

En el cementerio, la multitud se aglomeró junto a él. Iba a hablar. Encendiéronse antorchas. El ministro Guido acercó una a los papeles que Rosas tenía en sus manos. Se hizo un silencio augusto. Sólo se oyó, lejano, el cañón del Fuerte. “¡Dorrego, víctima ilustre de las disensiones civiles, descansa en paz!” En los espíritus atribulados de los oyentes, impresionados por el cuadro inolvidable, sonaban como truenos acongojantes, y como llamados a la venganza, las frases del brevísimo discurso, leídas en un tono patético y solemne: “...sentenciado a morir en el silencio de las leyes”, “la mancha más negra de la historia de los argentinos”, “las lágrimas de un pueblo justo, agradecido y sensible”, “vuestros compatriotas dolientes”, “el pueblo porteño no ha sido cómplice en vuestro infortunio”. Varias veces, Rosas sacó el pañuelo y se lo llevó a los ojos.

Oscurecía cada vez más. Las luces de las antorchas estremeciáanse. Como sombras lentas y doloridas, las gentes permanecían inmóviles. El rostro de don Juan



Manuel adquiriría una expresión terrible y bella. El gobernador iba a leer sus últimas palabras: "Allá, ante el Eterno, árbitro del mundo, donde la justicia domina, vuestras acciones han sido ya juzgadas; lo serán también las de vuestros jefes, y la inocencia y el crimen no serán confundidos . . . ¡Descansa en paz entre los justos!"

Ni una voz, ni un gesto en la multitud. El silencio se había entrado en las almas. Oyóse, una vez más, algo más claro en la noche, el lejano cañón del Fuerte, que era el ritmo de aquella angustia. En la ciudad, en las casas de los vencidos, las mujeres lloraban y rezaban. Algunos unitarios pensaron que aquella tarde habíanse realizado las exequias de la libertad argentina. Rígido, con un gesto agrio, pálido el blanco rostro, indiferente a la multitud que lo rodeaba con sumisión, don Juan Manuel de Rosas asistió al acto de colocar el cajón en el sarcófago, y luego subió al carruaje para volver al Fuerte.

MANUEL GÁLVEZ.

De *El gaucho de Los Cerrillos*. Edit. "La Facultad", 1931.

---

MANUEL GÁLVEZ. Escritor argentino contemporáneo, nacido en Buenos Aires en 1882. Entre sus obras se cuenta: *La tragedia de un hombre fuerte*, *El cántico espiritual*, *Luna de miel*, *Los mejores cuentos*, *La maestra normal*, *La sombra del convento*, *Nacha Regules*, *El gaucho de Los Cerrillos*.



## EL MADRIGAL HUMILDE

*El juicio de los demás  
no de ambicioso me tilde ...  
Mi sueño es un sueño humilde  
hasta no poderlo más.*

*Una rústica cabaña  
del Luján en un islote,  
cuya presencia no note,  
al pasar, la gente extraña.*

*En el regazo profundo  
de aquella calma segura,  
amurallar mi ventura  
contra las prosas del mundo.*

*Y lejos del oropel  
engañoso de la vida,  
altivar me en mi guarida  
como el otro en su tonel ...*

BELISARIO ROLDÁN.

De *Poesías completas*. Edit. "El Ateneo". Buenos Aires, 1925.

### EXPLICACIONES

*Como el otro en su tonel*: se refiere a Diógenes, que fué un filósofo griego que vivió de 413 a 323 a. J.C. La sabiduría, según él, consiste en

vivir conforme a la naturaleza, despreciando las riquezas y las convenciones sociales. Diógenes caminaba descalzo en todas las estaciones, dormía bajo los portales de los templos, envuelto en su manto, y habitaba, de costumbre, en un tonel vacío que pronto fué popular en toda Grecia. *Madrigal*: es la composición poética breve, en que se expresa con galanura un afecto o pensamiento delicado.

---

BELISARIO ROLDÁN. Célebre poeta, dramaturgo y orador argentino que se distinguió por sus elocuentes y conceptuosos discursos. Llamábasele por tal motivo "Pico de oro".

## LA TABA

¿Es la taba un juego americano?

Es bien posible que a muchos se les antoje ociosa la interrogación, y contesten sin trepidar: Pues, ¿quién lo duda?, si es más criolla que la mazamorra y el mate amargo esa diversión campera de tirar el hueso procurando echar suerte, para lo cual nadie aventaja a nuestros gauchos.

Yo también lo creía así hasta hace pocos días en que, suponiéndome versado en costumbres de la tierra, se me hizo la consulta del caso, lo cual me obligó a rastrear el origen de esta diversión tan característica del paisano, para llegar al conocimiento de lo que no sabía; y es que se trata de un juego importado por los conquistadores al Río de la Plata.



Desde luego, el vocablo *taba* no es guaraní, quichua o araucano, es decir, no pertenece a la lengua de las tres grandes tribus que más aporte de palabras incorporaron al castellano. Es, por el contrario, rectamente castiza, con etimología arábiga, pues *taba* viene de *kaba* según Monlau, Roque García y el diccionario de la Academia. En árabe, *lab el káb* es el juego de la *taba*; de donde podría inferirse que tal vez la costumbre fué importada por los moros a la península ibérica. Sin embargo, su origen es más remoto aún y proviene, sin duda, de la conquista romana.

La *taba*, como es sabido, es un hueso que tienen ciertos animales en el garrón, al que también se llama *astrágalo*, y al cual los latinos denominaban *talus astrágalus*. Según refiere el poeta Ovidio, llamábase *talus* a un dado para jugar, hecho con un hueso del pie, y de ahí las prohibiciones de la *lex tallária* contra los que jugaban a los dados, cuando el uso se generalizó hasta degenerar en vicio.

Ahora bien: ¿el *talus* romano era la *taba*? Seguramente, y a pesar de la creencia generalizada de que ha sido en todo tiempo juego de gente vulgar, puede afirmarse lo contrario. Así se refiere que Sócrates, el célebre filósofo, se entretenía en jugar a la *taba* por las calles de Atenas. Y el poeta Luciano dice en *Los Amores* que tirando sobre una mesa cuatro pequeñas *tabas* de gacela, de su disposición al caer dependía la buena o siniestra fortuna para el amor. En las excavaciones de las tumbas



grecorromanas los arqueólogos han descubierto pequeñas tabas de carnero y de cabra, o imitaciones del mismo hueso hechas en marfil, bronce, vidrio o ágata, lo que comprueba que el utensilio perteneció a gente pudiente.

Como se ve, la afición a tentar fortuna con el consabido huesito no es una invención de nuestros criollos, no es fruto de la holgazanería gaucha, como se ha repetido tantas veces, sino herencia legada por el conquistador y conservada por la tradición secular y hasta perfeccionada, como vamos a verlo, y este dato me parece interesante para el estudio de las costumbres populares en el Río de la Plata.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

De *De cepa criolla*. Edit. Joaquín Seré. La Plata, 1908.

---

MARTINIANO LEGUIZAMÓN (1814-1881). Militar y escritor argentino.

## MARIO Y SUS PERROS

Con su blanco delantal de brin, la cesta de paja al brazo y acompañado por todos los perros que ha podido reunir en el momento, Mario va a buscar huevos a "La estancia vieja", a esa población abandonada y medio



oculta entre frondosas arboledas, que se alza allí, muy cerca de "La estancia nueva".

Es una expedición que viene realizando casi a diario, desde hace tiempo ya; pero que le seduce extraordinariamente, por los momentos de real independencia que le proporciona y por las mil emociones que provocan en su ánimo la soledad y el silencio de aquellos grandes bosques y de aquellos viejos ranchos deshabitados, que se deshacen al peso del abandono y de los años.

Casi invariablemente, Leo, su hermano menor, le acompaña en esta brava aventura de ir a buscar los huevos de unas gallinas —medio silvestres ya— abriéndose camino al través de ramajes que se entrecruzan, siguiendo sendas que la maleza casi ha borrado por completo, y lo que es más, andando por unos lugares de silencio y misterio, en donde suelen encontrar inquietantes alimañas y escuchar gritos "tan raros, que no parecen de pájaros", y que les hacen deslizarse por la médula como agujas de hielo; pero esta vez, Leo no ha podido venir... "El pobre está en penitencia, allá, en aquel triste calabozo todo amarillo" que es el "cuarto de estudio", y convicto y confeso de haber pellizcado —sin que pueda decir por qué impulso indomable— la roja masilla recientemente puesta en torno del cristal de una vidriera.

Es indudable que Mario lamenta la ausencia de su hermano y camarada, pero también no es menos cierto que, después de caminar un trecho bajo el hermoso sol





estival y sobre aquella magnífica alfombra de verdes joyantes que tienden a sus pies los tréboles y gramíneas empapados por el rocío, el niño olvida su pena y se entrega por completo a la observación de los perros que le acompañan, aquellos cuatro perros de tipos y pelajes diferentes, que van y vienen y dan vueltas apresuradas en torno suyo, revisando las malezas u oliscando las cosas. ¡Ah! Mario está orgulloso de los buenos compañeros que con tanta buena voluntad le han seguido, y sobre todo de la presencia del fiero Lácar, el perro favorito de su padre, que casi nunca se digna “querer venir” con el niño, y mucho menos en grupo con los otros canes, a los cuales parece mirar con antipatía o con desprecio... Quequén, aquel inquieto y rubio Quequén, de largo y sedoso pelo; Carhué, el enorme y pesado San Bernardo blanco como la nieve, y Milady, la vieja perra, de desdentadas mandíbulas... ¡Ah! y no se equivoca en su juicio el bravo Lácar... Aquellos



perros tienen indudablemente sus méritos, pero por distintas razones no valen todos juntos lo que él, ni con mucho. La perra es vieja y se cansa, Carhué es un poco zonzo y Quequén bastante cobarde...

Sin embargo, Mario los quiere a todos y se siente orgulloso de llevarlos consigo en sus emocionantes excursiones. Hay que ver la batahola que arman los cuatro, cuando encuentran algún cuís, alguna mulita o algún lagarto, durmiendo al sol, en el camino. Todos corren en tropel, entre furiosos ladridos, y el primero que hace presa es casi siempre Lácar. Después, entre todos, acaban de matar la bestezuela, y por último se apodera de ella la vieja perra y se entretiene en mastigarla entre sus ya casi inofensivas mandíbulas, como si la pobre, convencida de su incapacidad, atribuyese el mismo defecto a sus compañeros y temiese, por lo tanto, que la presa pudiera estar viva.

BENITO LYNCH.

De *De los campos porteños*. Edit. "La Facultad". Bs. Aires, 1940.

---

BENITO LYNCH es un novelista argentino contemporáneo. Ha escrito novelas y cuentos en donde describe la vida de nuestra campaña con una propiedad y vigor notables. Las más conocidas son: *Los caranchos de la Florida*, *El inglés de los güesos*, *El romance de un gaucho*, *Palo verde*, *De los campos porteños*, etc.



## LA REFACCIÓN PREPARADA

*Hija, levántate, deja tu lana, cesa  
de hilar. El amo pronto va a volver; en la mesa  
sobre el blanco mantel de pliegues deslumbrantes,  
la loza clara ordena con las copas brillantes.  
En el frutero de asa de cuello ígneo, cuida  
de poner sobre pámpanos dulce fruta escogida:*

*pérsicos de pelusas leves, terciopeladas,  
gruesas uvas azules, ricas uvas doradas;  
de bien cortado pan llena después las cestas;  
la puerta ajusta; espanta las avispas molestas.  
Fuera el sol ardoroso las mismas tapias cuece;  
juntemos los postigos; de noche así parece,*

*y así la habitación en sombras abismada,  
con aroma de frutas toda está embalsamada.  
Ve al patio ahora, en busca de agua fresca a la fuente;  
mira que luego el cántaro rezumándose ostente  
por mucho tiempo helado, poco a poco fundido  
un ligero vapor en torno suspendido.*

ALBERTO SAMÁIN.

Del diario *La Nación*, año 1917.

### EXPLICACIONES

*Ígneo*: de color de fuego. *Pérsico*: variedad del melocotonero y su fruta correspondiente.

---

ALBERTO SAMÁIN. (1858-1900). Poeta francés, autor de poemas de gran belleza de forma y profundidad de sentimiento.



# LA VIDA DE LAS HORMIGAS

## LOS NIDOS

La vivienda de las hormigas no tiene el esplendor ambarino y perfumado del palacio de las abejas, ni tampoco las dimensiones formidables y la solidez granítica de la ciudadela de los termitas. A fin de comparar las arquitecturas y de darse cuenta de lo que pasa en esas extrañas mansiones, haría falta colocarlas en la escala del hombre. Veríamos entonces que en la colmena domina una geometría alucinante, fastuosa, decorativa e innumerable, que nos parecería infinitamente más selectiva que terrestre. En la termitera se afirmaría el monstruoso triunfo del cemento armado y del estilo vertical, en una montaña de piedra alta de seiscientos metros y perforada como una esponja. En fin, en el hormiguero, tendremos ante todo el estilo horizontal, con meandros sin planos y sin número, extendiendo al infinito las ciudades catacumbales de las que ninguno de nosotros, si fueran de nuestra talla, saldría vivo.

La arquitectura de las hormigas es multiforme como sus cuerpos y sus costumbres. Hasta se podría decir que hay tantas especies de hormigueros como especies de hormigas. Pero todas caben dentro de cuatro o cinco tipos principales.

Nueve veces sobre diez su domicilio es subterráneo y cavado, incluso la arena o la tierra arcillosa que trepa-



nan con corredores de innumerables ramificaciones. A veces cuenta más de veinte pisos en su parte superior, y por menos, otros tantos bajo el suelo. Cada piso tiene su destino propio, que determina sobre todo la temperatura, estando las partes más cálidas reservadas para la cría. Pero es inútil detenerse en esos detalles que todo el mundo conoce, pues no hay nadie que no haya entreabierto o conmovido un hormiguero. La entrada está cuidadosamente disimulada o francamente abierta y hasta ostensible, en forma de cráter, o sobremontada por una cúpula, que de costumbre es la parte principal del hormiguero, como los túmulos de las agujas de pino o de otros restos vegetales que edifican notablemente nuestras hormigas Rosadas, nuestras *Pratensis* o nuestras Sanguíneas. Algunas cúpulas para incubación, análogas a nuestras incubadoras artificiales, de la *Fórmica Rufa* tan común en nuestras selvas de pinos, alcanzan a dos metros de altura y tienen en su base nueve o diez metros de diámetro. Comprobemos que la temperatura en el interior de esas cúpulas es siempre diez grados superior a la del aire ambiente.

La distribución, galerías, almacenes, graneros, salas comunes, piezas de cría, a las cuales, en ciertas especies, se agregan los hongueros, los establos y las despensas, es muy variable y aun en dos colonias vecinas, de la misma raza y la misma importancia, no sigue sino aproximativamente un plan general que las circunstancias modifican sin cesar. Es así como en un nido de *Lasius* se hallarán



todos los huevos cuidadosamente alineados cerca del vértice; luego, en una segunda pieza, las larvas clasificadas según su talla, y al fondo, en una tercera pieza, los pañales, mientras que en otro nido de idénticas *Lasius*, todo está amontonado sin orden y, según parece, al azar, lo que prueba, una vez más, que el instinto colectivo de las células de nuestro cuerpo, que determina en nosotros la salud o la enfermedad, es, en ciertos detalles, casi tan variable como la inteligencia individual, a la que se aproxima a veces de manera muy curiosa. Observemos, al pasar, que esas mismas *Lasius*, que todos conocemos, orientan las cúpulas en que maduran sus huevos y se forman sus ninfas, de manera de captar el mayor calor posible, y las suprimen enteramente, por inútiles, en los parajes subtropicales.

MAURICIO MAETERLINCK.

De *La vida de las hormigas*. Edit. Tor. Buenos Aires.

## EXPLICACIONES

*Termitas*: insectos ortópteros que viven en sociedades, perforan y devoran las construcciones de madera, muebles, papeles, ropas, etc. En África es donde causan mayores estragos. *Selenítico*: perteneciente a Selene (la luna entre los griegos). *Meandros*: vuelta, recoveco de un río o camino. *Catacumbas*: de catacumba; subterráneos en que se enterraba a los muertos que no se incineraban. Las más célebres eran las de Roma, París y Nápoles.

---

MAURICIO MAETERLINCK nació en Gante, Bélgica, en el año 1862. En 1889 publica su primera colección de versos, *Terres chaudes*, y al año siguiente su primer drama, *La princesa Maleine*. De entre sus obras más difundidas debemos citar *La vida de las abejas*, *La inteligencia de las flores*, *El pájaro azul* y *La vida de las hormigas*.



## CANCIÓN DE LAS MONTAÑAS

*El sendero que el vértigo produce  
al borde del abismo serpentea;  
los genios que le guardan, te amenazan  
con una muerte cierta.*

*Si a ese dios destructor que hay en el fondo,  
de su modorra despertar no intentas,  
es preciso que marches en silencio  
para que no te sienta.*

*Sobre profundidades tan terribles  
estrecho puente su tablero eleva;  
no es obra de mortal, ni hay mortal mano  
que a hacerlo se atreviera.*

*Bajo él forma un torrente blanca espuma,  
irritado por cárcel tan estrecha;  
muge por la mañana y por la tarde,  
muge siempre, sin tregua.*





*A la negra región de los espíritus  
conduce sin tardar la horrible puerta;  
habitan en el fondo; y del sendero  
que alguno caiga esperan.*

*Por encima se tiende una campiña  
donde se unen otoño y primavera,  
¡Con qué placer, huyendo de este mundo,  
yo viviría en ella!*

*Cuatro torrentes mugen en el valle  
hacia los cuatro puntos de la tierra,  
a norte, a sur, a oriente y occidente;  
no hay quien su origen sepa.*

*Y como que está oculto a las miradas  
el manantial donde su vida empieza,  
su destino es correr siempre perdidos  
en la extensión inmensa.*



*Dos rocas se levantan sobre el mundo,  
sobre toda altitud, y voltejean  
en sus agudos picos blancas nubes,  
vapores de la tierra.*

*Allí, pues, sobre un trozo deslumbrante,  
que los hombres no ven, vive la reina  
de las altas montañas: la coronan  
mil zafiros y perlas.*

*El sol lanza sus rayos, envidioso  
de tanta brillantez, que le avergüenza;  
y queriendo fundir tan ricas joyas,  
realza su belleza.*

JUAN FEDERICO SCHÍLLER.

De *El Tesoro de la Juventud*, tomo 8. Edit. W. M. Jackson.

---

JUAN FEDERICO SCHÍLLER (1759-1805). Célebre poeta, autor dramático e historiador alemán. Autor de muchas obras. Su obra maestra: *Guillermo Tell*.



## MAR AFUERA

¡Toda descripción del mar, oída o leída, es una mentira! El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas o colosales, azul, plomizo, celeste, pardusco, verde claro u oscuro, con o sin espuma, el mar, según mi experiencia, es una grande extensión de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variación y de toda monotonía, y por la carencia absoluta de peces.

¡Qué barbaridad!, van a decir los lectores, si los tengo; pero yo los pondría en mi caso y les preguntaría su opinión después de veinte días de navegación en que, ni por asomo, hubieran visto alma viviente entre mil leguas de agua; alma de pez, se entiende.

Los autores de viajes, dicen:

“El buque es seguido constantemente por innumerables tiburones”, mentira; no he visto un solo tiburón, y si únicamente contara con mi viaje para conocer a esos caballeros, no sabría de ellos una palabra.

“Se ven a lo lejos las columnas de agua que arrojan las ballenas y muchas veces acompañan ellas por leguas y leguas a las embarcaciones”, mentira; no hay tales ballenas; estos estimados cetáceos se han hecho notables por su ausencia, durante nuestra travesía.





“Enjambres de toninas y mil variedades de pescados acuden al costado del navío”, mentira; no hay tales enjambres ni tales toninas, ni más variedad de peces que la propia imaginación con ayuda del recuerdo de los libros de historia natural leídos en el colegio.

Un pasajero dijo que había visto un tiburón, o una ballena, y todos lo tomaron por loco.

A mí me pareció ridículo estar en el mar, hacer una travesía de veinte días, detenerme en los puertos, recorrer las bahías y no ver un solo pescado, pero ni uno solo; apelo al testimonio de los pasajeros todos, cuya nómina pueden ustedes ver en la agencia de mensajerías marítimas, de Buenos Aires, calle Reconquista; y para no verme obligado a referir tan increíble acontecimiento, allá a



la altura del día número 19 de navegación, pedí una caja de sardinas, llamé a todos los compañeros, procedimos a abrirla con la mayor solemnidad y fueron esas excelentes y populares conservas, los únicos pescados que vimos en el océano Atlántico.

EDUARDO WILDE.

De *Antología de poetas y prosistas americanos*, de Oscar R. Beltrán. Edic. Anaconda. Buenos Aires, 1937.

---

EDUARDO WILDE (1844-1913). Fino escritor y humorista boliviano.

## EL SOLDADO

¡Ah! cuando en las horas del descanso reclines tu cabeza en el maternal regazo, y sientas que tu filial ternura lentamente te aletarga en un sueño tranquilo, sin espantos y sin fantasmas... Acuérdate del soldado que triste vaga errante, consumido por el insomnio febril de una marcha sin aliento, absorbiendo miasmas deletéreos, sin que una madre tierna vele, como el ángel de la guarda, su tranquilo reposo... ¡Ah! velando él, siempre, a toda hora, el sueño de la patria.

Cuando en la negra y quejumbrosa noche los estallidos de las tempestades atruenen el espacio y la luz tréfica del rayo quiebre en zig-zag aquella oscuridad de



caos, azotando el helado cierzo con su chasquido seco la puerta de tu hogar, y tú, al amor de su lumbre benéfica, en el recinto de la dicha inefable de tu familia, goces las bulliciosas caricias de tus pequeños hijos que distraen tu pensamiento. . . , acuérdate del soldado que solitario y triste, ateridos sus miembros por el frío, siente desplomarse sin piedad sobre él la perezosa lluvia. Allí clavado está en aquella picota heroica: su consigna es el sufrimiento; su gloria, la constancia. En esa centinela lanzada al acaso en las negras sombras de la tempestuosa noche reposa la seguridad, tal vez el porvenir de una nación. . . ¡Ah! él vela siempre. . . pensando con amoroso anhelo en sus tiernos vástagos, que quizás a esa hora en lejana comarca de la patria, lloran de hambre y mendigan un pedazo de pan.

Cuando vuelvas fatigado de tu trabajo en la tranquila tarde, ansioso de descanso, y sientas los rápidos e infantiles pasitos de tus pequeños hijos, que en turbulenta carrera previenen tu llegada y presurosos se arrojan en tus brazos, con celo de tus cariños, y en inefable algazara devoran tus caricias. . . , acuérdate del soldado, que partiera joven y retorna a la patria envejecido en los gloriosos episodios de un poema de sacrificios. . .

¡Inválido infeliz! es en vano que apresures tu paso incierto y difícil. . . encontrarás el hogar desierto. Aquella tierna despedida que vibró en esos lugares tan caros para tu corazón ¡fue eterna! y todo lo que te sonrió en



un tiempo más feliz, allá en medio de tu inefable existencia, está hoy encerrado en una tumba.

Cuando triste dobles las rodillas ante un sepulcro amado y sientas que tu pena se exhala fugitiva por las gotas que tibias salen de la fuente de tu alma, al compás del blando arrullo que murmura el ciprés que le da sombra, de esa arpa eólica impregnada de misterio de tristezas, cuyas cuerdas mueve el santo recuerdo de los muertos..., acuérdate del soldado, cuyos huesos aun blanquean confundidos en el campo de batalla, en la tierra inhospitalaria del odio... Sus hijos buscarán en vano la tumba del héroe ignorado; su esposa desolada no tendrá, siquiera, ni el montón de tierra con la cruz de tocosco leño de los pobres, donde dejar la huella de su pena inconsolable.

¡Ah! no olvides que la humanidad gime incesante en sus amargos pesares; que el dolor sube al reino eterno como una plegaria divina, que son bienaventurados los que han muerto por una causa santa, los que han sentido la punzante pena de una agonía infinita, los que han compadecido la miseria humana en su dolor inmortal; pide un destello de piedad a tu alma, que en cambio las puertas del paraíso te serán abiertas; y extiende tu mirada compasiva hacia ese infeliz soldado tan combatido por el infortunio, tan abrumado por el peso de su miseria, cuya alma es grande como la pira que lo alimenta; templada está en el fuego de la gloria y entonada en el vigor del carácter y la decisión sublime. ¡Ah! no olvides que su





*Trafal: Valle encantado, río Manzano Cuy.*



sangre es el bálsamo con que se cierran las heridas de la patria. ¡Sagrado bálsamo que inmortaliza la historia de los pueblos y que únicamente su epitafio es el renombre!

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA.

De *Reflejos Históricos*. Mayo de 1918. Buenos Aires.

### EXPLICACIONES

*Consumido por el insomnio febril de una marcha sin aliento*: consumido por la fiebre causada por la falta de sueño y la marcha sin descanso. *Arpas eólicas*: se refiere a los cipreses, cuyas ramas hacen las veces de cuerdas de un arpa que suena al choque del viento.

---

GENERAL JOSÉ IGNACIO GARMENDIA. Patriota y militar argentino. Ha dejado escritos unos *Recuerdos de la guerra del Paraguay y Cartera de un soldado*.

### PAISAJE ANDALUZ

¿Quién podría pintar la grandeza y hermosura de este paisaje, templado en fragua de luz, en toda la fuerza, sazón y majestad del estío; paisaje meridional, ardiente, recio, juvenil, rico de sangre y de sudor; coronado de laureles, de racimos y pámpanos; tendido en sabana de



rosas; casi desnudo al sol para curtir aún más la piel morena; respirando, con los sedientos pulmones, el aire salino de la mar; riendo a carcajadas; borracho de placer y de orgullo?

No había en toda la redondez de sus horizontes gala que no encendiese los cinco sentidos; derramábase la vista por los cuatro vientos, sin acertar dónde ponerla, que no hallara cosa mejor para su deleite; perdíanse los ojos por las azules sierras, por las doradas playas, elegantes jardines, regalados huertos y matizados cármenes; henchíase el olfato con el perfume que traía el viento al orear los pensiles y beber la exquisita respiración de las flores; presentía las mieles y derretidos almíbares de los frutos copiosos, liberalmente esparcidos por las vegas; lisonjeaban el oído los mil rumores de la ciudad de Medina y su puerto, del monte y del arrabal, de la selva y la fontana, como si la atmósfera estuviese hecha gorjeos y dulcísimas armonías, y hasta los leves y desmayados aires llegaban con gentiles soplos y delgadas manos a rozar la epidermis y mover las vivas telas del alma.

Cerraba el paisaje, al nordeste, una cadena de montañas azules, cuyas estribaciones descendían ondulando hacia la costa, con sus graciosos pliegues, sus redondas curvas y sus blandas moles; suaves colinas de pródigos matices; morenas unas, como terrón de surco; rubias otras, como el ámbar; grises aquí, como de hierro; color de rosa allá, como de carne; blancas y duras éstas, como



el mármol; aquéllas, rojas y amarillas, como pirámides de naranjas y limones.

Por el lado de poniente se extendía la ancha vega de Albarán, poblada de hortales y viñedos; al sur, el Mediterráneo, de color azul turquí, salpicado de fuyentes lonas, de regueros de luz; y entre los montes y la playa, la risueña urbe en espacioso anfiteatro, corriendo hacia la mar con los brazos abiertos de sus muelles.

Maravillosa era la vista de tantos edificios, coronados por las torres de los templos y las chimeneas de las fábricas, dispersos por la vega, encaramados en las colinas y apretándose en torno de la bermeja catedral como blanquísimo rebaño a la vera de su pastor. . .

¡Oh, las ciudades blancas y alegres de Andalucía, viejas por sus tradiciones, pero eternamente niñas y joviales por su espíritu; princesas núbiles prometidas al Sol! . . .

RICARDO LEÓN.

De *Los Centauros*. Edit. Renacimiento. Madrid, 2ª edición.

#### EXPLICACIONES

*Fuyentes lonas*: barcos de vela que navegan. *Cármenes*: quintas y huertas.

---

RICARDO LEÓN nació en Málaga en 1877. Celebrado novelista y poeta español contemporáneo. Fué miembro de la Academia Española. Escribió *El amor de los amores*, *Casta de hidalgos*, *Alcalá de los Zegries*, *Comedia sentimental* y *Los Centauros*.



## CUENTO GAUCHO

Galopábamos a la par Martín, un viejo gauchó que siempre me acompañaba en mis excursiones, y yo. Bajo los rayos de un sol picante —pues serían las diez de una mañana de diciembre— habíamos atravesado las dos leguas que separan la estancia del *monte* donde quería pasar las soporíferas horas de la *siesta*, cazando descansadamente bajo aquellas enramadas seculares, donde era un acontecimiento, para el pasto que las tapizaba, un rayo de sol que culebreando entre el follaje alcanzara a besarlo. Al llegar a la linde de la selva, y cuando ya oíamos el quejido agudo de las torcaces, el silbido de los cardenales, el grito alegre de los horneros y pica-palos y la bullanguería de los loros, que sobrepasaba a todos los demás silbidos, quejidos y gritos, Martín sofrenó su caballo y se detuvo.

Luego que lo imité, me dijo extendiendo el brazo hacia la derecha:

—Mire allá... ¿Qué ve?  
Miré en la dirección in-





dicada, pero no vi sino la llanura, la inmensa llanura matizada con todos los tonos del verde, y más lejos, allá en el horizonte, sombras vertiginosas que corrían paralelas a él y que no eran sino los rayos del sol reflejados sobre aquel mar de verdura, quieto y tranquilo.

—No veo nada...

—¿Ve aquella isleta de chañares en la ladera de la cuchilla? ... ¿No la ve? ... Eso negro...

Entonces noté una mancha que alteraba aquella superficie uniforme; pero era tan imperceptible, y estaba tan lejos, que no me era dable distinguir su naturaleza.

—Sí, la veo, contesté sin embargo.

—Bueno. ¿Y no ve un *venao* en la punta de la isleta, un macho grandote con un monte de aspas?

—No veo nada, hombre, no veo ... ¿Pero qué diablos de ojos son los tuyos? ...

—¡Ahí verá, pues! ... Bueno; ese macho está matando una víbora que se ha dormido entre los chañares.

—¡Hombre, hombre! ¿Y cómo es eso?

—¿Pero qué, no sabe cómo hace el *venao* pa' matar las víboras que encuentra dormidas?

—Francamente, no lo sé.

—Bueno ... El *venao* encuentra una víbora durmiendo y la rodea con un hilo de babas; después se va como a un tiro de lazo, se para y comienza a mirar *pa' donde* está la víbora y a *patiar* el suelo.

—¿Y? —dije, ya interesado por el relato, aun cuando no lo creía.



—Y la víbora se *dispierta*, y lo que se halla cercada por las babas de su enemigo —los *venaos* y las víboras son enemigos a muerte— se mata a golpes en ese corralito, sin poder saltarlo.

—¿Y de qué tamaño es el corralito?

—¡Y yo qué sé! ... Ha de ser chico.

—¿Pero nunca has visto alguno?

—¿Y quién va a ver? ... Si las babas se secan en cuanto *cain* sobre los *pastos*.

—¿Entonces cómo no lo puede saltar la víbora?

—Yo no sé ... Dicen que si el *venao* se va a más de un tiro de lazo o deja de mirar pa' el corralito, mientras la víbora se mata, ésta se le escapa.

—¡Bah, bah! ... Todo eso son mentiras ...

—¿Mentiras? —y aquí Martín echó una ojeada a la isleta— mire; ya el *venao* se va ... ¿A que si llegamos a los chañares hallamos la víbora muerta? ... ¿Quiere *dir* a ver si son mentiras?

Mi curiosidad estaba picada y accedí a la invitación.

Pasado un cuarto de hora llegamos a los chañares, que no pasaban de veinte, achaparrados y ruines a fuerza de soportar nidos, y no tardamos en encontrar la víbora muerta —una gran víbora de las llamadas *de la cruz*— aterciopelada y lustrosa.

Examiné bien su cuerpo: no tenía una sola herida.

—Es curioso —pensé en voz alta; jamás he visto escrito esto.



—¡Y qué va a ver!, —me dijo Martín muy contento de haberme probado su tesis— si los *gringos*, esos que hacen libros, no saben estas cosas.

Volvimos a montar para internarnos en el bosque, y al alejarme vi en una cuchilla, como a tres cuadras de distancia, al venado triunfante que lucía una verdadera cabellera de cuernos.

Desconfiado y temeroso había interrumpido su almuerzo para observarnos.

JOSÉ S. ÁLVAREZ.  
(*Fray Mocho*)

De *Salero criollo*. Editorial "La Cultura Argentina". Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*A tiro de lazo*: distancia que se aproxima a un largo de lazo.  
*Picar la curiosidad*: despertar el deseo de conocer algo. *Gringo*: nombre que se usa para designar a los extranjeros.

---

JOSÉ S. ÁLVAREZ (1848-1903). Escritor satírico argentino que popularizó el seudónimo de "Fray Mocho". Fué fundador y director de la revista *Caras y Caretas*.





*José de San Martín*



## HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Oíd ¡mortales! el grito sagrado:  
¡Libertad, libertad, libertad!  
Oíd el ruido de rotas cadenas;  
ved en trono a la noble Igualdad.  
*Se levanta a lá faz de la tierra  
una nueva y gloriosa Nación;  
coronada su sien de laureles  
y a sus plantas rendido un León.*

### C O R O

Sean eternos los laureles  
que supimos conseguir:  
Coronados de gloria vivamos  
o juremos con gloria morir.

*De los nuevos campeones los rostros  
Marte mismo parece animar;  
la grandeza se anida en sus pechos,  
a su marcha todo hacen temblar.*

---

Por decreto del P.E. de fecha 30 de marzo de 1900, en las festividades oficiales o públicas, así como en los colegios o escuelas del Estado, sólo se cantará la primera y la última cuarteta y el coro de la canción sancionada por la Asamblea General del 11 de mayo de 1813.



*Se conmueven del Inca las tumbas  
y en sus huesos revive el ardor,  
lo que ve renovando a sus hijos  
de la Patria el antiguo esplendor.*

*Pero sierras y muros se sienten  
retumbar con horrible fragor;  
todo el país se conturba por gritos  
de venganza, de guerra y furor.  
En los fieros tiranos la envidia  
escupió su pestífera hiel,  
su estandarte sangriento levantan  
provocando a la lid más cruel.*

*¿No los veis sobre Méjico y Quito  
arrojarse con saña tenaz,  
y cuál lloran bañados en sangre  
Potosí, Cochabamba y La Paz?  
¿No los veis sobre el triste Caracas  
luto y llantos y muerte esparcir?  
¿No los veis devorando cual fieras  
todo pueblo que logran rendir?*

*A vosotros se atreve ¡Argentinos!  
el orgullo del vil invasor,  
vuestros campos ya pisa contando  
tantas glorias hollar vencedor.*



*Mas los bravos que unidos juraron  
su feliz libertad sostener,  
a esos tigres sedientos de sangre  
fuertes pechos sabrán oponer.*

*El valiente argentino a las armas  
corre ardiendo con brío y valor,  
el clarín de la guerra cual trueno  
en los campos del Sud resonó;  
Buenos Aires se pone a la frente  
de los pueblos de la ínclita Unión,  
y con brazos robustos desgarran  
al ibérico altivo León.*

*San José, San Lorenzo, Suipacha,  
ambas Piedras, Salta y Tucumán,  
la Colonia y las mismas murallas  
del tirano en la Banda Oriental;  
son letreros eternos que dicen:  
aquí el brazo argentino triunfó,  
aquí el fiero opresor de la Patria  
su cerviz orgullosa dobló.*

*La victoria al guerrero argentino  
con sus alas brillantes cubrió,  
y azorado a su vista el tirano  
con infamia a la fuga se dió;*



*sus banderas, sus armas se rinden  
por trofeos a la Libertad,  
y sobre alas de gloria alza el pueblo  
trono digno a su gran majestad.*

*Desde un polo hasta el otro resuena  
de la fama el sonoro clarín,  
y de América el nombre enseñando,  
les repite: ¡Mortales! Oíd:  
¡Ya su trono dignísimo abrieron  
las Provincias Unidas del Sud!  
Y los libres del mundo responden:  
¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!*

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

## 25 DE MAYO DE 1810

- Es necesario quitar de la Junta al Virrey.
- ¿No será peligroso?
- Todo lo que quieras, pero no nos falta decisión y



energía para salvar todo escollo. Tenemos capacidad para ser libres sin necesidad de tutela.

—Pero . . .

—Nada nos detendrá. La conciencia está formada y el espíritu de libertad inculcado en la masa del pueblo. La revolución es un hecho.

—Cierto.

—Además, es poco envidiable el espectáculo que ofrece la monarquía española a los ojos del mundo en los últimos años. Los misterios y flaquezas de Carlos IV, en su tolerancia con Godoy, constituyen una decadencia moral de gobernante. Las intrigas del padre con el príncipe Fernando revelaron el estado deplorable de la monarquía hispana. Con razón, Napoleón supo aprovechar las discordias para convertirse en árbitro del pleito.

—Tiene razón Castelli al decir que, estando preso el rey de España, corresponde al pueblo la designación de una junta de gobierno propio.

—Sí. Exclusivamente propio, sin la presencia de Cisneros. Ahora debemos irnos al Cabildo. Allí se han dado cita todos los patriotas, para impedir que sea burlada la voluntad del pueblo.

—Entonces podríamos pasar por casa de French . . .

—No. French y Beruti estarán a estas horas en la recova, distribuyendo cintas de color blanco y celeste. Anoche me expresaron su pensamiento.





—¡Magnífico!

—Magnífico, sí. Nuestra democracia se mantiene triunfante y la aurora de la independencia asoma sus rayos luminosos en el horizonte de una nueva y grandiosa patria.

FRANCISCO FORTUNY.

De *Reflejos históricos*. Mayo de 1918. Buenos Aires.

### EXPLICACIONES

*Carlos IV*: rey de España desde 1788 a 1808. Fué destronado por Napoleón I. *Manuel Godoy*: hombre de estado, español, favorito de Carlos IV. De oficial del ejército pasó a ser ministro. Murió desterrado en París en 1851.

FRANCISCO FORTUNY. Publicista argentino.



## EL GAUCHO

El gaucho, es el tipo genuino, auténtico de nuestra tierra; fué héroe y civilizador; nos dió libertad y belleza. Centauro maravilloso, que, enfrente de la naturaleza salvaje, persiguió el ganado bravío y domó el potro; que cantó sus dolores y combatió por la patria, tuvo un papel importante en la evolución argentina.

Hay sin embargo, espíritus pedantescos que sin conocer la historia, haciendo galas de un europeísmo mal entendido, hablan despectivamente de nuestras tradiciones y pretenden desligarse de lo que fué, como si ahí no estuviera el germen de lo que es. Los que quieren borrar el pasado, acaso porque consideran que nuestras instituciones surgieron por generación espontánea, han de encontrar muy explicable que Walter Scott, el buen "gringo" citado por Sarmiento, hablara de las vastas llanuras de Buenos Aires pobladas por "cristianos salvajes conocidos bajo el nombre de *Huachos*, y que, desgraciadamente, prefirieron su independencia a los algodones y muselinas inglesas. . .".

El gaucho, hermoso tipo de nuestras campañas, descendiente de razas viriles, aparece como un producto del medio y presenta características psicológicas que lo singularizan y forman el substractum de una raza futura.

En su lucha contra la naturaleza, venció. Siempre a



caballo —era un centauro— con mirada zahorí escrutaba el horizonte. Desenvolvió un sentimiento fuerte de personalidad y supo que debía bastarse a sí mismo. El hijo del desierto era generoso, altivo, valiente como las armas, leal y amante de la patria.

Quedaba deshonrado si no vengaba una injuria. De él hubiera podido decirse, entonces, lo que Corneille del Don Diego del *Romancero*:

Despreció la vida; caballeresco, peleaba sin rencor —nunca a traición—, y exponía a cada instante su existencia, batiéndose por una mujer o por un débil. Presentaba a menudo el espectáculo de arrostrar la muerte sin miedo. Indudablemente, en esto hay belleza, y sólo no la ven los ciegos o los cobardes.

Pero sobre todas las cosas, el gaucho amó la libertad, y cuando alguien pretendió arrebatarla sometiéndolo a una disciplina que él no entendía, se convirtió en Calandria, el gaucho matrero cuyas hazañas cuenta Groussac en *El viaje intelectual*, y que llevó al teatro Martiniano Leguizamón, espíritu selecto que tanto ama las cosas nuestras. Se convirtió en Calandria, que adoraba los montes, los pajonales, el campo abierto, su parejero y su libre voluntad.

Las “especies utilizables y domesticadas” que nos rodean, ¡cuánto necesitarían una gota, sólo una gota de Calandria!



Es claro que el gaucho no fué perfecto; tuvo sus vicios, propios de su estado primitivo. No era un generoso, se dice a manera de reproche, era un pródigo. Es cierto, pero la prodigalidad de sus bienes no era mayor que la prodigalidad sin tasa de su sangre. Y ésa, nos iba a dar libertad, siendo a la vez fuente de belleza.

Y así, el gaucho, tipo peculiar del país, que aparecía entre el español y el indio, influyó decisivamente en nuestra nacionalidad.

Todos los ejércitos libertadores marcharon por su esfuerzo. “Con ellos San Martín pasó los Andes y arrojó al mar las tropas españolas, que habían hecho frente a Napoleón”.

Nos complace que lo diga Paul Groussac.

Gauchos fueron los soldados de Güemes; gauchos los que derramaron su sangre en todas las batallas y los que conquistaron el desierto.

El gaucho hizo la patria y toda su recompensa fué la injusticia, que hasta ahora, desaparecido casi, se ensaña con él. Fué paria.





*El nada gana en la paz  
y es el primero en la guerra,*

dice Martín Fierro, e inútil sería quejarse:

*Que son campanas de palo  
las razones de los pobres,  
y es necesario aguantar  
el rigor de su destino;  
el gaucho no es argentino  
sino pa' hacerlo matar.*

Producto de otro medio, el gaucho se ha ido casi definitivamente. Ya la tierra no es de todos; ha sido medida, dividida, alambrada, ocupada; hay barreras por todas partes; los campos están cultivados o cubiertos de ganado fino.

¿Qué haría el hijo de la pampa? Ha cumplido su misión histórica; ha dado todo lo que podía dar y no ha pedido nada. El ferrocarril y el telégrafo mataron al desierto; la técnica se renovó; el país, libre por el esfuerzo de los gauchos, abrió sus puertas a todos los hombres de buena voluntad, y el inmigrante europeo, que trae procedimientos democráticos y factores étnicos, ha inundado la pampa. El arado ha abierto el surco de la tierra del centauro y vivimos una nueva era en marcha siempre hacia el porvenir.

Educación pública e inmigración europea: he ahí la nueva fase de la evolución argentina.



¡Bien venido el extranjero que con el nativo elaborará la raza nueva; pero, entretanto, glorifiquemos al que nos dió libertad y sintámonos orgullosos de que corra por nuestras venas un poco de sangre gaucha, que vale decir: generosidad, altivez y pundonor!

ALFREDO L. PALACIOS.

De *Reflejos históricos*. Mayo de 1918. Buenos Aires.

### EXPLICACIONES

*Espíritu pedantesco*: dícese de aquellas personas que hacen alarde vano de su sabiduría. *Walter Scott*: genial novelista y poeta escocés. *Substráctum*: voz latina que equivale a esencia, fundamento. *Pedro Corneille*: célebre escritor y poeta francés, llamado el padre de la tragedia francesa.

---

ALFREDO L. PALACIOS. Político argentino y notable orador parlamentario. Escritor y autor de importantes leyes, sobre todo de carácter social.

## UN NIÑO EN LA ESCUELA

Una clara mañana de marzo, la bondadosa maestra de primeras letras (¡buenos días, señorita Estaurofila!) que vivía en la más próxima vecindad, llamó a la puerta de calle en busca mía. Yo esperaba con nerviosa zozobra



mi estreno de escolar. Al oír el llamador, el corazón me dió un salto. Mi padre y mi madre me acompañaron hasta el umbral con sus últimos consejos y recomendaciones, tal como en una página de de Amicis. Mi madre me besó cien veces, y mi padre no supo ocultar que se conmovía. La señorita me dió la mano y tomamos juntos la dirección de las quintas.

Mírenme bien, que ya me voy, con la pizarra bajo el brazo, con la cartera *vademécum* a la espalda, a manera de mochila, y el lápiz de manteca boyando entre bolitas de cristal, en el abultado bolsillo de la blusa.

Tomamos, dije, el camino de las quintas; luego doblamos a la derecha, y enderezando después por 9 de Julio penetramos, de la mano siempre, en una casa con jardín frontero, por donde discurrían los pequeñitos alumnos en multitud bulliciosa.

Qué mundo a la vez revuelto y uniformado: enjambre en el recreo, batallón al primer toque de la campana; el tiempo se me iba en padecer la nostalgia de mis juegos, y apenas me consolaba pensar que con los años entraría yo también al deseadísimos Colegio Nacional —militarizado entonces no sabré decir por qué— y formaría en las paradas de los días patrios, como ese primo mío que tanto admiraba cuando salía tan vistoso entre los otros colegiales del barrio, con su quepis empenachado y su chaqueta azul y sus bombachas coloradas y sus polainas blancas y su machete relumbrante, a formar como un verdadero soldado frente al Cabildo o a la Catedral: perfec-



ción y término que no me habría de negar el destino...

La desconfianza me sobrecogía en los recreos; el miedo de ser interrogado me embargaba en la clase.

Y es que, pobre de mí, yo sufría de unos nervios enfermos que me inhibían de pronto, impidiéndome hablar. ¡Cuántas veces, sabiendo mejor que muchos lo que me preguntaban —la tabla de sumar o el silabario—, me quedé en despreciable silencio ignorando a ojos de todos que dos más dos son cuatro o que la eme es la eme! Defecto en ocasiones trágico que sólo mucho más tarde mal que mal corregí. Pero costándome lágrimas en esa edad en que los otros no lloran.

¡Qué descanso y qué dicha en las infernales clases cuando la señorita nos hacía escribir! Entonces, el afán del desquite me impulsaba imperiosamente a la excelencia. Y trabajaba desde entonces por hacerme escritor, sin saberlo, como mejor podía, bajo la fuerza del sino.

¡Qué descanso también cuando la directora comenzaba a contarnos algún cuento ejemplificador! ¡Pero qué cuentos! Parecía como si en el pimpollo de la infancia se posara una gran mariposa negra.

Recuerdo una historia bastante característica por la cual ha de apreciarse aquella pedagogía regional, cuyo evidente objetivo no era otro —así en las escuelas religiosas como en las civiles— que despertar en las almas, desde muy temprano, “el santo temor de Dios”.

Éste que era un niño desobediente. Y ésta que era una madre que nunca se atrevía a castigarlo. Y sucedió

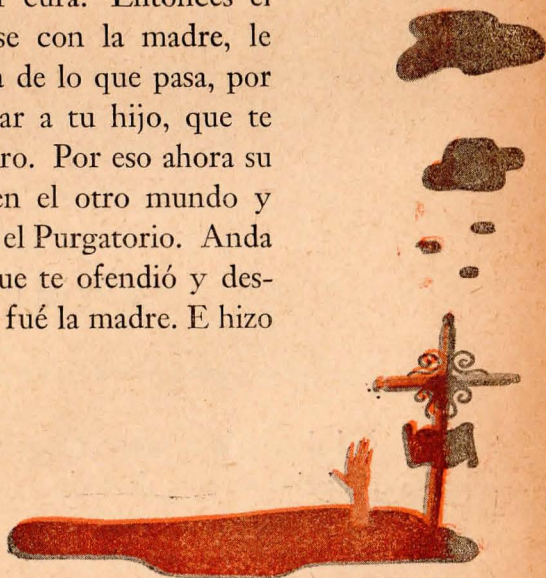


que el niño cometió la horrible falta de poner su mano sobre la madrecita. Dios envió entonces a aquél una cruel enfermedad y el niño, entre dolores, murió. El pobrecillo olvidó, empero, en su última hora, pedir perdón por su falta. Y fué enterrado en una tumba a orilla de un camino.

A los días —la voz de la directora se ahuecaba en tono grave— un caminante trajo la noticia de que la mano del niño asomaba rígida sobre la tumba. Fueron allá los sepultureros y echaron paladas de tierra encima. Y fué también la madre y rezó.

Otro caminante, a los días, trajo la renovada noticia de que la mano del niño había vuelto a asomar, fría y rígida, sobre el sepulcro.

Repetido muchas veces el caso, hubo de ser consultado el señor cura. Entonces el señor cura, encarándose con la madre, le dijo: “Tuya es la culpa de lo que pasa, por no haber sabido castigar a tu hijo, que te puso la mano en el rostro. Por eso ahora su alma está intranquila en el otro mundo y vaga de sitio en sitio en el Purgatorio. Anda y pégale en la mano que te ofendió y después reza una salve”. Y fué la madre. E hizo





en todo como el señor cura le tenía mandado. Y mientras ella rezaba de rodillas, la mano infantil fué metiéndose de por sí bajo la tierra, y en las alturas un coro de ángeles saludaba el arribo del niño a la paz del Paraíso.

Acabado el cuento, la rígida mano infantil se quedó tiesa en nuestra obsesión, sin que logran esconderla entre sus resplandores los etéreos ángeles del final. Nos miramos los unos a los otros con ojos espantados. Después, en el recreo, siguiendo el funesto ejemplo, cada uno tuvo alguna dislocadora historia que narrar al compañero.

¡Qué cosas las de aquella Córdoba de mi infancia!  
¡Bajo un cielo tan azul, unas sombras tan negras!

ARTURO CAPDEVILA.

*De Córdoba del recuerdo.* Edit. Espasa-Calpe, S. A. 3ª edición. Buenos Aires, 1939.

---

ARTURO CAPDEVILA. Escritor y poeta argentino contemporáneo.

## MÁXIMAS

DE LA ROCHEFOUCAULD

—El deseo de aparentar que somos personas de mérito nos priva a veces de serlo.



—En la adversidad confundimos, a veces, la debilidad con la firmeza; la sufrimos, sin atrevernos siquiera a mirarla, como los cobardes se dejan matar sin resistencia.

—Los que se dedican demasiado a las cosas pequeñas, se hacen, por lo general, incapaces para las grandes.

—Es tal el hábito que tenemos de ocultar a los otros lo que somos, que al fin acabamos por engañarnos a nosotros mismos.

—Nada hay tan contagioso como el ejemplo.

—Dicen siempre que es ciega la fortuna de los que no han recibido sus favores.

—El mérito tiene su temporada, lo mismo que la fruta.

—La oportunidad nos da a conocer a nosotros mismos y a los demás.

—¿Cómo podremos esperar que los otros guarden nuestro secreto, cuando nosotros mismos no lo hacemos?

—La soberbia nunca deberá nada y el amor propio jamás querrá pagar.

—Todos se quejan de la flaqueza de su memoria; pero ninguno de la cortedad de su criterio.

—El hombre prudente haría mejor en evitar un combate que en vencer.

—El hombre que nunca se haya visto en peligro, no puede responder de su valor.

—A medida que nos hacemos viejos nos volvemos más sencillos y más sabios.



—Más deshonroso es desconfiar de un amigo, que ser engañado por él.

De *Reflexiones, o sentencias y máximas morales*. Editorial Sociedad Internacional. Buenos Aires.

---

FRANCISCO, DUQUE DE LA ROCHEFOUCAULD, PRÍNCIPE DE MARCILLAC (1613-1680). Ilustre literato francés. Su celebridad literaria se funda en sus *Reflexiones, o sentencias y máximas morales*.

## LA ESTRELLA

*En el agua la estrella se refleja  
como una lentejuela de oro vivo,  
o un lunar imprevisto en el motivo  
gris y redondo de la charca añeja.*

*Admiradas, absortas en la duda  
de qué será lo que en el pozo brilla,  
las ranas están quietas en la orilla  
en una adoración paciente y muda.*

*Y el pastor loco que con astros sueña  
hunde en el agua la imprudente mano.  
Quiere sacar la estrella del pantano  
y en la imposible salvación se empeña.*



—¡Cloc, cloc! —gimen las ranas desoladas;  
roto el reflejo, desgarrado el astro,  
ya no queda en la charca sino un rastro  
de hebras de luz sutiles y doradas.

*Y yo que asisto a la lección y llevo  
en mi charca interior la dulce estrella  
de una ilusión que se retrata en ella,  
a ansiar la realidad ya no me atrevo...*

*Y como hipnotizada por el loco  
afán de no ver roto mi tesoro,  
hago guardia tenaz al astro de oro,  
lo miro fijo, pero no lo toco.*

JUANA DE IBARBOUROU.

De *Las mejores poesías de los mejores poetas*. Editorial Cervantes.  
Barcelona.

#### EXPLICACIONES

*Llevo en mi charca interior:* llevo en mi alma.

---

JUANA DE IBARBOUROU. Escritora y poetisa uruguaya contemporánea.



## ARTE DE HACER BIEN CON POCO DINERO

Passy, 22 de abril de 1874.

Muy señor mío: He recibido la carta de usted, del 15 del corriente, y el estado de cuenta que la acompaña. La pintura que me hace de su situación me aflige por demás. Adjunto hallará usted un billete de diez luises. No es mi intención *dar* a usted esa cantidad; solamente se la *presto*. Cuando usted vuelva a su patria, con buena reputación, probablemente tomará interés en algún negocio que le pondrá en estado de pagar todas sus deudas; en tal caso, si encuentra un hombre de bien que se halle en una posición semejante a la de usted, ahora, me pagará prestándole la misma suma, y le ordenará que satisfaga su deuda con otra operación semejante luego que se halle en estado de poderlo hacer y encuentre para ello igual proporción. Espero que de este modo los diez luises pasarán por muchas manos antes de caer en las de un pícaro que quiera detener su curso. Éste es un artificio de que me valgo para hacer mucho bien con poco dinero, pues como no soy bastante rico para destinar *mucho* a buenas obras, por lo mismo me veo obligado a usar de ardidés para hacer lo más posible con *poco*.



Deseando que no olvide mi encargo, y que su futura prosperidad sea inalterable, queda de usted muy seguro servidor, etc.

BENJAMÍN FRANKLIN.

De *Vida de Franklin*. Edit. "El Ateneo". Buenos Aires, 1913.

---

BENJAMIN FRANKLIN. Industrial, sabio y estadista de Boston (Estados Unidos). Inventó el pararrayos. Contribuyó a la independencia de los Estados Unidos, firmó los preliminares de la paz con Inglaterra y trabajó por la libertad de los esclavos negros.

## EL SALTO DE TEQUENDAMA

.....

Empezamos el descenso por sendas imposibles y en medio de la vigorosa vegetación de la tierra fría, pues respiramos una atmósfera de 13 grados centígrados. Pronto dejamos los caballos y continuamos a pie, guiados por entre la maleza, las lianas y los parásitos que obstruyen el paso, por dos o tres muchachos de la hacienda, que van saltando sobre las rocas gregarias y los troncos enormes tendidos en el suelo, con tanta soltura y elegancia como las cabras del Tirol.

Así marchamos un cuarto de hora, conmovidos ya por un ruido profundo, solemne, imponente, que suena



a la distancia. Es un himno grave y monótono, algo como el coro de titanes impotentes al pie de la roca de Prometeo, levantando sus cantos de dolor para consolar el alma del vencido...

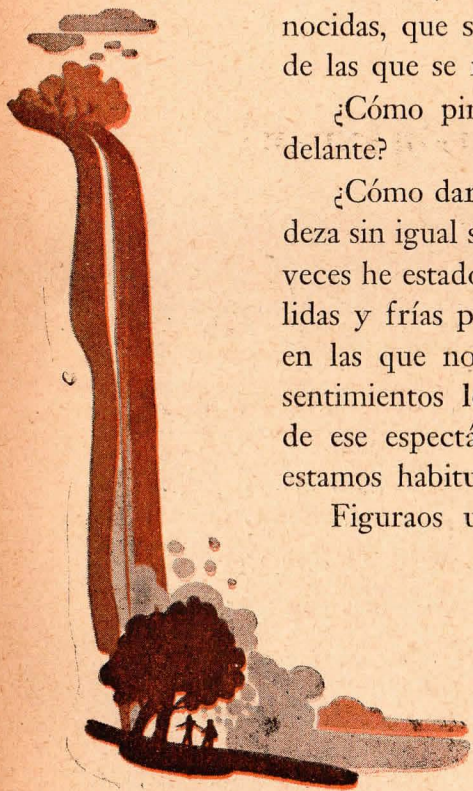
—¡Prepara el alma, amigo!

Quedamos estáticos, inmóviles, y la palabra, humilde ante la idea, se refugió en el silencio. Silencio imprescindible, fecundo, porque a su amparo el espíritu tiende sus alas calladas y vuela, vuela, lejos de la tierra, lejos de los mundos, a esas regiones vagas y desconocidas, que se atraviesan sin conciencia y de las que se retorna sin recuerdo.

¿Cómo pintar el cuadro que teníamos delante?

¿Cómo dar la sensación de aquella grandeza sin igual sobre la tierra? ¡Oh! ¡cuántas veces he estado a punto de romper estas pálidas y frías páginas, en las que no puedo, en las que no sé traducir este mundo de sentimientos levantados bajo la evocación de ese espectáculo a que los hombres no estamos habituados!

Figuraos un inmenso semicírculo casi





completo, cuyos dos lados reposan sobre la cuerda formada por la línea de la cascada. Nos encontrábamos en el vértice opuesto, a mucha distancia, por consiguiente. Las paredes graníticas, de una altura de 180 metros, están cortadas a pico y ostentan mil colores diferentes, por la variedad de capas que el ojo descubre a simple vista. De sus intersticios, a la par que brotan chorros de agua formados por vertientes naturales y por la condensación de la enorme masa de vapores que se desprenden del Salto, arrancan árboles de diversas clases, creciendo sobre el abismo con tranquila serenidad. En la altura, pinos y robles, las plantas todas de la región andina; en el fondo, allá en el valle que se descubre entre el vértigo, la lujuriosa vegetación de los trópicos, la savia generosa de la tierra caliente, la palmera, la caña, y revoloteando en los aires que miramos desde lo alto, como el águila las nubes, bandadas de loros y guacamayos que juegan entre los vapores irisados, salen, desaparecen y dan la nota de las regiones cálidas al que los mira desde las regiones frías. Figuraos que desde la cumbre del Mont-Blanc tendéis la mirada buscando la eterna mar de hielo, como un sudario de las aguas muertas y que veis, de pronto, surgir un valle tropical riente, lujurioso, lascivo, frente a frente a aquella naturaleza severa, rígida e imperturbable.

Quitad de allí el Salto si queréis, suprimid el mito, dejad en reposo el brazo potente del Nenquetemba: siempre aquellas murallas profundas y rectas, aquel abismo abierto, insaciable en el vértigo que causa, siempre aque-



lla llanura que la mirada contempla y que el espíritu persiste en creer una ficción, siempre ese espectáculo será uno de los más bellos creados por Dios sobre la cáscara de la tierra.

MIGUEL CANÉ.

De *En viaje*. Edición de *La Nación*. Buenos Aires, 1904.

---

MIGUEL CANÉ. Ver datos biográficos en la página 20.

## PUCHERO DE SOLDADO

El tren cruzaba una distancia poblada por vacas finas que, familiarizadas con el paso del gran lagarto férreo, pacían tranquilas.

Era un espectáculo hartó conocido y conversábamos, indiferentes, de incidencias menores en nuestras vidas camperas.

El viejo don Juan miraba hacía un rato por la ventanilla y veía cosas muy distintas de las que hubiéramos podido ver nosotros.

Recuerdos. ¿Y qué recuerdos podía no tener ese hombre de setenta y cuatro años, desde su juvenil participación en la guerra del Paraguay?





De pronto pensó en voz alta:

—Nosotros nos asombramos de la evolución a que hemos asistido en Buenos Aires...; es asombroso, en efecto, lo presenciado en adelantos y perfeccionamientos; pero hay cosas increíbles en el pasado de un hombre viejo, y es como para pensar si uno no las ha visto en otra vida. Así, pues, miro esta estancia y pienso que tal vez sea un sueño lo que nos sucedió a un grupo de hombres en épocas diferentes de éstas, como lo son las cruzadas de los modernos días europeos.

—¿Qué les sucedió? —preguntamos, más por deferencia que por interés.

—Figúrense que el gobierno me había encargado de hacer una mensura poco tiempo después de la campaña



del general Roca contra los salvajes. Como el trabajo presentaba peligros, mandé pedir unos soldados a mi amigo, y cuasi pariente, Napoleón Uriburu, que fué — se sabe — uno de los jefes expedicionarios.

Uriburu me envió quince hombres, para completar una comitiva apta para medir tierra y defenderse por sus cabales del posible ataque pampa.

Seríamos, pues, veinte entre todos, con numeroso convoy de carretas y animales. Trabajamos sin descanso, y de noche, para mayor seguridad; hacíamos campamento rodeados por las carretas unidas con lazos.

Un hombre quedaba de centinela; no había cuidado que se durmiera. Los indios se presentaban de improviso, y a nadie sonreía morir sin vender el pellejo.

Aquella noche cayeron en número crecido. No podíamos pelear con ventaja; pero en lugar de la atropellada que esperábamos se contentaron con incendiar el pajonal, y pronto las llamas nos alumbraron como de día.

Había que ver, amigo: temblábamos de miedo como nuestras sombras bailarinas. Íbamos a morir asados, si nos quedábamos. ¿Y disparar? ¿Adónde que no nos ensartáramos con las lanzas de los salvajes que nos esperaban para eso?

Era la muerte a fuego o hierro. Podíamos elegir.

De pronto vi la salvación: la laguna donde habíamos dado el día antes de beber a nuestros animales.

Di la voz, y corrimos temerosos de no tener tiempo. El calor picoteaba ya el cuerpo, y a punto nos largába-



El calor picoteaba ya el cuerpo, y a punto nos largábamos de cabeza en el agua, luminosa de reflejos.

Les garanto que tengo una rebajita en el Purgatorio. Metidos en el agua hasta el cogote, vimos llegar las llamaradas, que roncaban en una sostenida nota grave; parecía como que la tierra se fuera en borbotes de humo, y la cara se nos asaba materialmente. Entonces empezamos la única maniobra de defensa: metíamos la cabeza bajo el agua el mayor tiempo posible, para evitar las quemaduras de las llamaradas que pasaban sobre nosotros, pero teníamos que respirar, y así jugábamos al zambullón hasta sentir el fuego alejarse.

El agua parecía de puchero. Pensar en salir a tierra era locura. Nos hubiéramos cocido los pies como bifés. Optamos, pues, por quedarnos; y, aplacado el susto, sintiéndonos como resucitar, empezamos a mirarnos. No faltaba ninguno.

Clareaba ya la mañana cuando salimos del agua, colorados como flamencos y tiritando de frío por contraste.

Pero nos reíamos. Nos reíamos los unos de los otros, a pesar de quedar sin recursos en el desierto, porque pensábamos que el fuego encendido para nuestra muerte nos salvaba, arreando a los indios lejos de nosotros.

RICARDO GÜIRALDES.

De *Cuentos de muerte y de sangre*. Edit. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1933.

---

RICARDO GÜIRALDES. Ver datos biográficos en la página 6.



## LEÓN CAUTIVO

*Grave en la decadencia de su prez soberana,  
sobrelleva la aleve clausura de las rejas,  
y en el ocio reumático de sus garras ya viejas,  
la ignominia de un sordo lumbago lo amilana.*

*Mas, a veces, el ímpetu de su sangre africana,  
repliega un arrogante fruncimiento de cejas,  
y entre el huracanado tumulto de guedejas,  
ennoblece su rostro la vertical humana.*

*Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas cautelas,  
desciende el azorado trote de las gacelas,  
bajo la tiranía de atávicos misterios,*

*la fiera siente un lúgubre influjo de destino,  
y en el oro nictálope de su ojo mortecino,  
se hastía una magnánima desilusión de imperios.*

LEOPOLDO LUGONES

De *Los crepúsculos del jardín*. Edit. Babel, 2ª edic. Bs. Aires, 1926.

### EXPLICACIONES

Prez: honra, fama. Nictálope: que ve mejor de noche que de día.

---

LEOPOLDO LUGONES (1874-1938). Gran escritor y poeta argentino, que ocupó durante casi medio siglo un lugar prominente en las letras hispanoamericanas. Entre sus obras principales figuran, en prosa, *El payador*, *Historia de Sarmiento*, *La guerra gaucha*, etc.; en verso, *Las montañas de oro*, *Los crepúsculos del jardín*.



## LA NIÑA Y EL MAR

Un arco iris que parece pincelada de los dioses se dibuja en el cielo, del lado del mar. Es un arco perfecto, que mide el destello luminoso. La lluvia ha cesado y del horizonte de las sierras viene la vislumbre del sol, ya muriente. El tren va corriendo, mientras nuestro corazón se detiene en la angustia de la despedida. Todo viaje es triste, porque algo dejamos al partir, aun la amargura, que suele ser consoladora. Me despido de las nubes, del océano; los últimos que me saludan son los altos árboles, que se inclinan acariciados por el viento pampero, que ya ulula salvaje y desmelenado, como potro en libertad. A lo lejos se extienden las praderas verdes, ondulantes; un pájaro revolotea feliz en rededor de su nido, y del lado del mar sube en carroza de estrellas la noche profunda y misteriosa, que aquieta las almas.

Pronto se esfuma la torre de San Pedro, centinela de la ciudad; unas luces lejanas parpadean a la vera de un monte; al rato todo ha concluído, como un sueño.





¿Qué pienso, pegada la frente al cristal de la ventana?  
No pienso, sino siento la emoción de ese cuarto de hora en que todo se prende a mi espíritu, el mar, el árbol, las estrellas, la brisa, los panoramas rientes, el perfume silvestre y el silencio de la inmensidad. Olvido a los hombres, sus vicios, sus deformidades, para añorar la infinita belleza de aquella tierra, que es buena y fecunda, como la Canaán bíblica.

Y así, distraído, transcurre largo tiempo, hasta que una manita de terciopelo, suave, inocente, me acaricia.

—“¿Queré” oír?

—¡Mi hijita!

—Este caracol... “Escuchá” papito... ¡Por aquí conversa el mar conmigo!

Y oyendo en el caracol, me embeleso.

—¿Te gusta, papito?

—Sí, hija mía, sí; me gusta como toda ilusión.

—¡Eso decía yo! ¡Nos llevamos a Mar del Plata!  
¡Oh, qué lindo caracol!

La niña y el mar. Dos poemas de armonía y esperanza.

MANUEL MARÍA OLIVER.

#### EXPLICACIONES

*Ulula*: que da gritos o aullidos. *Canaán*: antiguo nombre de Palestina.

---

MANUEL MARÍA OLIVER. Escritor argentino contemporáneo.



## A DON ANICETO EL GALLO

*He visto en un gacetón  
que llaman EL ORDENAO,  
que usté, aparcero ha soltao  
cuatro letras al botón.  
Lo digo así en la ocasión,  
porque a mí se me hace al ñudo,  
que el gaucho que boliar pudo  
tan lindo a la tiranía,  
salga diciendo: —“No es mía  
la letra de un gaucho rudo”.*

*Velay, su reclaración,  
a mi modo de entender,  
lo mesmito viene a ser  
que si dijiera, patrón:  
“Reclaro ante la Nación  
que la chispa que ha saltao  
a causa de haber golpeao  
un paisano su yesquero,  
no es el Sol que enero a enero  
la campaña ha iluminao”.*



*Paisano ANICETO EL GALLO,  
puede sin cuidao vivir,  
que primero han de decir  
que la vizcacha es caballo,  
y que el ombú es verdolaga,  
y que es sauce la biznaga,  
y que son montes los yuyos,  
que asigurar que son suyos  
los tristes versos que yo haga.*

*Adiós gaucho payador  
del Ejército Unitario;  
adiós Paisano ño Hilario,  
adiós projundo cantor,  
adiós pingo cociador,  
que a tiranos has pateao,  
y que hasta a mí me has largao  
de pronto un par de patadas  
a causa de unas versadas,  
que en mi inorancia he soltao*

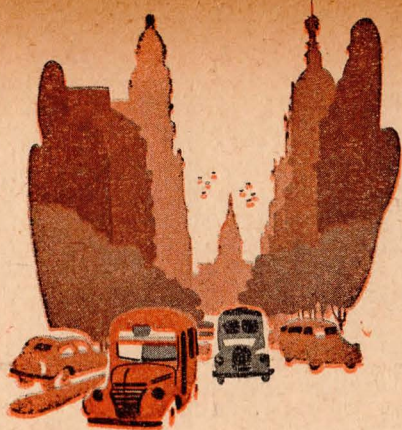
ESTANISLAO DEL CAMPO.

*De Fausto y otros poemas selectos.* Edit. W. M. Jackson, Bs. Aires.

---

ESTANISLAO DEL CAMPO. Ver datos biográficos en la pág. 191.





## LA AVENIDA DE MAYO

Después de haberme sonreído, desde lejos, con una sonrisa familiar, la gran avenida, que tiene un nombre de primavera y de libertad, me acoge cuando llego a ella y penetro en la corriente de su circulación vital con una confianza que me encanta y me desconcierta. Nada en sus detalles me parece desconocido. Nada me choca. Nada me sorprende. Las impresiones de esta mañana continúan, y al sentarme en la terraza de un café para ver desenvolverse ante mis ojos la palpitante e interminable película de la existencia callejera, experimento la sensación de que ya he estado aquí, no un día, no, sino muchos días, mucho tiempo. Los ocultistas y los budistas explican estos singulares estados de alma diciendo que en una existencia anterior hemos podido vivir la vida que de pronto se nos aparece como ya conocida. Sólo



que en el caso presente tal teoría es absurda, puesto que en las etapas anteriores de mi existencia, cuando, hace tres siglos, fuí pirata en el Mediterráneo, o cuando, doscientos años más tarde, fuí monje en un monasterio verde de Colombo, Buenos Aires no era sino una aldea, y la maravillosa avenida no existía ni siquiera en estado de vaga esperanza. Yo me figuro, en efecto, lo que habrían pensado los buenos compañeros de Juan de Garay si alguien les hubiera dicho: "Aquí se levantará dentro de poco tiempo una capital tan grande y tan hermosa, que Madrid y Barcelona y Sevilla juntas cabrán dentro de ella". La risa habría sacudido sus armaduras en una larga convulsión. ¿Buenos Aires metrópoli del Imperio español? . . . Lo único que sus fundadores ambicionaban era hacer de él un puerto para comerciar con el ganado. En cuanto a los pueblos de porvenir, los que estaban llamados a ser un día rivales de la corte de los Felipes, llamábanse Lima, Santiago de los Caballeros de Guatemala, México, Caracas . . .

Así, pues, no pudiendo haber sido en una existencia pasada, es en la presente en la que yo he visto la avenida, con su alegría, con su actividad, con su lujo, con su buen gusto. Porque, mal que pese a mi amigo Santiago Rusiñol, cuyo libro sobre la Argentina es un ramillete formado con todas las flores de la injusticia, la característica de esta ciudad es el buen gusto. Bien sé que esto, ni los mismos porteños se atreven a decirlo. "Un pueblo hecho en poco tiempo —murmuran excusándose— no puede ser cual



una ciudad hecha por los siglos. No tenemos arquitectura, y vivimos de imitaciones y de copias." Es cierto. Mas, ¿dónde está la capital moderna que no se halla en el propio caso? La misma Barcelona, patria de Rusiñol, es un muestrario disparatado de fachadas belgas y alemanas. Buenos Aires, más feliz, ha ido a inspirarse a Francia, y de Francia, país de medida, de armonía, de elegancia sobria, ha traído estas líneas puras que dan a la avenida de Mayo su gracia severa de gran bulevar parisiense.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

De *El encanto de Buenos Aires*. Edit. Perlado, Páez y Cía. Madrid, 1914.

---

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO (1873-1927). Brillante escritor y cronista guatemalteco. Obras principales: *Sensaciones de arte*, *El modernismo*, *Treinta años de mi vida*, *El alma japonesa*.

## EL NEGRO JOAQUÍN

No teníamos más custodia que los negros criados de la casa, descendientes de los antiguos esclavos, quienes, por gratitud a la libertad que se les dió, en homenaje a la revolución de 1810, se esclavizaron más por el amor a sus antiguos amos, hasta dar la vida por defenderlos . . .

Allí se conserva la tradición del negro Joaquín, esclava-



*El cierzo, entre sus alas, que llega como un beso  
nos trae voces lejanas  
de cantos de alegría  
que lloran las campanas.  
Los pájaros cantores, en loca desbandada,  
al Sol lanzan sus trinos.*

*Allá, en la lejanía, se van desesfumando  
los héroes cansinos.  
Retozan de alegría  
zagales y chicuelos;*

*las madres besuquean con fuerza a sus retoños;  
se yerguen los abuelos . . .  
Por el limpio horizonte avanza la silueta  
de los apuestos héroes de aquella gran jornada.*

. . . . .

*Y siguen las campanas  
lanzando sus gemidos;  
cantando a vencedores,  
llorando a los caídos.*

*Entre el grupo de indómitos corceles, se estremece  
un algo sacrosanto que al cielo lanza el vuelo;  
es la enseña gloriosa  
que es bandera y es cielo.*



*Ya avanzan; ya se acercan; ya piafan los corceles;  
gritan enronquecidos los de feliz memoria...*

*La GLORIA abre sus brazos:  
sus páginas la HISTORIA...*

*Escupen las cornetas sonidos estridentes;  
redoblan los tambores,  
y los cañones lanzan rugidos cavernosos  
a los bravos guerreros que vuelven vencedores.*

*Se troca la alegría en delirio, locura.  
Los penachos son sangre; el sol infierno de oro;  
cañones y cornetas, y gritos de la gente  
vuelan entre los pliegues del celeste tesoro.*

*¡Arriba corazones de gloria amalgamados!  
¡Que el sol su luz nos preste, que es la luz verdadera!  
¡Al suelo las rodillas! ¡Al cielo nuestras frentes  
que pasa la bandera!*

A. TREVIÑO.  
(OÑIVERTA)

*De Reflejos históricos. Mayo de 1918. Buenos Aires.*

#### EXPLICACIONES

*Infierno de oro:* se refiere al sol. *Cansino:* cansado. *Piafar:* golpear el caballo el suelo con las manos, alzándolas con mucha fuerza y rapidez.

---

A. TREVIÑO. Poeta argentino.



## PERDIDO

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra somnolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guindos, hayas y robles. (Ya se ve que estamos en el norte de España.)

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y —dígase de una vez, aunque sea prematuro—, excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrerete que debe a su fealdad el nombre de hongo; gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apalea las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran



confianza en la exactitud de su itinerario, y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

—No puedo equivocarme —murmuró. —Me dijeron que atravesara el río por la pasadera . . . Así lo hice. Después que marchara adelante, siempre adelante. En efecto: allá, detrás de mí queda esa apreciable villa, a quien yo llamaría *Villafangosa* por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos . . . De modo que, por aquí, adelante, siempre adelante . . . —me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo, no le pondría otra divisa—, he de llegar a las famosas minas de Socartes.

Después de andar largo trecho, añadió:

—Me he perdido, no hay duda de que me he perdido...

. . . . .

Por grandes que fueran su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Las veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose, y al fin bajaron





tanto, que nuestro viajero hallóse en un talud, por el cual sólo habría podido descender echándose a rodar.

—¡Bonita situación! —exclamó sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo a la enojosa contrariedad—. ¿En dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo. ¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada . . . pero el césped ha desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedruscos y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro . . . Sin duda estoy en las minas . . . pero ni alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre. ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguiréla? ¿Desandaré lo andado? . . . ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las minas de Socartes, y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante . . .

BENITO PÉREZ GALDÓS.

De *Marianela*. Editorial "La Nación". Buenos Aires, 1902.

---

BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920). Insigne novelista y autor dramático español. Escribió entre otras obras: *Episodios nacionales* (46 volúmenes), *Doña Perfecta*, *Casandra*, *El abuelo*, *La loca de la casa*, *Marianela*, etc.



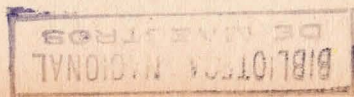


## EL SEÑOR DEL AGUA

### EL PERSONAJE

Cuentan los vecinos más ancianos de los lugares de uno y otro lado de la sierra, que oyeron a sus padres y éstos a sus abuelos, y éstos a sus antepasados, que en aquel lugar ocurrieron cosas extraordinarias en tiempos antiguos; y todas se referían al sapo fabuloso, que todos oyeron croar en la misma forma, en el mismo sitio y por las mismas causas.

Viajador incansable de ese camino otras veces descrito, yo he pagado también mi tributo al viejo cerbero de aquella oscura vivienda; he oído su voz, contemplado su





vieja sombra en el fondo de la cueva y visto el destello chispeante de sus ojos insomnes; me he apoderado de su vida, de su historia y de toda la mitología infernal que su presencia exótica y única en ese recinto ha creado en la conciencia de mi pueblo, que es también la mía, porque tengo su propia alma. Así, cuando en la siesta radiante, jinetes y bestias detiéndense allí de la ascensión o del descenso de las cimas, buscando unos la sombra del árbol, otros el alivio fugaz de su sed y su fatiga, óyese a distancia, al escuchar los pasos que se acercan, el eco ronco y profundo del sapo, de alarma a un tiempo y de anticipado reniego por el consumo del agua que él cuida como guardián y, según mis paisanos, administra como dueño.

¡Y qué miserable y mala es su mercancía, y cómo la economiza y regatea el avaro señor del tesoro subterráneo! Pero un viajero honrado sabe que la deuda de agua para su mula es deuda sagrada: la cobra el destino y la ejecuta la *puna* implacable, porque al remontar las empinadas cuestas, o al bajar hacia los espantosos abismos, la brava bestia cae extenuada de fatiga, o se derrumba sobre desconocidas grietas de la senda abrupta. Generaciones y más generaciones la recorrieron del oriente al ocaso y del ocaso al oriente, desde que en esas regiones imperó el Inca en la tierra y el Sol en las almas; y todas, al fin, consagraron el tributo en favor del monstruo que, imperterritito, lo reclama con su acento imperioso e iracundo.

A veces creeríasele temeroso de ver exhausto para siempre ese manantial de vida; de tal manera aumenta su



A veces creeríasele temeroso de ver exhausto para siempre ese manantial de vida; de tal manera aumenta su furor al sentir acercarse las cansadas mulas con las fauces y narices secas, dando resoplidos desesperados, ansiosas del primer sorbo de agua insípida y amarillenta, que gota por gota surge del antro cuya entrada cierra el hórrido batracio.

Mas los arrieros, fieles a la tradición de la comarca, le dirigen palabras de reparación, promesas de pago y también frases de afecto, nacidas de la más santa e ingenua sinceridad; y mientras asidas de la rienda y suelto el freno las bestias sacian su sed voraz, entablan con el dueño oculto del agua, los más misteriosos diálogos que he tardado mucho en poder traducir. Aquél concluye al fin por serenarse: sus gritos ásperos y terribles se cambian en refunfuños entrecortados, y luego en gruñido grave y hondo como el de fiera que se aplaca, o como el vago rumor de una tormenta que se aleja. El charco se queda seco, y al emprender de nuevo la escabrosa ruta, nadie olvidará la despedida al hosco morador del peñasco, que responde no se sabe si con un “adiós” cavernoso y malhumorado, o con una blasfemia digna de un sapo a quien se acaba de arrebatar, una vez más, el agua reunida en su palangana de barro, donde puede siquiera, al ver reflejada su forma, imaginarse una compañía de su especie de la que le separa, acaso para siempre, una implacable sentencia.



Y la soledad honda, suprema, absoluta, vuelve a imprimir en el valle su invisible y soporífero aliento.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

De *Historias*. Edit. Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1906.

### EXPLICACIONES

*Cerberos*: guardián vigilante. *Mitología*: historia fabulosa de los dioses, semidioses y héroes de la antigüedad. *Puna*: especie de ansiedad que produce la travesía de los Andes a causa del aire enrarecido. *Consagrar el tributo*: efectuar el pago. *Blasfemia*: palabra injuriosa contra una persona.

---

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. Escritor y político argentino. Fundó la Universidad de La Plata y escribió notables obras, de las cuales podemos mencionar: *La Universidad Nacional*, *Educación y gobierno*, *Historias*.

## UN "PIONEER" DEL SUR

Conversando con uno de los "pioneers" que están ya a punto de conquistar la fortuna, inquiría yo:

—¿De modo que aquí el hombre cuenta con un porvenir cierto? ¿Los que vienen, conquistan seguramente la riqueza?

—Según —me contestó—. Aquí sólo tienen éxito los hombres de acción, de trabajo y de perseverancia. El que venga a la Patagonia a mandar hacer puede estar

seguro de un fracaso; el que se imagina que se enriquecerá sin sacrificio, quédese, es mejor . . . Aquí sólo medra el trabajo personal, continuo. Pero el que, en medio de estas privaciones, sea obrero o patrón, sobrelleve necesidades y fatigas, y luche con esperanza y sin tregua, ése llegará infaliblemente a rico.

Y me contó la odisea de la formación de su estancia: el arriendo y la adquisición del campo, con mil dificultades; la perforación de pozos en medio del arrenal, para hacer jagüeles de agua salobre, que sólo llega a ser posible por medio del trabajo incesante, del baldeo continuo; la conducción de las primeras ovejas, desde los confines de la Pampa central hasta la provincia de Buenos Aires, por interminables travesías en que la sed acecha al viajero y lo mata después de horribles padecimientos; las noches de insomnio, pasadas en rondar el rebaño, inquieto en aquel terreno desconocido y que no quiere echarse a descansar; las abrumadoras jornadas al paso del caballo escuálido y sediento, entre el polvo de la manada y la tropilla; la pérdida de los animales enloquecidos a la vista del mar, precipitándose a la orilla, para morir al día siguiente de sed, después de haber bebido.





De pronto, en medio del campo reseco y polvoroso, una tosca crucecita de ramas abre y retuerce los brazos, señalando el sitio donde descansa el cadáver gesticulante y crispado de algún "pioneer" que mató la sed. . . Y el tropero, con ademán temeroso y preocupado, se asegura de que su provisión de agua no corra peligro, de que no se filtre del zurrón de cuero en que la lleva, de que no le faltará hasta que pueda renovarla. . . ¡Y cuánto falta!

—Un día —me contaba el señor José Siches, joven hacendado de la península Valdés—, un día era tal la sed que me acosaba que me tiré del caballo en un cañadón, y comencé desesperado a cavar la arena con las uñas, en busca de un poco de humedad. . . y, no hallando agua, me llené dos y tres veces la boca con esa misma arena apenas humedecida, lastimándome encías y paladar, para disminuir siquiera un poco mis horribles padecimientos. . . Cuando llegué a una población, horas más tarde, tenía la boca negra y completamente ulcerada.

ROBERTO J. PAYRÓ.

De *Antología Castellana*, de Cortés Conde y Martín. Edit. Librería "El Ateneo", 2ª edic. Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*Pioneer*: voz inglesa que significa hombre emprendedor, de ideas atrevidas; el que, en sentido figurado o real, es el primero en explorar o trabajar en un país desconocido o en estudiar una materia no investigada.

---

ROBERTO J. PAYRÓ. Escritor argentino contemporáneo.

## CANCION DEL REFECTORIO DE NAVIDAD

*A las nueve justas de la Nochebuena,  
que en tierras de España cerró tan glacial,  
a cenar se sienta con sus veinte frailes  
el padre guardián.*

*Diez a cada lado de la mesa tiene  
y él en medio está  
sonriéndole al vino y al pavo trufado  
con ese alborozo de la Navidad.*

*Por la gran ventana del postigo abierto  
es cosa de sueños en la oscuridad,  
ver cómo rasgando jirones de nubes  
la luna quimérica va.*

*Entre pan y vino cada fraile cuenta,  
y entre vino y pan,  
historias de antaño donde hay una pizca,  
no más que una pizca, de pimienta y sal.*

*Y riendo a los cuentos se les van las horas,  
se les va la noche de la Navidad.  
Feligreses vienen, feligreses llegan,  
La iglesia está abierta, pero fraile no hay.*



*Mas viendo las luces del convite arriba,  
ya todos se suben y al convite van;  
y atajarlos quiere por los negros claustros  
el buen sacristán.*

*Y fué tan sabrosa la historia postrera,  
la del fraile joven que a la diestra está,  
que todos a una, sin ver quiénes entran,  
se desternillaban con la risa ya.*

*Y dijo el más fiero de los feligreses:  
—¿Qué es este pecado, vos, padre guardián?  
Pero voz celeste se oyó respondiendo:  
—¡Decid regocijo de Natividad!*

*Decid que los santos de oírlo se huelgan...  
¡Ea, fray guardián!  
Del pan y del vino brindadles a todos...  
¡para todos hay!*

*Y tal como un día fuera en Galilea,  
y como en las bodas fuera de Caná,  
pan y vino luego para todos hubo:  
¡que reír es cosa de gran santidad!*



*Era Nochebuena, y esto les contaba  
a sus veinte frailes el padre guardián.  
Diez a cada lado de la mesa tiene  
y él en medio está.*

ARTURO CAPDEVILA.

De *Simbad*. Edit. Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1929.

---

ARTURO CAPDEVILA. Eminente escritor y universitario argentino contemporáneo, de copiosa y notable producción en prosa y en verso. Entre sus principales obras figuran: *Melpómene*, *La fiesta del mundo*, *Córdoba del recuerdo*, *La sulamita*, *El poema del nenúfar*, *Simbad*.



## RECUERDOS DE PROVINCIA

### LA CASA DE MI MADRE

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por su mano para pagar su construcción, ha recibido, en



el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apegaba la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde me he pasado horas enteras y semanas sucesivas, en inefable beatitud, haciendo santos de barro, para rendirle culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta, para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio, de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio de nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojinetes, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo, indestructibles, que vienen pasando de mano en mano, desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera, que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de hu-



23  
sos, pedales y lanzaderas nos despertaba antes de salir el sol, para anunciarnos que un día nuevo llegaba, y con él la necesidad de hacer, por el trabajo, frente a sus necesidades.

Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia. Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes, más tarde, de un drama de familia, en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto del sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño y sombra en todos los tiempos; bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre el que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un huerto de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana; el todo, abrigado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustos fluorescentes. Así se realizaban en una casa de las colonias americanas la



exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de la campaña de Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante en presencia de aquella ciencia de la cultura, que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a

nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas, al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas y un pudridor de afrecho, de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón.

En los tiempos prósperos se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna ten-





tativa de amasijo, que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar.

Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres, y establecerse en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido, y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso como para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

.....

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela, en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio



de la pobreza, la constancia y la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de ser las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera; y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, fué siempre encomendada a estas supremas artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimo dinero. El confesado intento de denigrarme, de un escritor chileno, se detuvo hace algunos años en presencia de aquellas virtudes, y pagó su tributo de respeto a la laboriosidad respetable de mis hermanas, no sin sacar partido de ella para hacer de mí un contraste.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

*De Recuerdos de provincia.* Edit. Tor. Buenos Aires.

---

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1811-1888). Nació en San Juan y murió en Asunción del Paraguay. Fué un autodidacto. Desempeñó puestos públicos como diputado, senador, gobernador de San Juan y presidente de la República (1868-1874). Escribió gran número de obras. Las más importantes son: *Facundo*, *Argirópolis*, *De la educación popular*, *Recuerdos de provincia*.



## EN LA CATEDRAL DE SANTANDER

No me maravilló el templo con sus tres naves góticas, su coro bajo, frente al altar mayor, su suelo de mármoles y sus capillas sombrías; pues, si he de hablar con verdad, cosa más grande y más rica me había imaginado yo para una catedral de población tan renombrada e importante; pero comenzó la misa, y ya el ir y venir de los canónigos arrastrando las negras colas; el solemne y ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo á mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces.

Después, a medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención, porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban. . . . Pero llegó un momento en que a las voces estentóreas de los *sochantres*, y a las atipladas de los niños del coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo e inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo y parecía estrellarse en inmensas



oleadas contra los fustes, y saltar en ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas.

Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y en derredor de mí; hundí la cabeza en el pecho; parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aéreos, y que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jehová... y *le vi, sí, le vi* flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las disueltas bóvedas del templo, y *le sentí* en mi corazón y en mi conciencia, y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas, al ardor de la fe que también crecía en mi pecho; humillé mi cabeza... brotaron muchas lágrimas de mis ojos; y al verme en presencia de juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía y envidié la oscuridad y la bajeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

De *Modelos de literatura castellana*, de V. Agustí.

---

JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1833-1906). Excelente literato español, notable prosista y descriptor de las costumbres de Santander en sus novelas de un realismo magistral y un encanto subyugador. Son las principales *El sabor de la tierruca*, *Sotileza*, *Peñas arriba*, *La puchera*, etc.



## EL GENERAL BUSTOS

(EPISODIO DE 1830)

El pálido sol de invierno se había ocultado tras las nevadas cumbres de la Sierra Grande. Durante dos días había alumbrado la batalla y dejaba a las sombras presenciar los regocijos de la gloriosa victoria.

Los campos de La Tablada estaban regados con la sangre y alfombrados con el cuerpo de bravos combatientes. Algunas compañías del ejército habían cruzado en pabellón sus fusiles, y los soldados, reprimiendo las satisfacciones del triunfo, empezaban la penosa tarea de guardar en la tierra a los muertos y recoger los heridos caídos en la terrible lucha.

En el sosiego de la tarde se oía claramente el eco metálico de las campanas de la ciudad, echadas a vuelo, y se veían las primeras luces de la gran iluminación que preparaba el vecindario celebrando la derrota del caudillo de los llanos; se sentía el ruido monótono de la corriente del río, crecido con la reciente lluvia, y se escuchaban lejos, entre los montes vecinos, los disparos de las partidas destacadas en persecución de los vencidos.

Las fuerzas dispersas de Quiroga habían huído en dirección al norte, y el general Lamadrid, que las corría en la fuga, allí había reconcentrado toda su acción.

El general Bustos, con el profundo desaliento de un



segundo descalabro, manando sangre de los brazos y de la cabeza, tres heridas sacadas de la batalla, se escapaba hacia el oeste, costeano la ribera, andando lentamente, solo sobre su caballo, sufriendo penosísimos dolores, y con la fiebre del sobresalto natural en el derrotado que aun está al alcance del enemigo.

La noche había entrado, y en todo el campamento existía una soledad y un silencio sepulcrales. A la distancia ardían algunos fogones en el alto sitio donde acampaban las tropas vencedoras, y en el bajo, en toda la extensión de la ciudad, centelleaban miles de luces, anunciando que el pueblo se entregaba a grandes fiestas.

El general Bustos continuaba su marcha sumergido en su propio pensamiento, resistiendo a la cruel incomodidad de sus heridas.

Se hallaba próximo al “Molino de las Huérfanas”, cuando lo sorprendió un pelotón de soldados que volvía batiendo los alrededores. En este punto la barranca del río se levanta a una considerable altura, y se corta verticalmente, no ofreciendo ningún paso de descenso.

La partida rodeó inmediatamente al jefe desconocido que encontraba a su paso; el oficial que la mandaba le intimó rendición, y todos tomaron una actitud preventiva.

El célebre caudillo sintió ofendida su altivez de militar siempre vencedor; pretendió defenderse, pero su brazo no pudo levantar el arma ofensiva, y entonces, en ese terrible momento, estando cubierta su fuga en la





llanura, por una desesperada inspiración de valor impotente, dió vuelta a su caballo, le cubrió la cabeza con el poncho, clavóle las espuelas en los ijares, y el noble animal se lanza a la carrera y desaparece al borde de la barranca profunda.

La partida lo sigue, y apenas oye el ruido del agua golpeada fuertemente por el cuerpo caído, hace fuego al acaso, y el rumor inalterable de la corriente sucede a los disparos, sin que la oscuridad de la noche le permita ver el cuadro desarrollado bajo de su vista.

La débil resistencia que opuso la poca profundidad del agua fracturó horriblemente al caballo al chocar en el lecho del río, y sobre la cabezada de la montura, el general Bustos recibió un fuerte golpe en el pecho, im-



pulsado por la velocidad adquirida en la caída.

Su espíritu valiente no desmayó por este nuevo suceso desgraciado, y haciendo extraordinarios esfuerzos salió a la ribera, caminó trabajosamente para llegar a la quinta que hasta ahora lleva su nombre, hízose en ella la primera cura, y huyó después al litoral.

Diecisiete días más tarde entraba arrastrado en una carretilla a la ciudad de Santa Fe, y a consecuencia de una afección al pecho, producida por el golpe sufrido, moría en los primeros días del año 31.

El oficial que batió a Whitelocke en Buenos Aires, en la guerra de la independencia cubierto de gloria en cien combates, sublevado en Arequito, vencido en San Roque y perseguido en La Tablada, cercano ya al sueño de la tumba, dejó un ejemplo de heroísmo antiguo: antes de rendirse al enemigo, sobre su caballo se arrojó al abismo, como Pringles, a la voracidad de las aguas envuelto en su bandera.

RAMÓN J. CÁRCANO.

(De *Caras y Caretas*. N° 764. 24 de mayo de 1913.)

RAMÓN J. CÁRCANO. Distinguido hombre de letras argentino.



## LA ESPERANZA

*¡La Esperanza! Sublime, íntimo anhelo;  
aspiración ideal, indefinida,  
que eleva al hombre de la tierra al cielo  
en alas de la férvida ilusión;  
llama vivaz que lenta nos consume  
al par que alumbra el campo de la vida,  
y que en vapor disuelve y en perfume  
la savia del ardiente corazón.  
Espíritu gentil en la mirada  
de la púdica virgen resplandece;  
en la frente del héroe laureada,  
del labrador en el humilde hogar.  
La estrella enciende del proscripto errante  
que de la patria lejos desfallece,  
y al náufrago en su barca zozobran-  
te sostiene y guía en el rugiente mar.  
¿Qué corazón tu influjo no ha sentido?  
¿Tu claridad qué sombras no ilumina,  
si hasta en la densa noche del olvido  
dulce penetra tu bendita luz?  
¡Flor inmortal regada con el llanto  
de que es el alma inagotable mina;  
secreto numen, misterioso encanto,  
lámpara asida a la sagrada cruz!*



*Soñando el porvenir que les predices  
 te acarician los pálidos mortales,  
 y en su cárcel sintiéndose felices,  
 de tu huella anhelantes van en pos.  
 —“¡Más allá!” les repites, el vacío  
 les cerca, y con tus velos virginales  
 benigna ocultas su sepulcro frío,  
 y alzas allí su espíritu hasta Dios! . . .  
 Cuando todo perezca, cuando el mundo  
 desquiciado retiemble en el espacio  
 y se hunda del caos en lo profundo,  
 tú aun vivirás ungida por la fe,  
 como una joven reina destronada  
 contemplando en ruinas su palacio,  
 o te alzarás al cielo inmaculada  
 ¡cual la blanca paloma de Noé!*

CARLOS GUIDO Y SPANO.

De *Grandes escritores argentinos*. Edit. W. M. Jackson, Inc. Bs. As.

#### EXPLICACIONES

*Proscripto errante*: el desterrado, el que ha sido echado de un país y va de un punto a otro. *Noé*: anciano venerable que por orden de Dios construyó el arca (embarcación grande) para salvarse con su familia del diluvio. Según la Biblia (libro que contiene las sagradas escrituras), Noé fué padre de las nuevas razas humanas.

---

CARLOS GUIDO Y SPANO. Nació en Buenos Aires en el año 1827 y murió en la misma ciudad en 1918. Pasó su juventud en el Brasil; después de Caseros vivió en Buenos Aires. Escribió gran número de poesías que están coleccionadas en sus obras *Hojas al viento* y *Ecos lejanos*, y trabajos en prosa que se han publicado con el título de *Ráfagas*.





## EL NINA - QUIRU

(LEYENDA DE LA SELVA)

A medida que la noche bajaba fué tornándose más roja la fogata que teníamos en medio. Hablábamos poco; y llegó a poner término a la interesante tertulia, un huracán que sopló del norte, pues como en la punta del viento vienen pestes y males, nos apresuramos a guarecernos en la casa.

Solos allí, rodeados por el desierto y por la sombra, habíamos evocado el alma de los antepasados, sin más testigo que ese espíritu móvil de la llama divinizada por las civilizaciones primitivas. Habíamos dicho máximas populares; habíamos nombrado, según la astrología campesina, las constelaciones que tachonaban el cielo; habíamos recitado estrofas y tarareado los aires de las músicas nativas; habíamos recorrido las plantas y animales de la selva, desde el quebracho —quebrador de hachas— hasta yuyos más blandos, desde el atrevido puma hasta el travieso zorro, vida llena de edificantes ejemplos... Nos



habíamos retirado ya, y comenzaba a rumiar los diálogos recientes, cuando sentí ahí más cerca, bajo los árboles, un interesante coloquio del dueño de casa y su cuñado, despierto aún.

Dialogaban los gauchos bajo el alero de la choza. Todavía quemaban algunas brasas y chamizos entre el rescoldo del mate. Cerrada la noche y anegado de tinieblas el mundo, sobre la borrosa línea de las selvas resplandecía un astro que observaban los dos:

—¿Ves allí eso como farol entre los árboles?

—Sí, veo.

—¿Sabés lo que es?

—Una estrella será...

—¿Estrella?... ¿tan colorada?

—¿Y?

—Parece otra cosa...

—¿Qué parece?

—El *nina-quiru*...

—¡Guay! Como si lo hubieras visto alguna vez.

—Vos lo habrás visto, ¿no?

—No. Pero mi tata sabía contarme.

—¿Qué contaba?

—Que era un pájaro venido del cielo.

—¿Y por qué le decían “dientes de fuego”?

—Por la luz, sería...

—Dicen que traía un diamante de luz colorada...

—¿Dónde?

—En los ojos, en el pecho, ¡dónde sería, po!



- Piedra mágica, dejuro, ¿no?
- Así contaban...
- Y el que le sacara el diamante...
- Iba a ser el hombre más rico del mundo.
- Así ha de haber sido... porque el patrón de mi tata ofrecía no sé cuántas onzas de oro al que fuera sujeto de agarrarlo.
- Pero de ande habían de poder...
- Y anduvo el pájaro por varias estancias.
- Así decían.
- ¡Pero ha de ser cuánto que sucedió!
- ¡Ya lo creo!
- P'al tiempo del Rey eso lo que sería...
- Si volviera, ¿no, Panta?
- ¿Y para qué?
- Para que te hagas platudo.
- ¡Cosh!
- ¡Claro, pues, hombre!
- Velay: no lo pillaron ellos; no lo habíamos de pillar nosotros.
- Entonces para verlo siquiera.
- No digo menos.
- Dicen que era grande...
- ¡Cómo no!... Y cuando más en la sombra estaba, daba más luz.
- ¿Qué se haría de ese pájaro, no?
- Moriría...
- O se volvería al cielo, dejuro.



—¿Como esa estrella sería?

—Más, hombre... Árbol donde llegaba a pararse, se alumbraba como cuando está saliendo el sol.

Conversaban perezosamente, con grandes pausas suspendidas entre párrafo y párrafo, y con prosodia que tendía al apócope y la supresión de los acentos, de suerte que ese diálogo adormecía como un blando arrorró.

RICARDO ROJAS.

De *La Nación*, de fecha 1917.

### EXPLICACIONES

*La punta del viento*: dicho criollo que quiere decir cuando el viento empieza a soplar las primeras ráfagas. *Rescoldo*: brasas que se conserva entre la ceniza. *¡Guay!*: expresión de espanto o de dolor. *Cosb*: exclamación gaucha equivalente a imposible. *Velay*: voz popular que quiere decir: he aquí, ahí está. *Prosodia que tendía al apócope*: pronunciar palabras a las que se les suprimen las últimas letras.

---

RICARDO ROJAS, nació en Tucumán en 1852. Escritor argentino. Es autor de numerosas obras, entre las que citaremos: *Historia de la literatura argentina*, *El Santo de la Espada*, *Retablo español*, etc.

## EL CONGRESO DE TUCUMÁN

El primer rayo de sol del día 24 de marzo de 1816, al aclarar las cumbres del Aconquija, y antes de dilatarse iluminando los bosques y las llanuras, fué saludado



con una salva de veintiún cañonazos. En ese día, el Congreso Soberano de las Provincias Unidas, “esperanza de los pueblos y objeto de la expectación común”, hacía por fin su instalación.



Reunidos por primera vez los diputados, a las nueve de la mañana, en la sala de sus sesiones, determinaron la fórmula de juramento que debían prestar, eligiendo en seguida para su presidente provisional al doctor don Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires, y que debía ser uno de los miembros más activos e influyentes del Congreso.

El presidente prestó juramento en manos del más anciano, y los diputados, conteniendo con su actitud recogida las manifestaciones de la alegría popular, se dirigieron al templo para invocar las bendiciones de la Providencia sobre sus deliberaciones, con aquella fe sincera que santifica los actos humanos, asociando la política a la religión.

Así pasó el día 24, severo y religioso, aislándose el Congreso del pueblo y permaneciendo en la sala de sus sesiones.

Al día siguiente el Congreso determinó hacer pública su instalación. Un bando había convocado a las milicias



de la ciudad y de la campaña, y la novedad del espectáculo había atraído a los habitantes todos de la provincia, que inundaban las calles.

Entre las aclamaciones del pueblo, presidido por el Gobernador - intendente, y entre dos alas compactas formadas por la multitud, el Congreso se trasladó desde el lugar de sus sesiones al templo de San Francisco. Allí se cantó una misa en acción de gracias al Dios de la Patria, soberano autor de tanto bien, entonando luego los diputados, por una inspiración espontánea, el cántico del supremo regocijo: *Tedéum laudamus*. El alma de aquellos hombres se elevaba sin esfuerzo hacia Dios.

Había subido entretanto a la cátedra el doctor don Manuel Antonio Acevedo, diputado por Catamarca, a quien encontraremos más tarde abriendo el debate sobre la forma de gobierno y proponiendo, el primero, la monarquía de los Incas, de los que se había constituido el más fervoroso apóstol, por un movimiento generoso de su corazón y en odio a las crueldades de la conquista española. Hase perdido para siempre el discurso que en ocasión tan solemne dijo el orador sagrado; pero su recuerdo ha vivido unido a las escenas de aquel día en la memoria de los que lo escucharon.

Habían pasado los años, sobreviniendo en ellos catástrofes inauditas; y un joven ávido de conocer la historia de los firmantes del acta de la independencia, preguntaba una vez al anciano doctor Corro: —Y este doctor Acevedo, ¿quién era? —¡Ah! —respondió con alegría el



viejo—, ¡qué sentida oración nos pronunció en el día de la instalación del Congreso!

En las populosas ciudades, los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos; pero la tradición oral repite hasta hoy en Tucumán, con fidelidad completa, las ceremonias de aquellos dos días, tal como se hallan prolijamente descritas en el número primero del *Redactor del Congreso*.

El viajero es llevado a la Sala de las Sesiones. Se le muestra sobre un estrado el lugar desde donde se leyó el decreto de la instalación del Congreso y más tarde el acta de la Independencia... y, entretanto, ha atravesado la plaza donde hasta ahora poco se levantaba la pirámide de Oribe, sin encontrar quien le explique lo que simboliza aquel bárbaro monumento.

¡Pobres y santos pueblos! Se sienten felices porque han visto un rayo de luz entre dos tormentas.

NICOLÁS AVELLANEDA.

De *Páginas literarias*. Edit. W. M. Jackson, Inc. Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*Orador sagrado*: el que dice discursos de carácter religioso. *Manuel Oribe*: general uruguayo que estuvo al servicio de Rosas, persiguiendo y dando muerte a Lavalle. *Tradición oral*: transmisión oral de hechos pasados durante largo espacio de tiempo. *Fervoroso apóstol*: ardiente y entusiasta defensor de una doctrina o de una creencia.

---

NICOLÁS AVELLANEDA (1837-1885). Estadista argentino y presidente de la República Argentina de 1874 a 1879.



## LA ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

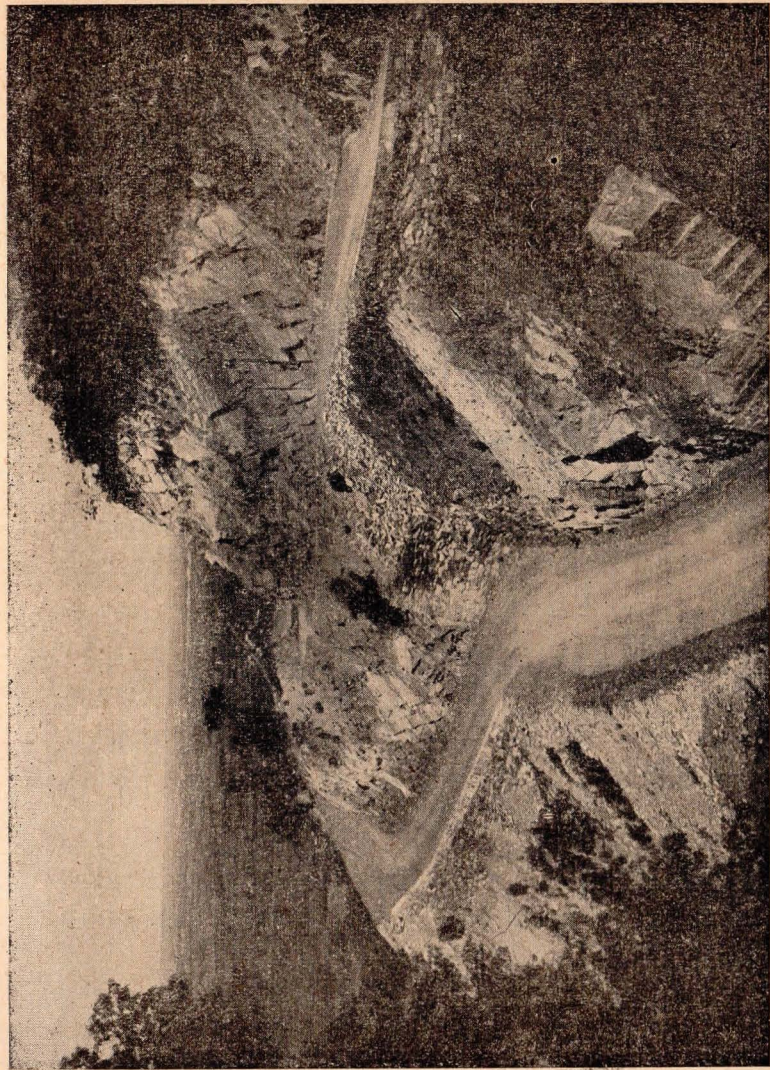
Apenas apunta el día, la cubierta se llena de gente. Las boyas luminosas destacan sus luces cabeceantes en la penumbra del crepúsculo. Todos se agolpan en la proa, deseosos de ser los primeros en la esperada visión.

—¡Buenos Aires!... ¿Dónde está Buenos Aires?

Una cortina de niebla oculta el horizonte. La sirena del buque ruge a ciegas en este ambiente blanco y denso, semejante al de los mares septentrionales. El agua, de un color lácteo, a impulsos de la marea ascendente choca con manso susurro contra los costados de la nave. A través de los espesos telones de la atmósfera pasan otras sombras lentas, enormes y negras: vapores que avanzan con la grave calma del peligro; veleros de arboladura escueta, que se deslizan siguiendo sumisos el tirón del remolcador.

De pronto, el trasatlántico modera su leve marcha; apenas se mueve ya. Al mismo tiempo desgárranse los velos del horizonte y la luz pálida de la mañana saca de la bruma todo un mundo. Aparece a ambos lados del buque el río inmenso, sin orillas, como un mar de dilatados horizontes, y frente a la proa una ciudad, más bien





*Tucumán: Camino al Aconquija.*



dicho, una extensión cubierta de edificios, ilimitada, sin términos visibles, infinita como la superficie acuática.

—¡Buenos Aires! ¡Al fin!... Esto es Buenos Aires.

La retina no puede abarcar los muelles, que se pierden de vista; las dársenas llenas de buques, que se esfuman en el horizonte; los almacenes y elevadores de trigo, altos y majestuosos como catedrales; las arboledas que siguen la ribera; las calzadas polvorientas, por donde pasan trenes y rosarios interminables de carros. Detrás, altos edificios y suaves rampas marcan una altura, una cuchilla de tierra, el perfil de una meseta de contornos pulidos por el secular arrastre del río; y sobre esta meseta se extiende la urbe, uniforme, baja, monótona, pero de una grandiosidad inabarcable; una odulación de tejados grises, que se pierde en el horizonte, que avanza tierra adentro, borrando toda idea de límites, desorientando a las imaginaciones, que en vano pugnan por abrazarla; un caparazón gigantesco, en el cual cada escama es la cubierta de una vivienda; un escudo inmenso e igual, del que sobresalen torres y cúpulas como un adorno de clavos, y borlones de seda verde, que son frondosos jardines.

Los que llegan se sienten intimidados por esta enormidad. La capital gigantesca parece caer sobre ellos con mortal gravitación.

—¡Qué grande! ... ¡Qué grande! ...



¡Adiós arrogantes propósitos de conquista, gallardías audaces de dominación y rápido encumbramiento! Es la ciudad la que conquista a los recién venidos, la que los hace sus esclavos, tímidos y sumisos, con sólo mostrarse un momento, fría y casi dormida entre las brumas del amanecer.

Muchos de los que llegan nacieron en una aldea o en el campo; no han visto otras ciudades que las de los puertos de embarque, y quedan espantados, enmudecidos por el respeto y el pavor, a la vista de esta gran metrópoli de rápidas transformaciones, que todo lo encuentra estrecho, que rompe cada cinco años el traje de albañilería que le fabrican los hombres, y crece y crece, no reconociendo fronteras en su desarrollo.

Lisboa es más escenográfica, con su caserío en cuesta, que permite apreciar las grandezas de la edificación; Río de Janeiro realza su belleza arquitectónica dentro de un estuche de verdura, entre montañas que forman un marco rosado a la copa de su bahía; pero los emigrantes experimentan una impresión más profunda, de asombro y anonadamiento, a la vista de Buenos Aires. Sus frentes se contraen; sus ojos miran con incertidumbre.

—¡Qué grande! ... ¡Qué grande! ...

Y todos piensan, con una emoción parecida al miedo, en lo que les aguarda dentro de este caserío achatado,



monótono, infinito, igual a la concha protectora de una gran bestia prehistórica.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

De *La Argentina y sus grandezas*. Edit. Española Americana. Madrid, 1910.

---

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ (1867-1928). Ilustre novelista español. Escribió numerosísimas obras. Entre ellas: *Arroz y tartana*, *La barraca*, *Los argonautas*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *La bodega*, *Entre naranjos*, etc.

## CARTA A MI HIJO ENRIQUE

Sí, querido Enrique, el estudio es duro para ti, como dice tu madre; no te veo ir a la escuela con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que yo quisiera. Tú eres algo terco; pero oye: piensa un poco y considera ¡qué despreciables y estériles serían tus días si no fueses a la escuela! Juntas las manos, de rodillas, pedirías al cabo de una semana volver a ella, consumido por el hastío y la vergüenza, cansado de tu vida y de tus juegos. Todos, todos estudian ahora, Enrique mío. Piensa en los obre-



ros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos después de haber trabajado toda la semana; en los soldados que echan mano de libros y cuadernos cuando vienen rendidos de sus ejercicios; piensa en los niños mudos y ciegos que, sin embargo, estudian, y hasta en los presos, que también aprenden a leer y escribir. Pero ¡qué más! Piensa en los innumerables niños que, se puede decir, a todas horas van a la escuela en todos los países; mírales, con la imaginación, cómo van por las callejuelas solitarias de la aldea, por las concurridas calles de la ciudad, por la orilla de los mares y de los lagos, ya bajo un sol ardiente, ya entre las nieblas; embarcados, en los países cortados por canales; a caballo, por las grandes llanuras; en zuecos, sobre la nieve; por valles y colinas, atravesando bosques y torrentes; por los senderos solitarios de las montañas, solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil modos, hablando miles de lenguas, desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre los hielos, hasta las últimas de Arabia, a la sombra de las palmeras: millones y millones de seres que van a aprender, en mil formas diversas, las mismas cosas; imagina este vastísimo hormiguero de niños de mil pueblos, este inmenso movimiento del cual formas parte y piensa: si este movimiento cesase la humanidad caería en la barbarie; este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo. ¡Valor, pues, pequeño soldado



del inmenso ejército! Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla la Tierra entera, y la victoria la civilización humana. ¡No seas un soldado cobarde, Enrique mío! — *Tu padre.*

EDMUNDO DE AMICIS.

De *Corazón*. Edit. "El Ateneo", 2ª edic. Buenos Aires.

## GAUCHO

*Gaucha:*

*naciste en la juntura de dos razas  
como en el tajo de dos piedras  
nacen los talas.*

*Con un poco de tierra y otro poco de cielo,  
amasaste el adobe para construir tu rancho  
—mismo como el hornero—  
por eso yo te veo ascendencia de pájaro.*





*Eras una mitad hacia abajo y otra mitad hacia arriba;  
una mitad de tierra y otra mitad de cielo;  
una mitad de carne y otra mitad de alas;  
carne tu forma física,*

*alón tu forma lírica;  
y si eso no bastara para llamarte alado;  
alas en tu caballo,  
alas en tu sombrero,*

*alas todo tu poncho,  
alas a media espalda flameando en tu pañuelo  
y alas también llevabas fijas en los talones:  
las agudas rodajas de tus espuelas.*



*Gaucho:*

*naciste en la juntura de dos razas  
como nacen los talas  
en el tajo de dos piedras.*

FERNÁN SILVA VALDÉS.

De *La Nación*. Mayo de 1929.

FERNÁN SILVA VALDÉS. Escritor y poeta uruguayo contemporáneo nacido en 1887.

## CARIDAD

En mi peregrinación por la vida, con el corazón henchido de tristeza y de emoción, he visto esas tiernas criaturas, esos seres delicados, remedos de ángeles que, cual estrellitas errantes, vagaban buscando con la mirada una palabra de ternura, una sonrisa de cariño, una caricia de amor, la limosna de un beso que los transfigurase en hijos también a ellos:avecillas sin cantos y sin nidos, auroras sin colores y sin luz, botoncitos de rosas sin tallo y sin perfume, cristales sin transparencia, frentes de cielo sin estrellas ni fulgores, eso, eso son los huérfanos.

Pero he encontrado también en mi camino a otros



seres recogiendo esas avecillas en plumón, prestándoles notas a su garganta y calentándoles a su pecho, extendiendo arreboles de luz en esas auroras y cielos apagados, soplando en esos cristales frágiles, encendiendo con su aliento perfumado caricias de vida en sus almas, estrellas de transparencia infinita en sus frentes, e iluminando con su amor esas pupilas desmayadas y errantes: corazones delicados, espíritus selectos, almas nobilísimas y magnánimas, eso, eso son los que, sin serlo, se tornan madres de los huérfanos.

La humanidad, maravillada, las cree y canta más que madres, y razón le asiste; porque son ángeles robados al cielo por la caridad de Jesucristo, para dar vida a los angelitos huérfanos de la Tierra.

ABEL BAZÁN.

De *Reflejos históricos*. Mayo de 1918. Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*Ángeles robados al cielo*: niños a los cuales se les evita la muerte.  
*Espíritus selectos*: almas elegidas; se refiere a las personas cultas y de sentimientos elevados y generosos.

---

ABEL BAZÁN. Distinguido prelado, obispo de Paraná.

### EL MÉDICO CAZADOR

*Un doctor muy afamado,  
que jamás cazado había,*



*salió una vez, invitado,  
a una alegre cacería.*

*Con cara muy lastimera,  
confesó el hombre ser lego,  
diciendo: —“Es la vez primera  
que cojo un arma de fuego.  
Como mi impericia noto,  
me vais a tener en vilo”.*

*Y dijo el dueño del coto:  
—“Doctor, esté usted tranquilo,  
Guillermo el guarda estará  
colocado junto a usted;  
él es práctico, y sabrá  
indicarle ...”.*

*—“Así lo haré,  
—dijo el guarda. —Sí, señor.  
No meterá usted la pata.  
Verá usted, señor doctor,  
los conejos que usted mata.  
Siga en todo mi consejo,  
¿que un conejo se presenta?  
pues yo digo: ¡Ahí va el conejo!  
¡Y usted tira, y lo revienta!”.*

*—“¡Bueno, bueno, siendo así! ...”.*  
*—“Quietecito junto a mí,  
chitón, y yo avisaré”.*



*Colocóse tembloroso  
el buen doctor a la espera,  
cuando un conejo precioso  
salió de su gazapera.*

*—“¡Ahí va un conejo!, —le grita  
el guarda—. ¡No vacilar!”.  
Y el doctor se precipita,  
y ¡pum! disparó al azar.  
Y es claro, como falló  
diez metros la puntería,  
el conejo se escapó  
con más vida que tenía.*

*El guarda puso mal gesto  
y rascóse la cabeza.  
Hubo una pausa, y en esto  
saltó de pronto otra pieza.*

*—“¡Ahí va una liebre, doctor!  
¡Tire usted pronto, o se esconde!”.  
Y ¡pum! el pobre señor  
disparó . . . ¡Dios sabe adónde!*

*Gastó en salvas, sin piedad,  
lo menos diez tiros, ¡diez!  
sin que por casualidad  
acertara ni una vez.*

*Guillermo, que no era un zote,  
sino un guarda muy astuto,*



*dijo para su capote:*  
*“Este doctor es muy bruto.*  
*¡No lo pongo como un trapo*  
*mas ya sé lo que he de hacer!”.*

*Y al ver pasar un gazapo*  
*corriendo a todo correr:*  
*—“¡Doctor! —exclamó Guillermo*  
*con rabia mal reprimida—.*  
*¡Abí va un enfermo!*  
*—“¡Un enfermo!”*  
*Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!*

VITAL AZA.

De *Bagatelas*. Edic. Biblioteca Popular. Buenos Aires, 1897.

---

VITAL AZA. Dramaturgo y sainetero español.

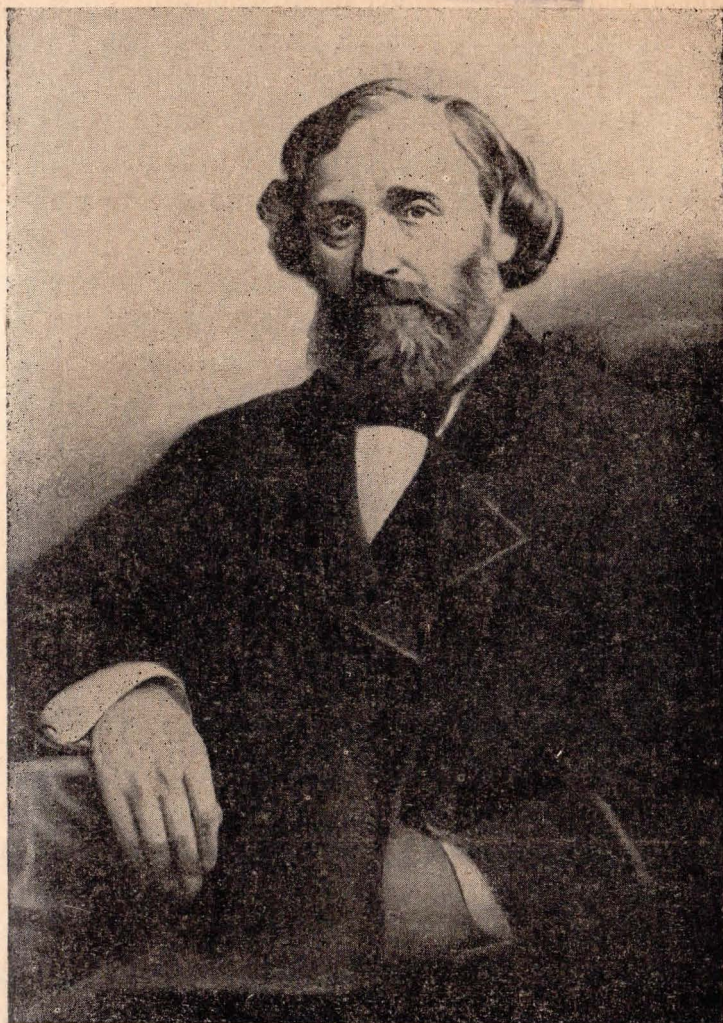
## BARTOLOMÉ MITRE

Mitre ascenderá cada vez más, a medida que su pueblo se engrandezca. Irá subiendo como una lámpara colgada en el tronco que crece sin cesar.

Estos hombres pasan a través de nuestra historia como una corriente cálida, como un *gulf-stream*, que fecunda la vida de la nación.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*Bartolomé Mitre*

1912



Imitar a Mitre, y si se puede realizarlo, dentro del temperamento propio y del nuevo ambiente, puede ser un heroico programa para un joven esforzado. Por su tenacidad fría, su calma de piloto, su soledad de montaña, su silencio de bronce . . . Resignado ante la injusticia y la calumnia que roían su reputación, pudo pulverizarlas abriendo un cajón de su archivo, y no lo hizo para no dañar.

Al día siguiente de una derrota militar o electoral aparecía como un vencedor, y nadie comprendía ese milagro. Y es que su triunfo no era material; no era la última carga del combate ni la mayoría del escrutinio lo que sellaba su superioridad; era la victoria moral, que superaba la derrota y lo elevaba más alto después de cada caída. Vencido en la batalla o en la elección, abandonado por la suerte, se hallaba de repente solo; todo se le había escurrido entre los dedos. Pero entonces se encontraba de nuevo a sí mismo, y con esa riqueza interior se enclaustraba en su biblioteca, y era la suya una soledad llena de fiesta para él, la fiesta de su soledad.

Su vida entre hecatombes y miserias no fué un holgorio ni una mascarada, sino dura y larga faena de deber, que realizó con dignidad, llenándola con su tarea y algo más. Sin ser solemne, era demasiado serio para ser irónico; no pudo disfrutar del ocio feliz de la ironía. Tenía esa manera seria que acompaña a la conciencia de un gran destino. Dignificaba las cosas que tocaba. Su estatura moral es la de San Martín, Belgrano y Rivadavia.



Esos cuatro hombres han echado bastante sal a la vida argentina para sazonar un siglo. “*He tenido mi día*”, podía decir como el santo cívico de Mont Vernon, a quien tantos rasgos comunes lo acercaban. Y pudo agregar en sus lutos finales, porque fué todo un hombre: “*He tenido también mi noche*”.

OCTAVIO R. AMADEO.

---

OCTAVIO R. AMADEO. Diplomático y publicista argentino contemporáneo.

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

### AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como don Quijote los vió, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio



de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?, —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Miré vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo: Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briares, me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendán-



dose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios!, dijo Sancho: ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho, respondió don Quijote, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar





de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser un lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino, y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a verlas, y ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo



así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad, respondió don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero, y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la Orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera enviar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese



hecho, ni tenía por ningún trabajo sino por mucho cansancio andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

De *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edit. Ramón Sopena. Barcelona, 1916.

---

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616). El primero entre los primeros ingenios españoles. Es el autor inmortal de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de fama mundial. Además de esta obra maestra del genio humano, escribió otras notabilísimas, entre ellas *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, *La Galatea*, *Novelas ejemplares*, etc., constituyendo su labor como crítico, poeta y novelista, un soberbio monumento erigido a la lengua castellana.

## LAS VOCES DE LA NATURALEZA

(EL GRILLO)

Era el anochecer. La mañana y la tarde habían sido calurosas y soleadas, sucediendo a una serie de días lluviosos; quedaba definitivamente inaugurado el estío, por tantos meses esperado con impaciencia. Aunque ya puesto el sol, jilgueros, currucas, pinzones y mirlos gorjeaban



todavía, infatigables, poniendo en sus trinos y canciones toda su alegría por la vuelta del buen tiempo; abundaban los nidos en los sotos; en las copas de los árboles frondosos, legiones de palomas torcaces arrullaban dulce y melancólicamente; al otro lado del bosque, en el horizonte lejano, aparecía la luna en su pleno, elevándose majestuosa en una atmósfera transparente; y cerca de la ciudad, en los bosquecillos más próximos, la inimitable voz del ruiseñor modulaba con mil armoniosas variaciones el primer canto de la noche.

En determinados momentos el silencio hacía absoluto, y apenas si el oído cuidadoso lograba percibir el rumor del follaje o el choque de un insecto contra la rama que cortaba su vuelo; y, sin embargo, entonces era fácil a veces darse cuenta de un lejano frotamiento de alas determinado por las bandadas de saltamontes que cruzaban el espacio aun iluminado por las postreras luces del día. Después, todo quedaba de nuevo en silencio; las últimas notas salidas de las gargantas de los pájaros parecían dormirse al dormirse ellos, y el ruiseñor reanudaba su canto de amores.

Pero el fondo de la melodía general, el verdadero canto perpetuo de aquella hermosa tarde, lo mismo entre los henos recién cortados que entre la desecada hierba o en las espesuras del bosque, era el murmullo del grillo. Las últimas estrofas de la curruca, los gorjeos del ruiseñor, el arrullo de la tórtola, el zumbido de los insectos



tos, las notas monosilábicas del sapo lanzadas en la sombra y semejantes a los golpes dados sobre una campana pequeña, hasta el canto mismo de las ranas, todos estos rumores deteníanse en determinados instantes, como para escuchar, recomenzando luego, a modo de campestre coro, como acompañamiento regular y bizarro al canto ininterrumpido del grillo; la voz de éste, humilde, tranquila, modesta, parecía ser la de la sombra y la noche, pero en aquel concertante reinaba soberana, dando la nota exacta del momento aun en los intervalos silenciosos de todas las demás.

Escuchando al grillo acordéme de haberle oído desde un globo, a más de ochocientos metros de distancia de la tierra; y acordábame también de que habla sin voz, de que su boca es muda; de que es anterior, en muchos millones de años, a los seres que por primera vez cantaron sobre la tierra, pues su aparición data de la época primaria de las edades geológicas, en tanto que la de las primeras aves sólo data del período secundario. Acordábame asimismo de las horas tranquilas de mi infancia; de las consejas vespertinas con que nuestras abuelas sabían mecer afectuosa y tiernamente nuestros primeros años, al amor de la lumbre del hogar solariego, no lejos del cual también cantaba el grillo... Y asociando las remembranzas del tiempo pasado a las impresiones de aquel momento, el grillo solitario dejó de serme indiferente y escuché emocionado su voz monótona pensando en los que ya no existen, en los que duermen en paz bajo



la hierba del cementerio, y cerca de los cuales el grillo canta todavía.

CAMILO FLAMMARIÓN.

*De Noches de luna.* Editor Vda. de Ch. Bouret. París, 1907.

### EXPLICACIONES

*Consejas vespertinas:* cuentos relatados en las horas del atardecer.  
*Sotos:* sitios poblados de árboles. *Postreras:* últimas. *Concertante:* que canta su parte en un concierto.

---

CAMILO FLAMMARIÓN. Ver datos biográficos en la página 172.

### EL IDEAL

*¡Yo lo siento en mi alma! . . . Él me reanima  
y me presta el calor del entusiasmo,  
él me muestra a lo lejos, siempre verde,  
laurel inmarcesible y codiciado.  
El inspiró los cánticos fugaces  
do rimé mis primeros desengaños,  
él me conduce ahora sonriente  
por la senda difícil del trabajo.  
Cuando a veces me postra el desaliento  
o la nostalgia ardiente del pasado,  
él me ilumina un porvenir glorioso  
con el fulgor benéfico de un astro.  
Dondequiera me lleve he de seguirlo,  
y aunque deba morir en suelo extraño,  
yo cruzaré tras él siempre serena  
la inmensidad grandiosa del oceano.*



*¡Oh patria! Si la muerte inexorable  
no me detiene con su helada mano  
en mitad de la senda peligrosa  
adonde en pos de mi ideal me lanzo,  
tu recuerdo, que siempre irá conmigo,  
me dará nuevo ardor ante el obstáculo ...  
¡Yo salvaré mi nombre del olvido!  
¡Yo lucharé por conquistarte un lauro!*

JUANA BORRERO.

De *Tesoro de la Juventud*. Edit. W. M. Jackson.

---

JUANA BORRERO. Poetisa cubana.

## LA GRAN ALDEA

No era entonces Buenos Aires lo que es ahora. La fisonomía de la calle Perú y la de la Victoria han cambiado mucho en los veintidós años transcurridos: el *centro* comenzaba en la calle de la Piedad y terminaba en la de Potosí, donde la vanguardia sur de las tiendas estaba representada por el establecimiento del señor Bolar, local de esquina, mostrador democrático al alba, cuando cocineras y patronas madrugadoras acudían al mercado, y burgués, si no aristocrático, entre las siete de la noche y el toque de ánimas. El barrio de las tiendas de tono





se prolongaba por la calle de la Victoria hasta la de Esmeralda, y aquellas cinco cuadras constituían, en esa época, el *bulevar de la façon* de la gran capital.

Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle, y entre las piezas de percal, la pieza de pekín lustroso, de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género



entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda.

Aquella era buena fe comercial, y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclamaban nuestras madres con un derecho indiscutible.

¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! ¡Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia! No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulios sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeúntes penetraban en la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientas con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá *por ese caballero*, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de manos del *cadete* y lo ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de galantería, entraban, clientes y tenderos, a tratar de la ardua cuestión de los negocios.

Había siempre en las tiendas de antaño un olor inextinguible a tripe, porque nunca faltaban cuatro o seis grandes cilindros de tripe inglés formados a la entrada de la casa, que a su calidad de mercadería de fondo,



reunían la ventaja accesoria de servir de poyos para sentarse, a los tertulianos habituales del establecimiento. Y después, los mostradores estaban alfombrados con tripes representando todo un jardín zoológico de fieras estampadas, tigres, panteras, gatos monteses y leones rubicundos, reposados majestuosamente sobre paisajes historiados de la selva de lana con que las fábricas de Mánchester reemplazaban, en nuestras mansiones aristocráticas de entonces, la carencia de *aubuissons* y de gobelinos.

¡Qué agilidad aquella con la que el patrón, apoyándose sobre la mano izquierda, saltaba el mostrador! ¡Qué gracia con la que desplegaba ante los ojos de las clientes, de un golpe y como un prestidigitador, la pieza de percal, de muselina o de *barège* envuelta alrededor de la tablilla que quedaba desnuda de su preciosa mercancía, abandonada indiferentemente sobre el mostrador! ¡Qué elasticidad de movimientos, qué vertiginosa rapidez, la que el tendero de aquel tiempo desplegaba para medir, sobre la vara, el lote vendido, dejándolo amontonarse ampulosamente sobre el mostrador con elegante negligencia, acariciando el género con los dedos, llevándolo a los ojos de la compradora, poniéndoselo en la mano, refregándolo para justificar la falta absoluta de goma y otras añagazas de fábrica, y hasta trayendo el único vaso de la trastienda lleno de agua para ensopar en él el extremo de la pieza de muselina y justificar la tinta indeleble de la tela!



No había marchanta que resistiera a las gracias, al donaire y a la fuerza de las evoluciones de aquellos hechiceros.

LUCIO V. LÓPEZ.

De *La gran aldea*. Edit. W. M. Jackson, Inc. Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*Bulevar de la façon*: calle por donde paseaba la burguesía y la aristocracia de esa época. *Tripe*: tela de lana y esparto parecida al terciopelo. *Aubuisson*: distrito francés célebre por la manufactura de sus tapices. *Barège*: tela de lana.

---

LUCIO V. LÓPEZ. Político argentino, hijo del escritor Vicente Fidel López, nacido a mediados del siglo XIX. Como escritor mordaz y como polemista adquirió en el país mucho renombre. *La gran aldea*, escrita en 1922, como pieza documental, está destinada a vivir tanto como la metrópolis argentina.

### LA FRAGATA SARMIENTO

En la dársena Norte, acoplada al muelle del Arsenal, entre los diques de carena, posa la fragata-escuela *Presidente Sarmiento*.

Un sol enneguecedor pone reflejos metálicos sobre



el agua turbia. Por momentos, el líquido dormido se agita con leves crispaciones. Pero el aire muere en seguida, como sofocado por el ardor estival de la tarde.

La comparación del popular velero argentino con los demás navíos agrupados en el amplio recinto acuático del dique, resulta de interés. Las embarcaciones de grandes capacidades, que remedan edificios de muchos pisos y que elevan sus enormes chimeneas por sobre los altos depósitos terrestres de la Aduana, nos permiten apreciar la elegante superioridad de la *Sarmiento*, que ostenta la línea clásica de los equipos a vela: arboladura esbelta, talante airoso, corte marino.

Es el domingo 15 de marzo de 1925. La vecina Torre de los Ingleses, de la plaza del Retiro, nos anuncia con sus vibrantes campanadas las tres de la tarde. El vasto puerto presenta un aspecto muy distinto del que nos es familiar en los días de faena. No se escucha el alarido de las sirenas, no chirrían las máquinas, no crujen los guinches, no giran las grúas, no silban las locomotoras. No hay estrépito. Desde los castillos transatlánticos de la cabecera de los diques, hasta los bergantines y balandros del Riachuelo, toda una serie abigarrada de barcos descansan inmóviles sobre las aguas muertas. El laberinto de mástiles proclama con elocuencia que las flotas del comercio mundial se han dado cita en nuestro río.

Inolvidable será, sin duda, para los tripulantes de la fragata, el día de la partida. Numerosas personas vienen a despedir a los navegantes. En inacabables hileras, la



gente recorre el barco. Se hace casi imposible el movimiento en las cubiertas, corredores y salones. Un rumor animado de colmena zumba por doquier.

Las familias y los amigos exteriorizan afectuosas expansiones. Más de una lágrima denuncia hondos y puros sentires. Aquí, una madre que aconseja; allá, una novia que ruega o una hermana que acaricia. Se dice del marino, y con verdad, que está en condición de justipreciar, como nadie, la belleza y santidad del hogar. Se explica. El respeto y cariño que alimenta, revividos en el silencio de las travesías, contribuyen a elevar su sensibilidad afectiva hasta el rango de un culto. El peligro y el misterio que bullen en la onda salada, la ausencia de los seres queridos, la vida de disciplina, al propio tiempo que curten el carácter concurren por modo extraordinario a ennoblecer la savia maravillosa del corazón.

DIONISIO R. NAPAL.

De *Visiones y recuerdos del camino*. Edic. de la Editorial Stella Maris, 4ª edic. Buenos Aires, 1934.

## EXPLICACIONES

*Dique de carena*: reparo artificial donde se llevan los barcos y se agota después el agua, para examinar, limpiar o componer el casco y efectuar otras reparaciones. *Fragata*: buque de tres palos con vergas en todos ellos, es decir, con palos horizontales para sostener las velas. *Serie abigarrada de barcos*: conjunto de barcos que no tienen uniformidad de formas ni de colores.

---

DIONISIO R. NAPAL. Distinguido sacerdote argentino, elocuente orador y escritor.



## PIECECITOS

*Piececitos de niño  
azulosos de frío,  
¡cómo os ven y no os cubren!  
¡Dios mío!*

*Piececitos heridos  
por los guijarros todos,  
ultrajados de nieves  
y lodos!*

*El hombre ciego ignora  
que por donde pasáis,  
una flor de luz viva  
dejáis;  
que allí donde ponéis  
la plantita sangrante,  
el nardo nace más  
fragante.*

*Sed, puesto que marcháis  
por los caminos rectos,  
heroicos como sois  
perfectos.*



*Piececitos de niño,  
dos joyitas sufrientes,  
¡cómo pasan sin veros  
las gentes!*

GABRIELA MISTRAL.

De *Desolación*. Edit. Instituto de las Españas. Buenos Aires.

---

GABRIELA MISTRAL. Eximia poetisa chilena contemporánea.

## LA LUNA

Cuanto acerca de ella nos importa saber puede resumirse en una frase: no tiene atmósfera ni agua, y su temperatura oscila entre dos extremos separados por más de 200 grados.

No llena, por lo tanto, ninguna de las tres condiciones que son necesarias para la vida, aun en su forma rudimentaria: el agua, una atmósfera que contenga oxígeno y ácido carbónico, y una temperatura que se mantenga en los límites reputados como ordinarios; y por eso mis-





mo no puede existir en ella ninguna vida orgánica. Si poseyó una atmósfera, la perdió en el espacio al producirse el rápido enfriamiento del astro por efecto de su poca masa; como cuanto más débil es la presión del aire más fácil resulta la evaporación del agua, la desaparición en la Luna de este elemento coincidió con la de su atmósfera; además, la falta completa de aire permite a los rayos solares penetrar sin obstáculo hasta el suelo mismo y calentarlo en alto grado durante las catorce veces veinticuatro horas que dura el día lunar. Durante la noche, cuya duración es igual, se irradia ese calórico hacia los espacios celestes, y el suelo se enfría hasta una temperatura igual al cero absoluto del espacio.

Tal es el destino que le está reservado a nuestra Tierra, que se convertirá un día en cuerpo estéril, incapacitado para entretener la vida orgánica; sepulcro desierto de la civilización creada por el espíritu humano.

Así como desaparece el individuo aislado, desaparecerá un día la humanidad entera; en un dominio circunscrito, la muerte resulta siempre victoriosa; pero en cambio, una vida nueva florecerá en otra parte, y una vez



que la misma se haya desarrollado tal vez será escrito algún día, en otro planeta de nuestro sistema solar, un artículo científico sobre este tema: ¿Está aún habitada la Tierra?

CAMILO FLAMMARIÓN.

De *Noches de Luna*, de C. Flammarion. Ed. Ch. Bouret.

#### EXPLICACIONES

*Reputados como ordinarios*: estimados o considerados como comunes. *Vida orgánica*: que tiene funciones de nutrición. *Circumscripto*: encerrado en ciertos límites.

---

CAMILO FLAMMARIÓN (1842-1925). Célebre astrónomo y publicista francés. Entre sus obras merecen citarse *La pluralidad de los mundos habitados*, *Urania*, *Narraciones del infinito*, *El mundo de los sueños*, etc.

### UNA OJEADA A LA PATRIA

Era una tarde ardiente de octubre. El cielo estaba oscurecido hacia el este por densas y tempestuosas nubes, incesantemente surcadas por el rayo, y abrasado en el ocaso por los fuegos del sol poniente. La electricidad agitaba las hojas de los árboles, que se estremecían produciendo un rumor sordo, semejante al lejano murmullo del mar. El aire era cálido y sofocante. La cigarra, oculta en las sinuosidades de los troncos, hacía oír su chillido



monótono; bandadas de pájaros de todos tamaños y matices, rozando con su ala veloz las copas de los árboles, huían de la tempestad que se acercaba con lúgubre majestad.

¡Cómo expresar lo que pasaba en mi alma, mientras sola y a pie atravesaba el bosque que en otro tiempo me vió pasar entre aquella brillante familia que, arrebatada del suelo natal por la borrasca de un infortunio inaudito, devorada en su flor por la muerte, quedaba ya sólo reducida a cinco débiles vástagos, arrojados a inmensas distancias los unos de los otros!

Todas las ideas que pueden atormentar la mente y destrozar el corazón, pesaban sobre mí. Caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y absorta en los más dolorosos pensamientos, cuando, alzando los ojos, vi clarar los árboles y conocí que llegaba al límite del bosque y a la pradera que en forma de anfiteatro rodea la colina en cuya pendiente se eleva nuestra antigua morada.

Detúveme sobrecogida. Mi corazón dió saltos espantosos en mi pecho, y tuve miedo de mi soledad en ese momento supremo, como si fuesen a abrirse ante mí las puertas de la eternidad.

Después, bajo la influencia de una fascinación semejante a la que abre nuestros ojos cerrados al aspecto de un objeto doloroso, atravesé corriendo los últimos grupos de árboles...

Mis ojos se fijaron, con una mirada profunda de indecible gozo, de indecible dolor, en aquel encantado pano-



rama que, presente incesantemente en mi memoria, se desarrollaba en ese momento ante mí.

En ese mi pequeño universo de otro tiempo, yo sola había cambiado: todo estaba como en el día, como en el instante en que lo dejé. Las colinas que costean las praderas por el norte se extendían siempre verdes, siempre floridas, pobladas de árboles y risueñas como en el tiempo que, alegre y confiada en el destino, las recorría yo saltando. Hacia el sur, el río seguía impasible y sonoro su límpido curso en el mismo lecho de arena y pintadas piedrecillas. Enfrente de mí, sobre la roca solitaria, alzábanse las ruinas del castillo jesuítico, cuya venerable torre, intacta aún y ennegrecida por los últimos rayos del sol, se dibujaba en el tempestuoso horizonte; y más abajo, en fin, en el suave declive de una colina, la linda casa que edificó mi padre, y que también albergó mi infancia, se me mostró a mis ojos, blanca y resplandeciente como en otro tiempo, cuando volviendo del baño me detenía a contemplarla con la distraída mirada del dichoso.

Cada árbol, cada hoja, cada recodo del camino despertaba en mi alma un mundo de dolorosos recuerdos. De este algarrobo, que ahora derrama sus flores sobre mi cabeza, había yo arrebatado un nido de pequeños pajarillos; después que hube llorado toda la noche, pensando en el dolor de la madre, me había levantado al amanecer para restituírseles.

Aquel llano, interminable a la vista, conduce a Orte-





ga. Allí íbamos con frecuencia, y en esa verde explanada hacíamos correr, caracolear y dar saltos a nuestros caballos alrededor del coche de nuestra madre, de cuyo fondo la oíamos dar gritos de miedo a cada nueva locura, exhortándonos inútilmente a tener juicio, e invitándonos, a mis hermanas y a mí, a encerrarnos en la insoportable monotonía de su carruaje. ¡Pobre madre! ella no presentía entonces los verdaderos peligros que a lo lejos amenazaban ya a sus hijos; no percibía aún la negra nube de dolores y de lágrimas suspensa sobre esas cabezas. ¡Cuán misericordioso sois, Dios mío, velándonos el porvenir! Así, ella gozó largos días de dicha tranquila sobre las flores que ocultaban el abismo que nos ha devorado.

JUANA MANUELA GORRITI.

De *Páginas literarias*. Edit. W. M. Jackson, Inc. Buenos Aires.

---

JUANA MANUELA GORRITI. Poetisa y escritora argentina nacida en Salta. Es autora de *Peregrinaciones de un alma triste*, *Gulí Amaya*, *La novia del muerto*, etc.



## MARTÍN FIERRO

*Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vigüela,  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria,  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.*

*Pido a los santos del cielo  
que ayuden mi pensamiento:  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria  
y aclaren mi entendimiento.*

*Vengan santos milagrosos,  
vengan todos en mi ayuda,  
que la lengua se me añuda  
y se me turba la vista;  
pido a mi Dios que me asista  
en una ocasión tan ruda.*

*Yo he visto muchos cantores,  
con famas bien otenidas,  
y que después de alquiridas*



*no las quieren sustentar;  
parece que sin largar  
se cansaron en partidas.*

*Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar;  
nada lo hace recular,  
ni los fantasmas lo espantan,  
y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.*

*Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
y cantando he de llegar  
al pie del Eterno Padre;  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.*

*Que no se trabe mi lengua  
ni me falte la palabra;  
el cantar mi gloria labra,  
y poniéndome a cantar,  
cantando me han de encontrar  
aunque la tierra se abra.*

*Me siento en el plan de un bajo  
a cantar un argumento;  
como si soplara el viento*



*hago tiritar los pastos.  
Con oros, copas y bastos  
juega allí mi pensamiento.*

*Yo no soy cantor letrao;  
mas si me pongo a cantar  
no tengo cuándo acabar  
y me envejezco cantando;  
las coplas me van brotando  
como agua de manantial.*

*Con la guitarra en la mano  
ni las moscas se me arriman;  
naides me pone el pie encima,  
y cuando el pecho se entona,  
hago gemir a la prima  
y llorar a la bordona.*

*Yo soy toro en mi rodeo  
y torazo en rodeo ajeno;  
siempre me tuve por güeno,  
y si me quieren probar  
salgan otros a cantar  
y veremos quién es menos.*

*No me hago al lao de la güeya  
aunque vengan degollando;  
con los blandos yo soy blando*



*y soy duro con los duros,  
y ninguno, en un apuro,  
me ha visto andar titubiando.*

*En el peligro, ¡qué Cristo!  
el corazón se me enancha,  
pues toda la tierra es cancha,  
y de esto naides se asombre,  
el que se tiene por hombre  
donde quiera hace pata ancha.*

*Soy gaucho, y entiendanlo  
como mi lengua lo explica;  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor;  
ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el sol.*

*Nací como nace el peje,  
en el fondo de la mar;  
naides me puede quitar  
lo que al mundo truje yo;  
aquello que Dios me dió  
del mundo lo he de llevar.*

*Mi gloria es vivir tan libre  
como el pájaro del cielo;  
no hago nido en este suelo,  
ande hay tanto que sufrir;*



*y naides me ha de seguir  
cuando yo remuento el vuelo.*

*Yo no tengo en el amor  
quien me venga con querellas,  
como esas aves tan bellas  
que saltan de rama en rama;  
yo hago en el trébol mi cama  
y me cubren las estrellas.*

*Y sepan cuantos escuchan  
de mis penas el relato,  
que nunca peleó ni mató  
sino por necesidad,  
y que a tanta alversidá  
sólo me arrojó el mal trato.*

*Y atiendan la relación  
que hace un gaucho perseguido,  
que padre y marido ha sido,  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo la gente  
lo tiene por un bandido.*

JOSÉ HERNÁNDEZ.

De *Martín Fierro*. Edit. Biblioteca "French", Bs. Aires, 1915.

---

JOSÉ HERNÁNDEZ (1834-1886). Notable poeta gauchesco. Ha legado a la literatura de ese género su inmortal poema *Martín Fierro*, que ha sido traducido a varios idiomas.





## EL RODEO

Después de un pesado galopar y gritar por los médanos, salimos al campo. Nuestro trabajo y el de los demás, que por ahí andarían, iba surtiendo efecto. La pampa, antes sola, se poblaba de puntas de hacienda que corrían, en montón o en hilera, para el lado opuesto al mar; para el lado de la gente hubiera dicho yo. Muy lejos, unas polvaredas indicaban las partes más numerosas de la recogida.

Ya podíamos estar más tranquilos. Las puntas se buscaban entre sí, constituyendò masas cada vez más gran-



des. Las huellas insensiblemente marcaban rumbos al animalaje. No teníamos más que hacer una atropellada, de vez en cuando, para que a muchas cuadras repercutiera en un apuro y hasta en huídas sin fin.

Íbamos dejando a un lado las vacas recién paridas, que nos miraban hoscas, con una cornada pronta en cada asta. Vencíamos la distancia lentamente, por tener que ir de derecha a izquierda en una fatigosa línea quebrada.

Los balidos formaban como una cerrazón de angustia en el aire, angustia de las bestias libres agarradas por su destino de obedecer, aunque acostumbradas a no ver hombres sino a muy largas distancias y muy de tiempo en tiempo.

Allí, como a legua y media, sobre una lomada, se formó un centro de movimiento. Debía haber gente sujetando ese principio de rodeo. Y, conforme íbamos andando, aquello se agrandaba, empenachándose de una creciente nube de tierra, sumándose de todos los retazos de hacienda destinados a desaparecer de allí, como llamados por una brujería.

Hacía un rato el campo estaba despejado; nosotros lo poblamos de vida, para luego irla barriendo hacia un punto, dejando el campo nuevamente solo.

Conservábamos la vista fija en el lugar del rodeo y descábamos ya estar allí, pues poco quehacer y diversión encontrábamos en galopar atrás del vacaje cimarrón, que no se dejaba arrimar. Sin embargo, anduvimos, anduvimos...



El rodeo aumentaba de tamaño, por los animales que llegaban y porque nos acercábamos. Ya el entrevero de los mugidos se hacía ensordecedor, y empezamos a notar que aquello nos absorbía como única razón de ser posible, en el gran redondel trazado por el horizonte, dentro del cual todo lo demás parecía haberse anulado.

Llegamos. Algunos paisanos rondaban el tropel asustado de animales. Otros, mudaban caballos. Otros, con la pierna cruzada sobre la cabezada del basto, liaban un cigarro o platicaban con tranquilidad. Los caballos sudados, con los sobacos coloreando de espolazos, o embarrados hasta la panza, delataban la tarea particular a que habían sido sometidos. Reconocía caras vistas el día anterior, observaba otras nuevas.

Contemplé el rodeo. Nunca había presenciado semejante entrevero. Debían ser unos cinco mil, contando grande y chico. Los había de todos los pelos, todos los tamaños; pero esto no estaba hecho para asombrarme. Lo que sí llamaba mi atención era el gran número de lisiados de todas clases: unos por quebraduras soldadas a la buena de Dios; otros, a causa del gusano, que les había roído las carnes dejándoles anchas cicatrices. Esos animales nunca fueron curados por manos de hombres. Cuando un aspa, creciendo, se metía en el ojo, no había quien le cortara la punta. Los embichados morían comidos, o quedaban en pie, gracias al cambio de estación, pero con el recuerdo de todo un pedazo de carne en menos. Los chapinudos criaban pezuñas con más firuletes que una



tripa. Los sentidos del lomo aprendían a caminar arrastrando las patas traseras. Los sarnosos morían de consunción, o paseaban una osamenta mal disimulada por el cuero pelado y sanguinolento. Y los toros estaban llenos de cicatrices de cornadas, por las paletas y los costillares.

Algunos daban lástima, otros, risa. Los sanos y jóvenes, que eran los más —porque la pampa, al que anda trastabillando, muy pronto se lo traga—, demostraban un salvajismo tal, que se llevaban todo por delante, afanados en alejarse cuanto fuera posible.

Un lujo de toros de toda laya hacía del rodeo un peligro. Ya varios andaban buscando enojarse solos.

Los atajadores tenían que quedar a cierta distancia, haciendo rueda, cosa que ocupaba a mucha gente. Más afuera, las tropillas con sus yeguas maneadas formaban el último círculo.

RICARDO GÜIRALDES.

De *Don Segundo Sombra*. Edit. Proa. Buenos Aires, 1926.

---

RICARDO GÜIRALDES. Ver datos biográficos en la página 6.

## LA RUINA DE LA FAMILIA

Si el juego de azar es practicado como medio de entretenimiento y solaz, constituye un agradable e inofensivo descanso para el espíritu; pero cuando con él se persigue un afán de lucro, se convierte en uno de los más terribles azotes para el hogar y la sociedad.

El jugador ambicioso de dinero es un enfermo. Vive dominado por su funesta pasión e insensible a los afectos más íntimos.

Ni el ruego de la esposa, ni el llanto de los hijos, ni los consejos de los buenos amigos consiguen apartarlo de la rápida pendiente del vicio. Capaz de exponer en una baraja la felicidad de los suyos, demuestra ser siempre un mal padre, un perverso hijo y un pésimo hermano.

Cuéntase de un jugador a quien, durante una partida de naipes, le comunicaron el fallecimiento de su esposa. Obcecado por el desarrollo del juego, no dió siquiera muestras de dolor; siguió jugando con la mirada fija sobre las cartas.

Hasta ese extremo puede llegar un hombre, dando muestras palpables de su insensibilidad por los seres más queridos.

Hay en todo jugador evidentes vestigios de una locura que lo arrastra hacia la tumba, después de





una existencia miserable y llena de sobresaltos.

La pasión del juego suele aparecer en la niñez; se acrecienta en la juventud y domina por completo al ser humano en su edad viril.

El niño que juega por el interés del dinero es desde ya un jugador incipiente. Cuando llegue a hombre, será como tantos otros un desgraciado esclavo de las tabernas y garitos.

El jugador vicioso no tiene noción del tiempo: horas y horas permanece junto al tapete verde, barajando los naipes entre sus dedos temblantes, el rostro pálido y surcado de arrugas prematuras, respirando afanosamente. A veces la claridad del nuevo día lo sorprende cerca de una mesa, sin dedicar un solo recuerdo para los hijitos que duermen o para la esposa que lo aguarda después de haber agotado sus lágrimas.

Es ella, la mujer —esposa o madre—, la mártir inocente en el hogar de un jugador. La pobreza pone en sus ojos un velo de sombra; el dolor oprime su corazón y su voz enmudece. No hay para ella días de sol ni noches tibias. Un frío intenso corre por su cuerpo, más frío aún que el de la nieve y el de las noches invernales.

¡El juego de azar es duramente castigado por la ley; pero a veces los hombres encargados de hacerla cumplir lo fomentan, con grave perjuicio para la sociedad y la patria!

La felicidad no se encontrará nunca arriesgando dinero sobre el tapete verde. ¡No! ¡Los que niegan esta



verdad son personas despreciables y perversas!

El bienestar, agente de felicidad, se hallará en el trabajo fecundo y en la vida sencilla.

JOSÉ D. FORGIONE.

De *Cómo se enseña la composición*. Edit. Kapelusz, 2ª edic. Bs. As.

## EXPLICACIONES

*Afán de lucro*: deseo desmesurado de ganar. *Tapete verde*: mesa de juego. *Obcecado*: ofuscado, cegado. *Garito*: casa de juego clandestino, es decir, no autorizado por la ley, que funciona en secreto. *Incipiente*: que empieza.

---

JOSÉ D. FORGIONE. Escritor argentino contemporáneo.

## LA RELIQUIA

Mendoza guarda la bandera del ejército de los Andes, reliquia de la epopeya de la independencia. Si alguna denominación nueva necesitara para distinguir esta bandera creada por el general don José de San Martín y destinada a flamear al frente de su famoso ejército cuando se disponía a tramontar la gran cordillera, yo la llamaría "potencia evocadora". No conozco nada en la historia, que es vida vivida, que haya provocado en los pueblos

mayor sentimiento solidario que una vieja y gloriosa bandera. Visitarla, conocerla, admirarla y palparla era para mí un número irremplazable en el programa trazado. Atraíame en forma irresistible, y no sé que exista en un rincón de esta mi patria, un objeto que con mayor poder aproxime el pasado al presente y haga revivir la acción de los grandes fundadores de la nación.

En grupos nos presentamos en la casa de gobierno, en cuyo salón de recepciones se guarda la reliquia, encerrada en artístico marco. Fuimos recibidas y agasajadas con especiales consideraciones por los funcionarios de la administración, y luego guiadas al salón.

—¡Ésta es la bandera de San Martín! —exclamó uno de los guías, indicándonos un gran cuadro colocado en el lugar de honor.

Señoras, niñas y caballeros fueron aproximándose en silencio, y al contemplar las dos fajas de sarga, azul turquí la una, blanca la otra, que forman la insignia, y el escudo caprichoso pero comprensivo que ostenta en el centro, algo tocó nuestros corazones y quiso desbordarse por los ojos: un hálito de gloria, suave y penetrante, que venía de ella al encuentro de nuestros sentimientos de gratitud y homenaje.

Y en silencio, un momento después, retrocedimos unos pasos, y una pura voz de contralto, seguida al punto por todos los presentes, se elevó:

*¡Oíd mortales el grito sagrado!*

.....



Fué un momento de intensa, de profundísima emoción, seguido de una satisfacción jubilosa. Habíamos saludado la gloriosa insignia del año 1817 con las notas del Himno, con esas notas libres, audaces, vibrantes de la primera declaración de la voluntad argentina, grito de soberanía que dió carácter a la lucha heroica, para correr después por todo el continente cual heraldo de la libertad y de una nación que se levantaba en los confines atlánticos, decidida a iluminar con su espada y con su verbo el credo de las legítimas aspiraciones democráticas de América. Millares de voces que antaño se levantaron para saludar a esta bandera, nos hablaban; nos rozaban las manos sin cuenta de los que la defendieron, y mirábamos ojos innumerables que en otros días la miraron con veneración, en un juramento mudo de sacrificio.

ADA MARÍA ELFLEIN.

De *Por campos históricos*. Edit. M. Gleizer. Buenos Aires, 1926.

---

ADA MARÍA ELFLEIN. Ver datos biográficos en la página 197.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*Justo José de Urquiza*



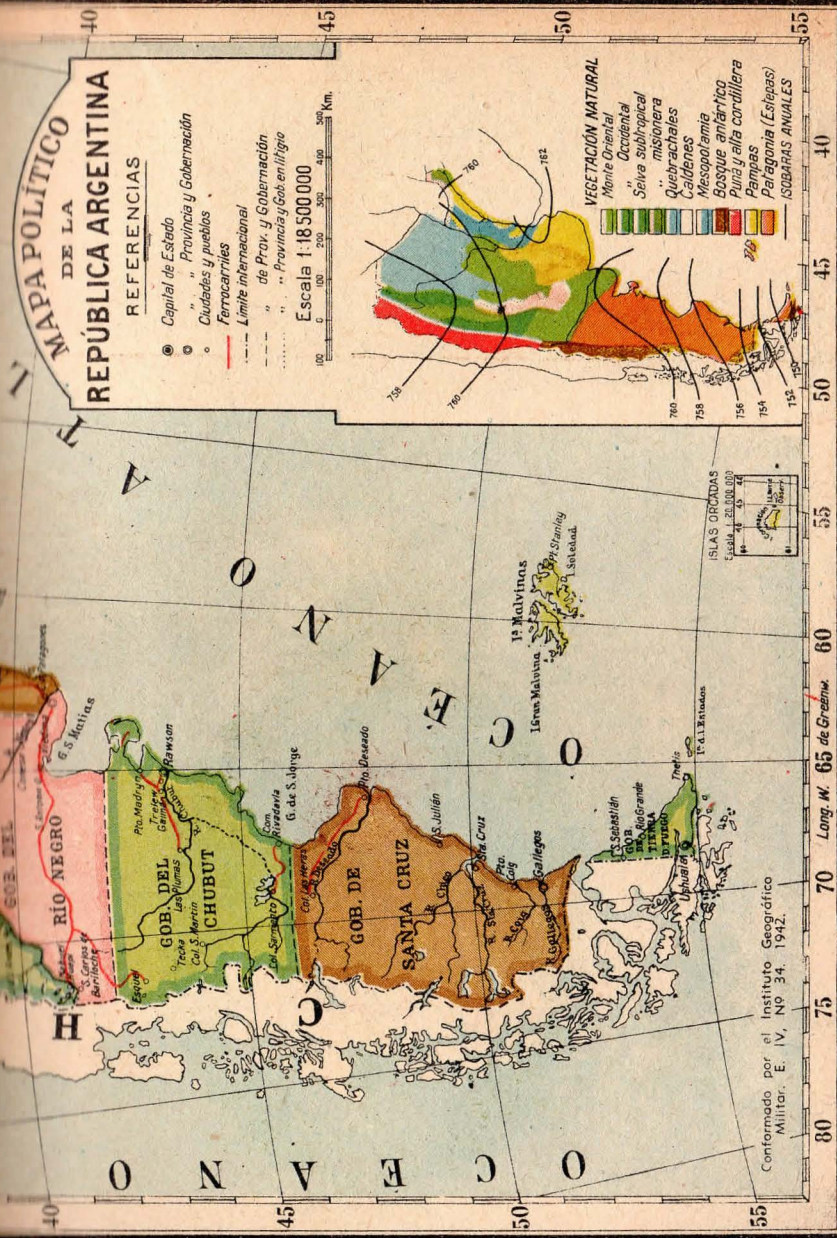




DIRECCION NACIONAL  
DE MAESTROS







MAPA POLITICO DE LA REPUBLICA ARGENTINA

REFERENCIAS

- Capital de Estado
- " " Provincia y Gobernación
- Ciudades y pueblos
- Ferrocarriles
- Limite internacional
- de Prov. y Gobernación
- " " Provincia y Gob. en litigio

Escala 1:18 500 000

1000 Km.

VEGETACION NATURAL

- Monte Oriental
- Selva subtropical misionera
- Quebrachales
- Caidenes
- Mesopotamia
- Bosque anárquico
- Puna y alta cordillera
- Pampas
- Patagonia (Estepas)

ISLAS MALVINAS

ISLAS ORCADAS

Conformado por el Instituto Geográfico Militar. E. IV, Nº 34, 1942.

EDITORIAL KAPELUSZ & Cia

Hecho el depósito que marco la ley 11723







## A LA PATRIA

*¡República Argentina, Patria amada!  
tu espléndida corona, matizada  
de gayas flores las naciones ven:  
la cariñosa mano de tus bardos  
puso rosas, jazmines, violas, nardos,  
entre los verdes lauros de tu sien.*

*Yo no vengo a mezclar con esas flores,  
de olímpicos perfumes y colores,  
las silvestres y humildes que aquí ves:  
vengo, Patria gloriosa, solamente,  
a doblar la rodilla reverente,  
y a deshojar las mías a tus pies.*

ESTANISLAO DEL CAMPO.

*De Fausto y otros poemas selectos.* Edit. W. M. Jackson, Inc.  
Buenos Aires.

### EXPLICACIONES

*Gayas:* vistosas y coquetas. *Bardo:* poeta lírico.

---

ESTANISLAO DEL CAMPO (1834-1884). Periodista y poeta argentino,  
autor del poema gauchesco *Fausto*.



## CADA CUAL HABLA DE LA FERIA...

A la hora en que derraman fulgor los focos eléctricos, se encienden las iluminaciones y la concurrencia se acomoda en sillas y bancos para ver los juegos multicolores de las fuentes luminosas —que ya no son ninguna novedad, pero siempre tienen partido—, me cupo en suerte oír la plática de dos españoles, de los innumerables que andan por aquí, y que, siguiendo la costumbre general en nuestra patria, no hablaban bajo.

Quejábase el uno de la carestía, de las socaliñas, de lo que representa la estancia para un padre con dos hijos, y anunciaba su propósito de regresar a España al día siguiente, huyendo de las sugerencias de la Exposición, donde es imposible dar paso sin sangrar el bolsillo.

—Todo se vuelve gastar —repetía—. Hay mil menudencias que parecen baratas y derriten los francos insensiblemente. Tanto teatrillo y tanta *atracción*, como les llaman ellos a esas mojigangas, a la sordina, cuestan un sentido. Un franco parece una peseta, pero son ciento treinta céntimos, ¡ojo! A diestra y siniestra no ve usted más que *guiñoles*, fantoches, bailes extravagantes, marionetas, estereoramas, mareoramas, cineoramas, panoramas y toda clase de *ramas*; y suelte usted franquitos, y salga usted de allí hecho un bausán, sin haberse enterado, y



a veces pasándose el primer susto... Figúrese usted lo que me sucedió en la Gran Rueda.

—No sé quién me tentó a meterme en el demontre del artilugio ese, una noche que los muchachos se habían quedado viendo bailoteos de flamencas o de salvajes, allí al ladito. A distancia, la rueda se me imaginaba una O mayúscula; de cerca... ¡vamos!... es mucha rueda de queso... Menudo biciclo el que las tuviese así. Más alta cuatro veces que la chimenea del vapor. Si no es que me dió fatiga volverme atrás, con el billete tomado me retracto y no entro en los malditos cangilones de la noria; digo en los vagones. Pero ¿qué pensaría aquel francés del despacho? Ya me miraba escamado y empleaba un tonillo burlón al porfiar que subiese, que ni sentiría molestia, ni había miaja de peligro.

—Y tenía razón —afirmó el español segundo.

—Razón, razón... Aguarde usted un poco, compañero. Pues señor, al cangilón: nos enchiqueran, nos cierran con llave, y la rueda empieza a girar, y subimos, subimos. Iban conmigo solamente en la jaula dos hombres, de trazas no muy católicas, que habían bebido algo más que agua. En seguida emprendieron conversación y empezaron a preguntarme si yo era turco. Se me sentaron uno a un lado y otro a otro, y cruzando los alientos vinosos, me dijeron que aquel coche que iba por los aires era el sitio más solitario de la Exposición toda, y que si un mal intencionado quisiese quitarle a alguien el reloj y la bolsa y después echarle por la ventanilla, no vendría



a estorbarlo ningún agente. Esto era cuando ya nos encontrábamos a la altura de un vigésimo piso, en el espacio, y los árboles del bulevar, debajo de nosotros, parecían macetitas de albahaca.

La verdad: un sudor se me iba y otro se me venía. Cuando ya directamente los tíos aquellos me preguntaron qué me parecía a mí si a un turco (emperrados en hacerme turco, quieras o no quieras) lo arrojasen a medir la distancia hasta abajo, saqué fuerzas de flaqueza y respondí que tampoco estaría mal que un francés se cayese del firmamento, ayudado por un turco. Entonces se rieron a carcajadas, y uno de ellos me dió la palmadita en el vientre, que equivale a las nuestras en el hombro. A todo esto, el vagón, llegado a la cumbre, empezaba a descender. Bajábamos, bajábamos hacia los tejados... Ya llegábamos a los cuartos pisos... ¡Gracias a Dios! ¡Bendito sea el santo suelo! A tierra por fin...

—Pero, ¿eran malhechores los borrachos?

—No... Me parece que no. Debían ser unos guasones pesaditos, y muy hombres de bien. Se despidieron cordialmente, ofreciendo visitarme cuando fuesen a Constantinopla. Sólo que... póngase usted en mi lugar. Hasta me admira que en la Exposición, donde entran todos los días de doscientas a cuatrocientas mil personas, no haya ni hurtos, ni quimeras, ni palos, ni conflictos de ninguna clase. Como robar, se roba, pero es con anuencia del robado. Los francos y los céntimos se marchan solos del



bolsillo. Fonógrafos, estereóscopos, cinematógrafos, automáticos donde suelta usted el perro grande y sale una tontería, un horóscopo o un chorrito de esencia... En fin, diabluras... Engañabobos y sacadineros.

EMILIA DE PARDO BAZÁN.

*De Cuarenta días en la exposición.* Edit. V. Prieto y Cía. Madrid.

### EXPLICACIONES

*Cangilón*: vaso grande de barro o metal para contener o medir líquidos. Otra acepción: Especie de balde de hierro de forma cúbica, que aferrado a una cadena es utilizado en las norias, para extraer agua. *Bausán*: persona boba. *Socaliña*: ardid o artificio con que se saca a uno lo que no está obligado a dar.

---

CONDESA EMILIA DE PARDO BAZÁN (1852-1921). Nació en La Coruña. Celebrada escritora española. Tiene un sinfín de obras sobre erudición, literatura, biografías, crítica, feminismo, cuentos, novelas, etc.

## EL CRISTO DE LOS ANDES

.....

La estatua del Redentor se levanta en el centro de una altiplanicie. La primera impresión es de majestuosidad; pero, al acercarnos, pierde mucho, y atribuyo esto a que el pedestal es muy bajo en relación con la figura que



soporta. Sin embargo, parece que el defecto es irremediable a causa de los vendavales que soplan en este páramo y que voltearían la estatua si fuese más alta. La cruz ha caído ya varias veces, y estaba en el suelo en aquellos momentos.

El simbolismo de este monumento resulta impresionante. No tenemos conocimiento de ningún otro homenaje a la paz erigido, como éste, en el linde de dos pueblos, cual una promesa trasmutada en piedra y bronce. En la placa colocada a los pies del Cristo se abrazan Chile y la Argentina, las dos naciones cuyos territorios se tocan a pocos pasos del lugar y que sellaron el término de una larga época de recelos y malentendidos, en forma tan singular cuanto elocuente. Panoramas magníficos se desarrollan ante los atónitos ojos. Picos eternamente nevados circundan la pequeña meseta. Hacia el lado chileno, la mirada se hunde en la entraña misma del laberinto central de la cordillera hasta el fondo de un vasto valle. Paréceme estar contemplando los techados y murallas de una inmensa ciudad de palacios contruídos en piedras de matices fríos, sin nombre, graduados desde el azul añil hasta el gris perla, cuya arquitectura y dimensiones sobrepujan la capacidad de la mente humana. Cierra el extremo de lo que se asemeja a la arteria principal de esta nueva ciudad de los Césares, un titánico lienzo de muralla teñido de colores más vivos que los suaves y diluídos que llenan el valle. Hacia el lado argen-



tino las montañas ostentan maravillosas policromías, hechizos de luz en los que predominan tintes rosados y lilas. El firmamento allí, de un color celeste líquido, traslúcido, es otro cielo distinto de aquel que se tiende del lado occidental.

Mientras miraba en silencio este cuadro, ocurrióseme un San Martín gigantesco, de bronce, de pie y vestido con el traje que llevaba cuando cruzó la cordillera, erguido junto al hito y abarcando con su mirada serena y vigilante los dos países que él unió con la mágica fuerza de la sangre vertida en común por la libertad. ¿No sería también un monumento protector?

Al alejarnos del sitio que bien pudiéramos llamar histórico, llevábamos grabado en la mente el cuadro esplendoroso que habíamos contemplado, e hicimos votos para que fuese eterna la paz simbolizada por el Cristo de los Andes.

ADA MARÍA ELFLEIN.

*De Por campos históricos.* Edic. "El Ateneo". Buenos Aires, 1926.

---

ADA MARÍA ELFLEIN. Escritora argentina contemporánea, autora de libros donde exalta especialmente el sentimiento patriótico, además del valor, sacrificio, lealtad, etc.





## NOSTALGIAS

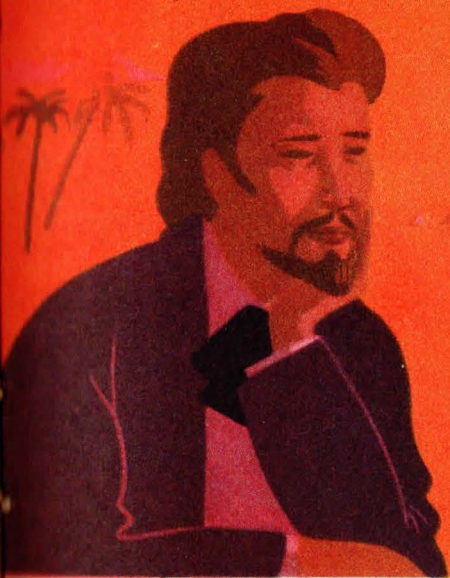
*Suspiro por las regiones  
donde vuelan los alciones  
sobre el mar,  
y el soplo helado del viento  
parece en su movimiento  
sollozar . . .*

*Ver otro cielo, otro monte,  
otra playa, otro horizonte,  
otro mar,  
otros pueblos, otras gentes  
de maneras diferentes  
de pensar.*

*¡Ah! si yo un día pudiera,  
con qué júbilo partiera  
para Argel,  
donde tiene la hermosura  
el color y la frescura  
de un clavel.*

*Después fuera en caravana  
por la llanura africana  
bajo el sol*





*que, con sus vivos destellos,  
pone un tinte a los camellos  
tornasol.*

*Y cuando el día expirara  
mi árabe tienda plantara  
en mitad  
de la llanura ardorosa  
inundada de radiosa  
claridad.*

*Cambiando de rumbo luego,  
dejaré el país del fuego  
para ir*



*hasta el imperio florido  
en que el opio da el olvido  
del vivir . . .*

*Cuando tornara el hastío  
en el espíritu mío  
a reinar,  
cruzando el inmenso piélago  
fuera a taitiano archipiélago  
a encallar . . .*

*Así errabundo viviera  
sintiendo toda quimera  
rauda huir,  
y hasta olvidando la hora  
incierta y aterradora  
de morir . . .*

JULIÁN DEL CASAL.

De *El Tesoro de la Juventud*. Edit. W. M. Jackson. Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*País del fuego*: África. *Alción*: ave fabulosa que sólo andaba sobre el mar tranquilo. *Argel*: capital de Argelia (colonia francesa en África), puerto sobre el Mediterráneo. *El imperio florido en que el opio da el olvido del vivir*: se refiere a la China.

JULIÁN DEL CASAL (1863-1891). Notable poeta cubano nacido en La Habana. Contribuyó en gran parte al renacimiento literario cubano.



## EL PINO DE SAN LORENZO

(UN CAPÍTULO DE LA "HISTORIA DE SAN MARTÍN")

Remontando la corriente del Paraná, el viajero divisa a la distancia dos blancas cúpulas, que, en lontananza, hacen la ilusión de alas de garzas que hienden el espacio; más de cerca parecen velas de embarcaciones que se levantan sobre los bosques de las islas circunvecinas; hasta que, aproximándose a la gran cancha que lleva el nombre del fronterizo monasterio de San Lorenzo, se destacan en el horizonte su atrevida torre y su media naranja blanqueadas, y a su inmediación un pino gigantesco, cuya forma atormentada atestigua el embate de los huracanes del tiempo.

Allí alcanzó San Martín su primer triunfo americano y aquel pino marca el punto de partida de su gran campaña continental, cuyo teatro de operaciones fué la América meridional, al través de ríos, pampas, mares y montañas.

Así, de los dos grandes ríos superiores que derraman sus aguas en el Plata, el uno le vió nacer a la vida del tiempo y el otro a la vida de la inmortalidad; marcándose en ambos su cuna y su primera etapa militar, por árboles seculares que crecen a sus márgenes y existen todavía.

El tilo de Friburgo, laurel de la victoria de la más



antigua república europea; el árbol de Guernica, monumento rústico de las libertades de un pueblo; el sauce de Santa Elena, melancólica corona de la grandeza militar en el destierro; la planta de café, que como un retoño de vida nueva crece en la tumba de Wáshington, agitarán sus hojas al soplo de la gloria para confundir sus rumores con el de las palmas de Yapeyú y el pino de San Lorenzo, en el día en que las cenizas del héroe argentino vuelven triunfantes al seno de la patria.

La antigüedad habría encendido con ese pino su pira y sus antorchas funerarias: su patria agitará en alto sus gajos, entrelazándolos con palmas seculares, en señal de triunfo póstumo.

.....

En el huerto del convento de San Lorenzo consérvase aún el pino añoso a cuya sombra, según cuenta la tradición, descansó San Martín el 3 de febrero de 1813, después de la jornada de aquel día, bañado en su propia sangre y cubierto con el polvo y el sudor de la victoria.

El pueblo de San Lorenzo, en conmemoración de este hecho, depositará sobre los restos repatriados del entonces coronel José de San Martín, una corona de oro y plata, entrelazada con gajos del histórico árbol, último testigo vivo que queda de tan memorable combate. A la corona acompañará una plancha de oro, en cuyo centro



se ve grabada la imagen del pino y, a su pie, San Martín solo y sentado en actitud meditabunda, cual si en aquel momento hubiese tenido la visión de sus futuros destinos.

Ésta es una ofrenda digna en la apoteosis del héroe. Su urna no debe ser profanada con atributos teatrales, ni con objetos que no le hayan pertenecido verdaderamente. Para adornar su tumba con la austera simplicidad que lo caracterizaba, bastará cubrir su féretro con la vieja bandera de los Andes, mortaja gloriosa en que dormirá el sueño de la inmortalidad, y colocar encima de ella una doble corona formada con los gajos de las palmas de Yapeyú y del pino de San Lorenzo, como emblemas de victoria y fortaleza, que recuerden la doble aurora de su vida y de su gloria, en la cuna y en el campo de batalla.

BARTOLOMÉ MITRE.

De *Historia de San Martín*. Edit. "La Nación", 3ª edic. Bs. Aires.

#### EXPLICACIONES

*Friburgo*: ciudad y cantón de Suiza. *Árbol de Guernica*: roble simbólico de las libertades vascongadas.

---

BARTOLOMÉ MITRE. Político, general, literato e historiador argentino. Ejerció la presidencia de la República.



## OBSERVACIONES SOBRE LOS SALVAJES DE LA AMÉRICA DEL NORTE

(1784)

Llamamos salvajes a los pueblos de la América del Norte porque sus costumbres varían de las nuestras, que consideramos como la suma perfección en política y civilización; también ellos tienen la misma opinión de las suyas.

Si se examinasen con imparcialidad las costumbres de todas las naciones de la tierra, quizá no se hallaría pueblo alguno, por grosero que sea, que no tenga reglas de urbanidad, ni tampoco otro tan civilizado que deje de conservar sus restos de barbarie.

Los indios son cazadores y guerreros cuando jóvenes; en la edad más avanzada llenan las funciones y deberes de consejeros, porque entre ellos todo está regulado por el juicio y dictamen de los sabios; en esto consiste todo su gobierno; no usan ni de la fuerza coactiva, ni de prisiones, ni de hombres encargados de imponer castigos o precisar a los demás a obedecer. De aquí resulta que se ejercitan en el estilo oratorio, porque entre ellos el mejor orador tiene más influencia.



Las mujeres cultivan la tierra, preparan los alimentos, crían y educan a sus hijos, conservan y hacen transmitir a la posteridad la memoria de los acontecimientos públicos. Estas diferentes ocupaciones de los dos sexos son consideradas como naturales y honrosas. Teniendo pocas necesidades ficticias, les sobra mucho tiempo para instruirse por medio de las conversaciones. Nuestra manera de vivir, laboriosa y siempre ocupada, es considerada por los indios como baja y servil, y los conocimientos que tanto nos envanecen, los tienen ellos por frívolos e inútiles. Cuando en 1774 se concluyó el tratado de Lancaster, en Pensilvania, entre el gobierno de la Virginia y las Seis Naciones, nos dieron de ello una prueba nada equívoca. Convenidos en los principales artículos, los comisarios de Virginia hicieron saber a los indios que había en Williamsburgo un colegio dotado con fondos suficientes para educar en él a la juventud, y que si los jefes de las Seis Naciones querían enviar a él media docena de sus hijos, el gobierno proveería lo necesario para que fuesen bien cuidados e instruídos en todas las ciencias de los blancos. Una de las reglas de la política salvaje es no responder a proposición alguna sobre asuntos públicos el mismo día que ha sido hecha: "Esto sería, dicen ellos, tratar ligeramente y faltar al respeto; en vez de que tomándonos tiempo para examinar la propuesta, probamos la importancia que queremos darle". Dejaron, pues, la contestación para el día siguiente, y el orador





principió su discurso manifestando su reconocimiento a la generosa oferta de los virginios: “Porque, dijo él, sabemos que hacéis mucho caso de todo lo que se enseña en vuestros colegios, y por otra parte, la manutención de nuestros jóvenes sería para vosotros un motivo de grandes gastos. Estamos, pues, convencidos de que en la proposición que nos hacéis no lleváis otra mira que

hacernos bien, y nosotros os lo agradecemos de todo corazón. Empero, vosotros, que sois sabios y prudentes, debéis conocer que no todas las naciones tienen las mismas ideas sobre los mismos objetos, por lo que no debéis tomar a mal que nuestro modo de pensar, en orden a esta especie de educación, no coincida con el vuestro. Tenemos acerca de esto alguna experiencia. Muchos de nuestros jóvenes han sido en otro tiempo educados en los colegios de las provincias septentrionales y han aprendido todas vuestras ciencias; pero cuando han regresado, ya no eran ligeros en la carrera; ignoraban la manera de vivir en los bosques; eran incapaces de soportar el frío y el hambre; no sabían construir una cabaña, ni coger un gamo, ni dar muerte a un enemigo; hablaban muy mal nuestra lengua; de suerte que no pudiendo servirnos



de ellos ni para la guerra, ni para la caza, ni para el consejo, nos eran absolutamente inútiles. Aunque no aceptamos vuestra atenta oferta, la apreciamos infinito; y para daros una prueba convincente de nuestra gratitud, sabed que si los habitantes de la Virginia quieren enviarnos una docena de sus hijos, nada omitiremos para educarlos bien, para enseñarles todo lo que sabemos, y *para hacerlos hombres.*”

BENJAMÍN FRANKLIN.

De *Vida de Franklin*. Edit. Librería “El Ateneo”. Bs. Aires, 1913.

---

BENJAMÍN FRANKLIN. Ver datos biográficos en la página 87.

## CUENTO DE NAVIDAD

A la hora en que el viento sopla y silba, mientras el pálido sol baja al horizonte; a la hora en que reina precisamente la obscuridad bastante para que las formas de las cosas aparezcan vastas e indistintas; a la hora en que la gente, sentada junto al fuego, comienza a ver en las brasas figuras fantásticas, montañas, abismos, emboscadas y ejércitos; a la hora en que el transeúnte corre por las



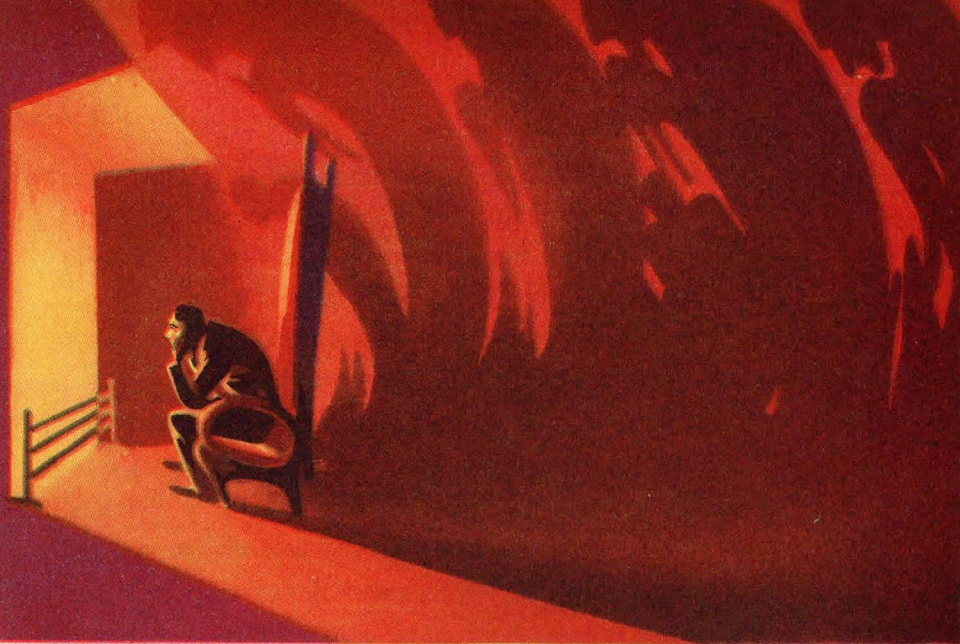
calles delante del cierzo; a la hora en que, los que se ven obligados a afrontar el mal tiempo, son detenidos en algún rincón oscuro y glacial por la nieve que les azota los párpados; a la hora en que las ventanas de las casas se cierran cuidadosamente, y en que el gas comienza a lanzar sus rayos en las calles tranquilas o agitadas, sobre las que descende rápida la noche . . .

A la hora en que el vagabundo, tiritando en la vía pública, hunde hambrientas miradas en las cocinas subterráneas, sobreexcitando su apetito al olfatear así, a lo largo de su camino, el perfume de las comidas ajenas . . .

A la hora en que los que viajan por tierra se sienten helados de frío, fijando los ojos huraños en paisajes sombríos y estremeciéndose de pies a cabeza bajo el soplo de la tempestad; a la hora en que los marineros, colgados de las vergas cubiertas de carámbanos, son balanceados en todo sentido encima de las olas irritadas; a la hora en que los faros, plantados sobre las rocas y los cabos, aparecen como centinelas solitarios, mientras las aves marinas, sorprendidas por la noche, se precipitan sobre los fanales, se destrozan en ellos y caen muertas . . .

A la hora en que los niños, leyendo cuentos junto al fuego, tiemblan al pensar en la suerte de Casím Babá, cuyos miembros, cortados en pedazos, están colgados en la cueva de los cuarenta ladrones, o se preguntan aterrados si al atravesar el sombrío y largo pasadizo que conduce al dormitorio, no encontrará alguna noche la viejecilla tan terrible con su muleta, la que acostumbraba





lanzarse fuera de la caja, en el cuarto del mercader Abudah...

A la hora en que, en el campo, las últimas claridades del día se desvanecen en el fondo de las avenidas, mientras que los árboles, encorvados en forma de bóveda, se cubren de espesas tinieblas; a la hora en que, en los parques y los bosques, los altos y húmedos helechos, el musgo y los colchones de hojas muertas, y los troncos de árbol se ocultan bajo masas impenetrables de sombra; a la hora en que las nieblas surgen de los prados y de los ríos; a la hora en que las luces que brillan en las ventanas de los viejos castillos y de las casas de campo provocan la envidia al viajero...

A la hora en que el molino se detiene, en que el arte-



sano cierra su taller, en que el labrador, dejando su arado en el campo desierto, conduce los bueyes al establo, mientras el reloj de la iglesia suena más sonoro, y la puerta del cementerio se cierra por toda la noche . . .

A la hora en que, por todas partes, el crepúsculo liberta las sombras encadenadas desde el comienzo del día, las sombras que se reúnen y se agrupan, semejando innumerables legiones de fantasmas; a la hora en que se agazapan en los rincones de los edificios, y gesticulan detrás de las puertas entornadas; a la hora en que están en plena posesión de las moradas desiertas; a la hora en que, en los lugares habitados, bailan sobre las tablas del piso, las paredes y los techos, mientras el fuego languidece en el hogar, para retirarse en cuanto la llama se reanima; a la hora en que, transformado de una manera fantástica todo cuanto se encuentra en la casa, convierte a la criada en bruja, al caballo de cartón en monstruo, al niño asombrado, que no sabe si reír o llorar, en una forma extraña a él mismo, y a las tenazas de la chimenea en un gigante que extiende sus largos brazos como para triturar los huesos de los hombres y molerlos como harina para hacerse el pan . . .

A la hora en que las sombras llevan otros pensamientos a la imaginación de los viejos, y les presentan nuevas imágenes; a la hora en que salen furtivamente de sus escondrijos, con formas y rostros de los tiempos que fueron, exhumados de las tumbas, de las profundidades



del mar, donde vagan las cosas que hubieran podido ser y que no han sido jamás...

A esa hora, nuestro hombre estaba sentado delante del fuego en el que tenía fijos los ojos, mientras las sombras iban y venían siguiendo los caprichos de la llama.

CARLOS DICKENS.

De *Cuentos de Navidad*. Biblioteca "La Nación". Bs. Aires, 1903.

---

CARLOS DICKENS (1812-1870). Célebre novelista inglés, cuyas obras han sido traducidas a todas las lenguas. Las principales son: *Una historia de dos ciudades*, *David Copperfield*, *Oliverio Twist*, *Aventuras de Pickwick*, *Almacén de antigüedades*, *El grillo del hogar*, *Cuentos de Navidad*.

## CUÉNTAME, VIAJERO...

*Cuéntame, viajero  
que vienes de allá...*

*Cuéntame del valle, de los verdes prados  
y de las montañas y de aquella aldea  
de casitas blancas entre el robledal...*

*¡cuéntame, viajero  
que vienes de allá!...*

*Cuéntame de aquella pobrecita anciana  
de cabellos blancos, que triste mi ausencia  
llora sin cesar...*



*Cuéntame de aquellos muchachos que fueron  
conmigo a la escuela . . . Cuéntame de aquella  
niña angelical  
que al prado venía  
conmigo a jugar . . .  
¡cuéntame, viajero  
que vienes de allá! . . .*

*—Quieres que te cuente y a mí me da pena  
porque cosas tristes tengo que contar . . .*

*—Aunque sea triste, cuéntame, viajero,  
toda la verdad;  
¡cuéntame y no tardes, que con un cabello  
me pueden abogar!*

*Dime de la aldea . . .*

*—La aldea y el valle se encuentran igual:  
con sus picos de nieves eternas  
las montañas azules están . . .*

*el prado verdea  
y como bandada se ven, de palomas,  
las casitas blancas en el robledal . . .*

*—Dime de los mozos . . .*

*—¡Los mozos se fueron a la guerra un día  
y no han vuelto ya!*

*—Dime de la dulce  
niña angelical . . .*



—*A la dulce niña la vi tan hermosa,  
la vi tan gallarda . . . ¡ya casada está!*

—*Dime de la anciana . . .*

—*La anciana tu ausencia dejó de llorar . . .  
¡Para siempre a la sombra de un sauce  
descansando está! . . .*

—*Cállate, viajero, que me he puesto triste . . .  
¡cállate, viajero, no me cuentes más!*

VICENTE MEDINA.

De *Caras y Caretas*, N° 491. 29 febrero de 1908.

---

VICENTE MEDINA. Distinguido poeta español.

## SARMIENTO

Cuando terminó la Presidencia, Sarmiento no tenía con qué vivir. Su ex ministro Avellaneda, Presidente ahora, se ofreció a servirlo. El grande hombre pidió dos cosas: que le dejaran su edecán y que le permitieran seguir usando la franquicia del correo . . . Sonrió el Presidente de tanto candor, y propuso su ascenso a general para ayudarlo de algún modo.

Aquel generalato provocó no pocas burlas, y el Senado —enemigo siempre— encarpetó la propuesta por

un tiempo. A poco andar, felizmente, lo eligió su provincia senador. Seis años enseñando a su pueblo como un maestro gruñón habían acumulado tantas rebeldías inconscientes, tantos deseos de venganza, que ni aun después de entregado su bastón le perdonaban las gentes su prestigio.

El primer informe en el Senado provocó un estallido. Al redactar en nombre de la mayoría el dictamen de la Comisión sobre la amnistía de 1874, subrayó con palabras vigorosas todo lo que tenía de criminal el enorme delito de alzarse contra la nación. Como el movimiento revolucionario de ese año había tenido en los porteños sus ejecutores, primero sus derrotados y después la ciudad entera se propusieron vengar al senador como a nadie hasta entonces se le había vejado. La barra populachera del Congreso le gritó a sus anchas, le silbó con furia, le escupió a la cara los insultos más soeces, y para que no quedara a Sarmiento la más mínima duda sobre la unanimidad de la opinión, dos filas de jovencitos distinguidos lo esperó a la salida, y entre burlas y risotadas, remataron con el estruendo de los pitos la miserable afrenta. Tanta debió ser la excitación, que el senador Quintana, su enemigo, se ofreció a acompañarlo. Sarmiento no aceptó y tranquilo avanzó entre las filas. Ligera-mente terrosa su palidez curtida, revueltas las cejas hasta metérsele casi en los ojos, totalmente rasurado el rostro, pulcra la camisa de cuello abierto, la gruesa cadena de reloj cruzándole el chaleco, un bastón de caña amarilla



por toda defensa, el grande hombre caminaba impasible, mirando uno por uno el rostro de los insolentes, más desdeñoso que nunca su bello carnudo . . . ¡Los bárbaros, siempre los bárbaros en su camino!

En la sesión siguiente, Sarmiento denunció el escándalo de que había sido víctima, y defendió sus fueros de senador y su dignidad de hombre en el discurso más henchido de orgullo que el Congreso argentino escuchó jamás: “Yo soy don Yo”, afirmó de entrada, y en revista pasó después los episodios de su noble existencia, las fieras luchas contra el Tirano, la incansable batalla contra la barbarie. “Todos los caudillos llevan mi marca”, agregó; y volviéndose a la barra trajo el recuerdo de los grandes hombres que tuvieron razón contra su siglo. En medio de un silencio religioso, la voz de Sarmiento resonaba como si, pasando por encima de los contemporáneos que no lo merecían, el grande hombre se empinara para buscar en el porvenir lejano los discípulos devotos que lo comprendieran: “He querido, señor Presidente, que la barra me oiga una vez, para que vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una pérdida para el país que ustedes encadenen y humillen y vejen este espíritu que ha vivido sesenta años, duro contra todas las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha sufrido la pobreza que ustedes no conocen, y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer y que desde entonces viene abriéndose camino con el trabajo, la honradez y el coraje”.



El fiero orgullo de su propia vida, que en los momentos más difíciles había sido siempre su fiel aliado, lo protegía ahora una vez más; y debieron asomarse desde entonces a su espíritu las palabras casi sublimes que lanzó más tarde y que hombre alguno en la Argentina tuvo tanto derecho a pronunciar: "El día en que me echen mi última retreta podrán decir en justicia: Acompañad a ese cadáver; no volveréis a tributar iguales honores a un argentino más ilustre."

ANÍBAL PONCE.

De *Sarmiento*. Edit. Espasa-Calpe, S. A.  
Madrid, 1932.

---

ANÍBAL PONCE. Escritor argentino contemporáneo.

## JURAMENTO

"Yo, dueño de esta gran Patria que hicieron mis abuelos, bregando en las filas del pueblo y del Ejército, soy argentino por herencia y solidaridad, represento las mismas ideas de libertad que circularon, por mar, con Guillermo Brown, y por tierra, con Belgrano y San Martín; el legado glorioso me pertenece, pues no hay pueblo de la tierra que sabiéndome argentino me niegue el homenaje de la nacionalidad; y este concepto de patria, que forma todo el caudal de mi amor a la bandera, se halla difundido por el ejército argentino, compuesto de



soldados ciudadanos, libres y dueños de su destino, porque así fué constituída la República, tras de cruentos sacrificios; en mí palpita la vida de las catorce provincias y los diez territorios, en cuyas vastas superficies moran mis hermanos, labrando la tierra independiente y fundando las ciudades destinadas a exhibir ante la faz del mundo las conquistas de nuestro progreso; y puesto que mis mayores me confiaron la estupenda herencia, como argentino juro ante mi patria cumplir con el deber de hombre libre y honrado, velando por la integridad de la nación y el cumplimiento de sus instituciones.”

Tal es la visión deslumbradora que domina mi ser, al volver los ojos hacia nuestro pasado y considerar las responsabilidades de nuestro porvenir.

Esta patria joven y hermosa, que es ya la Atenas del Plata, está llamada por el destino a tener mañana la hegemonía del habla española en los pueblos más numerosos y ricos de la tierra.

Así debe, por tanto, concebirse la actividad moral y mental del argentino, para no renegar de su herencia.

GUILLERMO CORREA.

De *Reflejos históricos*. Mayo de 1918. Buenos Aires.

#### EXPLICACIONES

*Atenas del Plata*: por antonomasia, el país más importante de Sudamérica. *Hegemonía del habla española*: supone supremacía de nuestro país, con el tiempo, sobre los demás países de habla española. *Atenas*: fué la ciudad más célebre de la antigüedad y centro de las ciencias y artes en la Grecia antigua.

---

GUILLERMO CORREA. Distinguido militar argentino.



## FACUNDO

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última represa o aljibe de campo, sin proveer sus chifles de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la travesía a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran, por entonces, sólo el hambre o la sed los peligros que lo aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza





a gustar de preferencia su carne, y se le llamaba *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza: la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chanco, pero agrio, prolongado, estridente, y sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.



Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrar de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro; encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos sus poderosas manos estaban apoyándose, a dos varas del suelo, sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho.



Intentó la fiera un salto impotente; dió media vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, había empezado a debilitar sus fuerzas, y ya se veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor fué la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. “Entonces supe lo que era tener miedo”, decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

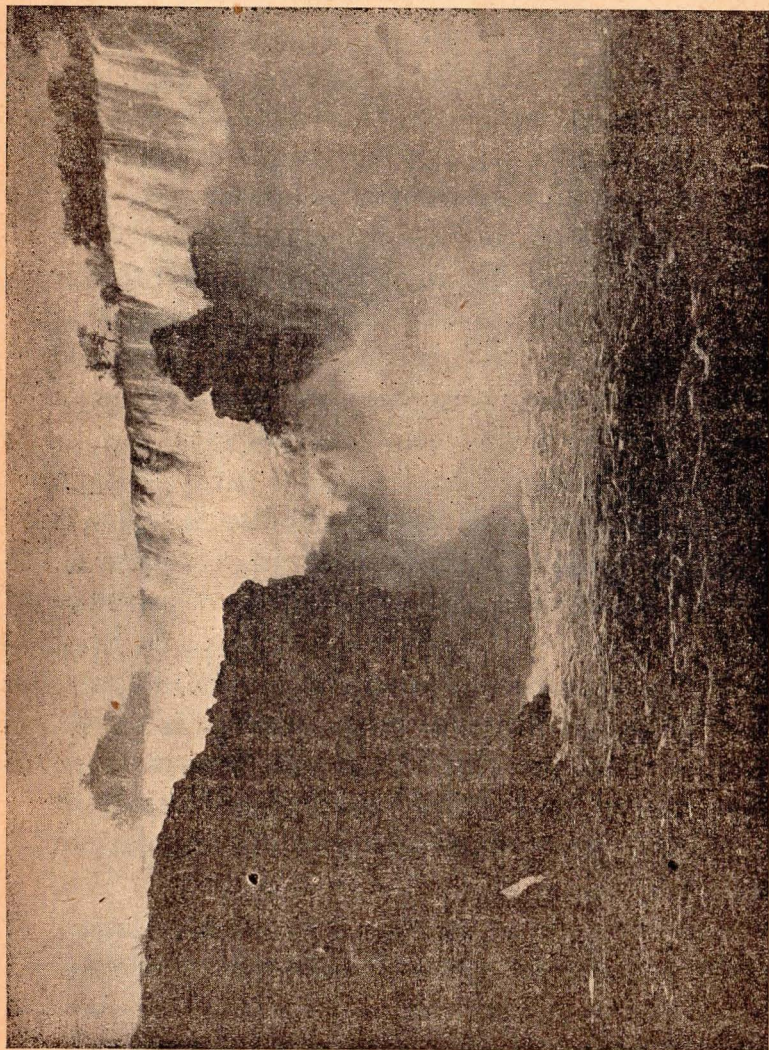
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

De *Facundo*. Edit. Biblioteca “La Nación”. Buenos Aires, 1917.

---

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO. Ver biografía en la página 122.





*Misiones: Cataratas del Iguazú, salto San Martín.*



## EL ÁRBOL

*Otra vez he venido  
a dormir mis cansancios y a buscar el olvido  
bajo la vieja sombra de tus torcidas ramas,  
árbol que hablas y sueñas, que suspiras y que amas,  
como un abuelo triste, meditabundo y ciego,  
¡viejo árbol que perfumas el patio solariego!*



*Se fué mi primavera.  
ya no florecerá mi amor ni mi quimera;  
pero tú, ¡oh! árbol viejo de ramas retorcidas,  
si viste cien otoños largos como cien vidas,  
y cien interminables y nevados inviernos,  
también soñaste sueños generosos y eternos  
cuando el sol anidaba en tus ramas austeras  
y cuando florecías en tus cien primaveras ...  
¡Viejo árbol de mi infancia!*

*De tus últimas flores me embriaga la fragancia,  
como antes en los días mejores que pasaron ...  
Háblame de los labios queridos que callaron,  
háblame en el silencio de mi patio también,  
árbol amado y solo, único y viejo amigo,  
de los ojos azules y hondos que ya no ven ...  
De las cabezas blancas que soñaban conmigo ...*



*¡Árbol como un abuelo, triste, inmóvil y ciego,  
vuélveme los amores del patio solariego!*

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

De *A la deriva*. Edit. "Minerva", 2ª edic. Buenos Aires, 1923.

#### EXPLICACIONES

*Solariego*: perteneciente al solar de un linaje, con pleno derecho de sus dueños. *Austero*: severo, rígido.

---

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG. Delicado poeta argentino contemporáneo.

### EL TAMBORCITO AGUIRRE

(RECUERDOS DE LA CONSCRIPCIÓN)

Era una noche de marzo fría y lluviosa.

Los árboles del cuartel parecían fantasmas gigantes-  
cos a la luz de los relámpagos, y nosotros, metidos en  
los gruesos capotes, hacíamos guardia, rogando a Dios  
que llegase pronto el relevo, para echarnos a dormir en  
un rincón.

El máuser quemaba las manos, de puro helado, y los  
dientes chocaban unos contra otros.

La noche parecía interminable...



Serían las tres de la madrugada cuando vinieron a relevarnos. A los cuatro que estábamos apostados de centinelas nos tocó la “recorrida”; teníamos que dar toda la vuelta al cuartel, para ver si había algo anormal.

Ya íbamos a emprender la marcha, cuando se nos acercó el *tamborcito Aguirre* y nos dijo:

—Espérenme; voy con ustedes; hoy me toca dar la diana y ya va siendo la hora, me parece . . .

Y se acercó a nosotros, muerto de frío, arrastrando apenas su pesada caja. Todos nos pusimos en camino.

El tamborcito Aguirre era un chiquilín de quince años, de tez cobriza y de labios abultados. No conoció a sus padres, y desde muy chiquito había estado en el Asilo de Huérfanos de Militares, de donde lo mandaron al cuartel para que estuviera hasta que se hiciese hombre.

Al sentirlo tiritar le dije:

—¿Pero te vienes sin capote? . . . ¿Por qué no te lo pones?

—Me lo robaron —contestó—. Fué uno de la primera compañía. Como es más grande que yo . . .

—¿Y por qué no te quejas? —se aventuró a decir un provinciano que marchaba a mi izquierda.

—Porque lo meterían al calabozo por mucho tiempo.

—Pero vos te estás helando, hijo de Dios —agregué yo.

Él bajó la cabeza, y con voz muy apagada, como si se avergonzase de tener un buen sentimiento, contestó:



—El frío me lo aguanto . . . y además . . . ¡es tan feo el calabozo! Sufriría tanto el *otro* . . .

Un centinela nos gritó: —¡Alto! ¿Quién va?

—¡De recorrida! —respondimos, continuando la marcha silenciosos.

Al llegar al campo de instrucción nos dijo Aguirre:

—¡Miren, miren! Hay luz en el ranchito de don Mendo. Seguro que ha de estar tomando mate. ¿Vamos?

Las palabras del negrito nos hicieron un efecto milagroso. ¡Unos mates! ¡Oh! ¡Y qué bien nos vendrían con ese frío! Los ojos del provinciano brillaron como los de un gato.

No hubo que consultar opiniones; todos, instintivamente, nos dirigimos hacia donde brillaba la luz.

—¿Y quién es ese don Mendo? —preguntó el de tierra adentro.

—Es un inválido del Paraguay. Sirvió hasta el último día de la guerra —dijo el tamborcito—. Tiene cuatro medallas muy viejas, ganadas por su coraje, y por eso vive aquí en el cuartel, sin pagar nada. Le dan la comida gratis.

“Es poco dar para tantas medallas . . .”, pensé yo.

Pero lo que urgía era el mate y apretamos el paso tomando por asalto la vivienda del pobre viejo.

Completamente vestido, con sus grandes bombachas, su chaquetilla incolora y su chambergo de amplias alas, estaba don Mendo sentado a la orilla de su catre cuando nosotros entramos.



Era un hombre imponente. Juro que al verlo nos conmovimos todos. Su melena era larga y blanca como su barba, y al caer sobre el pañuelo azul que tenía al cuello parecía un jirón de la bandera...

Me cuadré, haciéndole la venia, y todos me imitaron, porque al saludarlo así nos parecía saludar a nuestra historia, nuestra gloriosa tradición, nuestro pasado sin mancha...

—¡Adelante, muchachos! —nos dijo, alargando un mate al tamborcito Aguirre, que ya se nos había anticipado—. *Dejuro* que los ha corrido la lluvia.

—No es eso, don Mendo, es que vimos luz en su cuarto y vinimos a saludarlo...

—*Aura* me paso *toditas* las noches en vela a causa de esta herida 'e la pierna que me duele muy mucho... Por eso tengo luz.... Y ustedes, ¿andan de recorrida?

—Así es, pero nos ha tocado mala noche.

—¿Y este cachafaz va con ustedes? —dijo, palmo-teando con cariño las mejillas del negrito.

—Voy a dar diana, —contestó el chico con orgullo, haciendo jugar sus palillos sobre el viejo tambor.

Al oír aquel redoble, el viejo se levantó como asustado y gritó: —¡Malhaya! Ya te he dicho que no *volvás* a usar ese tambor para la diana. *Tenés* que obedecerme, ¡*desalmao!*...

Se había puesto muy pálido y temblaba.

Al ver nuestras miradas, que lo interrogaban asombradas, nos dijo:



—Es que este tambor tiene su historia, muchachos . . .  
Y empezó a contarla.

—Fué cuando yo era corneta de la escuadra que mandaba el cabo Pereyra, en las tropas de la campaña del Paraguay. Era una noche así como ésta: *fieraza* y negra como boca de lobo. Nos habían mandado a un reconocimiento y fuimos con el tambor. De repente nos sorprendieron los paraguayos y nos hicieron fuego a quemarropa: ¡Éramos cuatro, y los cuatro caímos mal heridos; y a mí me bandearon la pierna! . . . Es esta malherida . . . Creyendo que estábamos muertos, nos dejaron *ayí tiraos* en medio de la *yuvia* . . . ¡*Malbaya!* . . .

Le alcanzó un mate al provinciano, que lo tomó con avidez, y luego continuó:

—Dos murieron, y sólo quedamos el tambor y yo . . . *Dejuero* que me hubiera muerto como un perro si él no me hubiera *cargao* sobre sus espaldas, llevándome así hasta el campamento. Al llegar, le flaquearon las piernas, y nos caímos los dos; mi compañero tenía una mala herida en el estómago; la bala, antes de tocarlo, le había *atravesao* su tambor *de lao a lao*. Vean . . . aquí están los *aujeros* . . . Vean . . .

Y nos mostraba el viejo tambor que tenía el negrito Aguirre.

—Fué este mismo tambor el que usaba el *finao* allá en la campaña. ¡Cuántos redobles de victoria habrá *tocao!* . . .

El tamborcito Aguirre interrumpió:



—¿Sabe, don Mendo, que nos está aburriendo con su cuento? Yo pensaba que nos iba a contar de cuando los indios...

Dió el chico una última chupada, y poniéndose al cuello la correa de su tambor, agregó:

—Y ahora me voy a tocar diana... ¡Pobres soldados!... Con este frío... y tan temprano...

Y se alejó, hasta perderse en la densidad de la bruma.

Don Mendo había quedado pensativo, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas arrugadas.

—¿Qué le pasa, don? ... —interrogó el provinciano.

—¡Nada! ¡Esta pierna endiablada, que me hace ver las estrellas!

—Bueno, ¿y el cuento?

—¿Pa qué seguirlo?... —contestó—. El *finao* me salvó la vida a mí y a muchos otros durante la guerra... El gobierno le prometió una pensión por sus servicios... pero como no conocía a *naiques*, pronto se olvidaron de él... Hasta que murió de miseria el 22 de mar... ¡Justo!... hoy hace quince años; murió dos días antes de nacer un hijo suyo...

El pobre viejo interrumpió su relato y aguzó el oído.

Allá a lo lejos, como un rezongo del pasado que llamara a las tropas al trabajo, se oyó el redoble del viejo tambor, bajo las manos seguras del negrito Aguirre.

—Me había *asustao* —continuó el anciano—. *Ansí mismo* era el redoble del difunto. ¡*Ansí* tocaba aquella noche antes que nos sorprendieran!...



Quedó en silencio largo rato, hasta que ya no se oyó más el redoblar de Aguirre.

Entonces agregó:

—¡Pobre chico! ¡Si supiera que el *finao* era su padre!

OSCAR R. BELTRÁN.

De *Caras y Caretas*, N° 996, de 3 de noviembre de 1917.

---

OSCAR R. BELTRÁN. Escritor y periodista argentino.

## LOS COYUYOS

Los hombres de todos los países del mundo celebran con alegría la llegada de la primavera, porque, a su influjo, la Naturaleza se engalana con hermosos ropajes. Pero en las montañas catamarqueñas, esta “bella princesa de los ojos azules” tiene sus heraldos, que la anuncian en forma imprevista y a grandes voces.

El pueblo les llama coyuyos (*Tympanoterpis ejigas*) y desde tiempo inmemorial les tributa cortesanos agasajos, porque una superstición regional afirma tercamente que hacen madurar la algarroba con su canto.

En efecto, estas palabras, tan insignificantes a primera vista, tienen gran importancia para los paisanos cata-



marqueños. "Madurar la algarroba" equivale a tener la fortuna en casa, porque sirve de alimento en el verano, y particularmente en el invierno, cuando se terminan las demás frutas.

El algarrobo es el granero del pobre; el dátil providencial de los médanos, que se ofrece al viajero con los brazos abiertos y con la generosidad de un rayito de sol, porque una atávica costumbre autoriza a proveerse de sus frutos.

A la sombra de los *tacus* centenarios realizábanse las fiestas en honor del Puyay (dios de la alegría); orgías y amores trágicos tuvieron por teatro los haces de sombra que proyectan sus ramas.

La vida de los coyuyos está íntimamente ligada a la de los *tacus* (algarrobos); si una mano profana los priva de su libertad, diríase que mueren de nostalgia y languidamente, como las rosas de té...

Sigilosamente se presentan en colonias numerosas, en un paraje determinado, y en cuanto se instalan, comienza a sentirse su ronca guitarra senil.

Pulsan sus liras monocordes con un arte *sui géneris*, porque si bien desconocen las combinaciones melódicas, en cambio, a una misma nota la aguzan en múltiples tonos, disimulando así la monotonía del canto.

En las noches de luna, los coyuyos semejan una orquesta invisible, que ejecuta somnolientos repertorios. Los paisanos creen que se ocultan entre las ramas de los



árboles para evitar manifestaciones de aprobación; pero, en cambio, su actitud responde al temor de vulgarizarse.

Las vainas de algarroba —hasta entonces verdes, de un sabor ácido—, se tornan bruscamente amarillas y dulces, y los *tacus* parecen, a la hora de la tarde, como cubiertos con preciosas espaditas de oro.

Los paisanos las recogen y fabrican con ella la *aloja*, que tiene mucho de parecido al “néctar divino” de los antiguos helenos, y el pan indígena llamado *patay*, que otros encuentran exquisito.

Sus fiestas comienzan también, y la *aloja* sustituye al champaña, con la diferencia de que no se escancia en fino cristal de bacarat, sino en rústicos vasos de terracota.

. . . . .

En cuanto se termina la algarroba, los coyuyos se alejan misteriosamente como llegaron, y los árboles, que antes parecían encantados por sus voces, recobran el silencio habitual.

Sin embargo, suele quedar uno que otro rezagado; entonces su voz chillona y agreste da la idea de un flautín desafinado . . .

Conservar estas candorosas supersticiones regionales ha sido siempre una aspiración de mi vida, y con mayor razón ahora, que los ferrocarriles y autos atraviesan presurosos por las montañas, mercantilizándolo todo ¡hasta la algarroba!

Allá, en la tierra patriarcal de mis mayores, Puyay



me confió un secreto que los paisanos no quieren comprender: La algarroba madura aunque no canten los coyuyos, y cuando la fruta se termina, “marchan con la música a otra parte”, ¡porque ya no tienen qué comer!

RAFAEL CANO.

De *Del tiempo de Ñaupá*. Edit. L. J. Rosso. Buenos Aires, 1930.

#### EXPLICACIONES

*Coyuyo*: insecto hemíptero, de unos cuatro centímetros de tamaño, de color entre verdoso y amarillento, de alas membranosas y abdomen cónico, en cuya extremidad tiene un aparato complicado, con el cual en tiempo de fuerte calor, produce un ruido estridente y monótono.

---

RAFAEL CANO. Escritor argentino contemporáneo.

#### FELIPE XV

*De sombra el paso, a que no deje huella,  
el alma vaga en la actitud vacía,  
y porque nada se retenga en ella,  
rota hacia el fondo, la mirada fría,*

*Don Diego le pintó. Graciosamente  
fijó el empaque del cuidado porte  
y echó sobre el enigma de su frente  
su melena sutil de oro del Norte.*

*Extrañóle, acabando, en el reposo,  
lo cansado que el Rey aparecía;*



y quiso averiguar qué miraría  
de aquel modo tan grave y doloroso.

Por si algo descubría,  
siguió la dirección de su mirada;  
volvió el rostro don Diego y no vió nada;  
la tragedia del Rey no se veía.

EDUARDO MARQUINA.

De *Por los pecados del rey*. Edit. Renacimiento. Madrid, 1913.

---

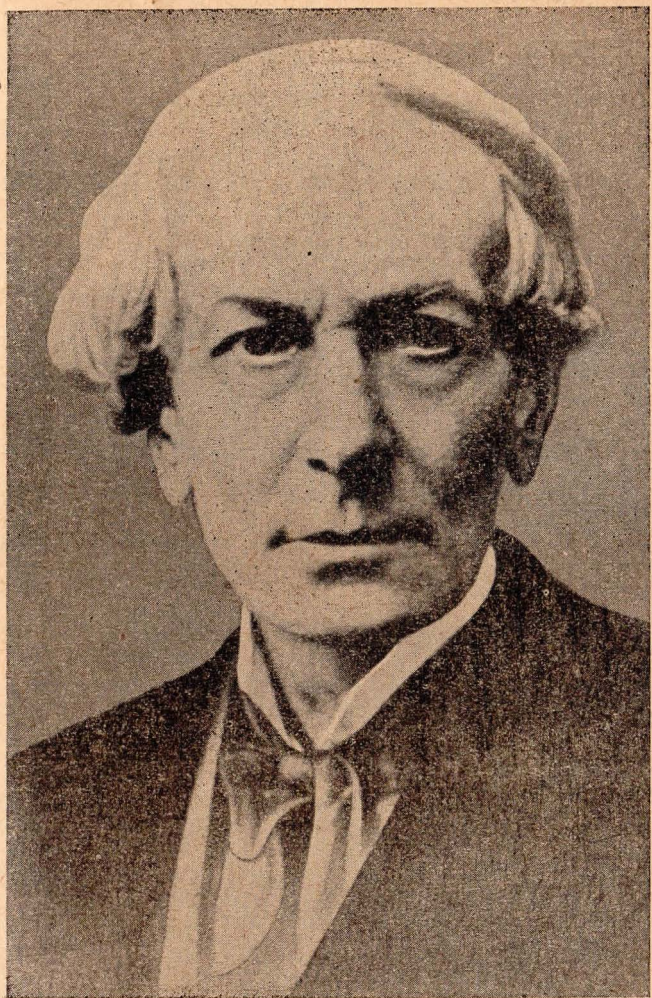
EDUARDO MARQUINA. Dramaturgo, periodista y delicado poeta español contemporáneo. Algunas de sus obras: *Cuando florezcan los rosales*, *En Flandes se ha puesto el sol*, *Elegías*, *Églogas*, *Breviario de un año*, *Las vendimias*, *El rey trovador*, etc.

## EL SOLDADO DE LA PAZ

Hay un soldado más noble y bello que el de la guerra: es el soldado de la paz. Yo diría que es el único soldado digno y glorioso. Si la bella ilusión querida de todos los nobles corazones, de la paz universal y perpetua, llegase a ser una realidad, la condición del soldado sería exactamente la del soldado de la paz.

Así, *soldado* no es sinónimo de *guerrero*. Los mismos romanos dividían la milicia en *togada* y *armada*. No es mi pensamiento que todo soldado se convierta en abo-







gado, sino que el soldado no tenga más misión ni oficio que defender la paz.

La misma guerra actual, para excusar su carácter feroz, protesta que su objeto es la paz.

El soldado necesitaría de su espada para defender la neutralidad de su país, es decir, que el suelo sagrado en que ha nacido no sea manchado con sangre humana, ni profanado con el más desmedido o inconmensurable de los crímenes.

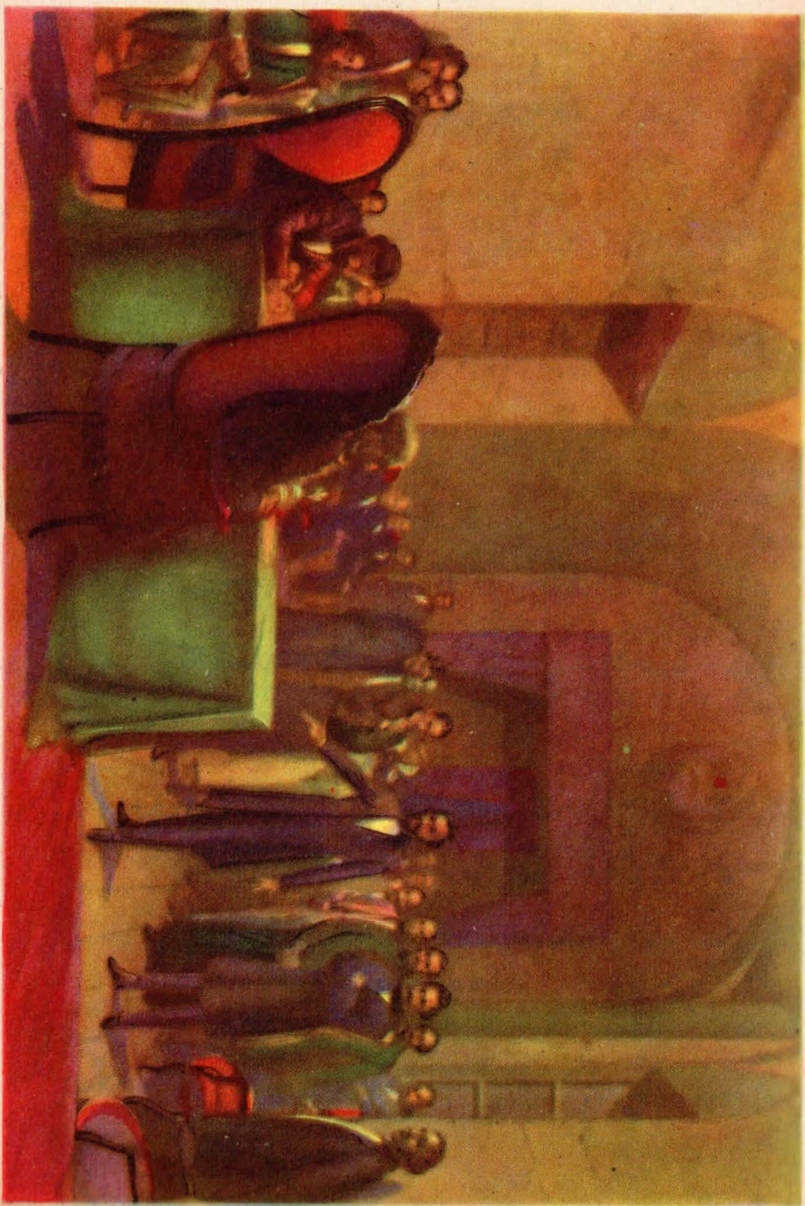
El día que dos pueblos que se dan el placer de entre sí destruirse, como dos bestias feroces, no encuentren sino malas caras y desprecio por todas partes entre el mundo honesto que los observa escandalizado, la guerra perderá su carácter escénico y vanidoso, que es uno de sus grandes estímulos.

Como la sociedad civil se arma sólo por defenderse del asesino, del ladrón, del bandido doméstico, ella podría no dar otro destino a sus ejércitos que el que tienen sus guardias civiles, municipales, campestres, nacionales, etc.

La civilización política no habrá llegado a su término, sino cuando el soldado no tenga otro carácter que el de un *guardia nacional de la humanidad*.

Los mejores ejércitos, los que han hecho más prodigios en la historia, son los que se improvisan ante los supremos peligros, y se componen de la masa entera del pueblo, jóvenes y viejos, mujeres y niños, sanos y enfermos. Ante la majestad de ese ejército sagrado, la iniquidad del crimen de la guerra de agresión no tiene excusa;





LOS CONSTITUYENTES DEL 58.

Óleo del pintor Antonio Alarcón.



porque es seguro que un ejército así compuesto no será agredido jamás por otro de su misma composición.

La frontera es la expresión geográfica del derecho; límite sagrado de la patria, que el pie del soldado no debe traspasar, ni para salir ni para entrar; pues el medio de que no lo viole el soldado de fuera, es que no lo quebrante el soldado de casa.

El soldado debe ser el guardián de la patria, es decir, de la casa, del hogar; y el mejor y más noble medio de defender el hogar sin ser sospechado de agredir con pretextos de defenderse, es no sacar el pie del suelo de la patria.

Así como la presencia del malhechor en casa ajena es una presunción de su crimen, en lo civil, así, todo Estado que invade a otro debe ser presumido criminal, y tenido como tal, sin ser oído por el mundo, hasta que desocupe el país ajeno. Quedar en él, con cualquier pretexto, es conquistarlo.

La frontera debe ser una barricada, si es verdad que toda guerra internacional tiende a ser considerada como una *guerra civil*. La barricada internacional es el remedio de los ejércitos internacionales y el preservativo de las casernas y cuarteles.

JUAN BAUTISTA ALBERDI.

De *El crimen de la guerra*, de la *Antología de poetas y prosistas americanos*, de Oscar R. Beltrán. Edic. Anaconda. Bs. Aires, 1937.

---

JUAN BAUTISTA ALBERDI (1814-1884). Estadista, jurisconsulto y literato argentino. Es autor de *Las Bases, Pensamientos, El crimen de la guerra, Derecho público provincial argentino*, etc.



## LOS ESTRIBOS DE MELIÁN

El teniente Melián era un apuesto, denodado y pun-donoroso oficial, de los que, enardecidos por la causa de la emancipación nacional y de la libertad de los pueblos continentales, había sentado plaza, abandonando sus estudios de agrimensor, en las filas del ejército patriota, comandado por el general don José de San Martín.

Desde los primeros pasos en la carrera militar había denotado, junto con su valor indomable, una independencia altanera de carácter, algo incompatible a veces con las rigideces de la disciplina.

Sabido es cómo el general San Martín, educado en la más estricta escuela marcial, había traído a su patria el espíritu austero de corrección, respeto y compostura que entrañan las reglas militares.

El teniente Melián, a pesar de ser un hombre culto y educado, no hacía buenas migas con las austeridades de la disciplina, sobre todo en lo que se refiere a lo que él llamaba el *automatismo reglamentario*.

De familia de estancieros, por parte de madre, era un jinete excepcional, y aunque no observara las estrictas reglas de la equitación, no había potro, por chúcaro que fuera, al que no saltara en pelo y, con medio bozal o frágil bocado, dominara fatigándolo, rindiéndolo con su mano fuerte, firme, avasalladora.



Una de las cosas que no había tolerado jamás en su aseo de montar eran los estribos. Los llevaba porque su falta causaba una inarmonía en el equipo de un caballero; pero apenas entraba en acción, los recogía, para que, sueltos, no golpearan sus piernas, y los cruzaba por sobre el arzón de sus pistoleras.

No faltó quien llevara el chisme al general San Martín y éste, celoso de que las incorrecciones o manías de sus oficiales no contagiaran, con la desobediencia y el desorden, a las clases inferiores, trató de sorprender al bravo oficial en plena falta de corrección y compostura marcial.

La ocasión se presentó inmediatamente.

Un día en que los regimientos se preparaban a marchar hacia una expedición bélica apremiante, el general pasó por frente al escuadrón de Melián en momentos en que el trompa tocaba: "a caballo".

Melián, que se apoyaba con su mano izquierda sobre la cruz de su inquieto alazán, saltó ágil y gallardamente sobre la silla, sin servirse para nada del estribo.

—¿Cómo es eso, teniente Melián? —exclamó con voz de enérgico reproche el héroe de Maipú—. ¿Es así como un oficial del ejército argentino debe montar a caballo? . . . ¡Pie a tierra! ¡Pie a tierra, inmediatamente!

Melián, sin darse cuenta de lo que hacía, descabalgó con rapidez y soltura en la misma forma en que había montado: es decir, sin pisar el estribo.



El general, reprimiendo su creciente indignación, y no queriendo por otra parte extremar en aquel momento la rigidez de la condena a que se había hecho acreedor el aturdido subalterno, ordenó al corneta de órdenes: “¡Pie a tierra!”

Todo el regimiento obedeció como un solo hombre al mandato.

—Toque usted “¡A caballo!”, —volvió a decir al corneta el gran capitán.

Esta vez, Melián, con la perfecta corrección que la táctica marca a estos movimientos colectivos, montó a caballo al igual de todos los números de su cuerpo: valiéndose del odiado estribo.

—Teniente Melián —exclamó entonces San Martín—: terminada esta expedición se constituirá usted en arresto por quince días en su alojamiento —y volviéndose a la tropa añadió: —¡En marcha! ¡Al trote!

\* \* \*

Ese día Melián se batió como un león; pero, sin poder vencer su inveterada costumbre, en lo más recio de la pelea había cruzado sus estribos sobre las pistoleras.



Por supuesto que no faltó quien llevara el chisme de esta nueva infracción a San Martín.

De vuelta al campo, cargado de gloria, pero también con una rabieta número uno por la perspectiva de su reclusión, se metió en su carpa, en donde se negó a recibir a ninguno de sus camaradas que venían a felicitarlo, pues su nombre figuraba en primera línea en el parte y había sido encomiásticamente mencionado en la orden del día.

Aquel en que cumplía el décimoquinto día de su arresto, sintió un movimiento inusitado en su campamento.

La corneta había anunciado la presencia del general en jefe, y en todas las filas de carpas de los escuadrones se veía a la tropa, fuera de ellas, formada sin armas.

Melián no quiso demostrar curiosidad asomándose; pero de repente, una voz gritó:

—¡Teniente Melián!

—¡Presente! —contestó éste desde el interior de su prisión de lona.

—El general San Martín reclama su presencia.

Melián no se hizo esperar, presentándose inmediatamente fuera, en correctísima posición y haciendo la venia, pues allí estaba efectivamente el héroe de San Lorenzo, rodeado de su brillante estado mayor.

—Teniente Melián —dijo con voz reposada y grave el general. —Vengo personalmente a levantarle el arresto, cuyo término vence hoy, y a invitarlo a que me



acompañe a una breve expedición de estudio estratégico que me propongo hacer por los alrededores, y para lo cual aprovecharé sus conocimientos matemáticos.

—¡A las órdenes de usía!, mi general.

—¡El caballo del teniente Melián! —ordenó éste.

Trajeron el caballo perfectamente ensillado, pero, ¡oh estupefacción!, la montura militar venía sin estribos.

—¡A caballo! —ordenó el jefe supremo.

Melián se quedó perplejo ante esta orden, que no podía ejecutar sin infringir ante su superior aquella parte del reglamento militar por cuya omisión acababa de ser penado.

Miró a su caballo, miró al general, paseó luego la vista por sobre el grupo de oficiales que le observaba con mal contenida sonrisa.

—¡Ah! ... —dijo el general— ¡es verdad que el teniente Melián perdió los estribos en el último combate contra los godos, en que tanto se distinguió!

Maciel —prosiguió, llamando a su asistente— traiga usted ese paquete.

El soldado obedeció, presentándose con un envoltorio.

—Éstos son, teniente —continuó San Martín— unos modestos estribos de ordenanza, labrados en plata, que tengo el gusto de ofrecerle en cambio de los perdidos por usted en la escaramuza del 20 de octubre, y en recuerdo a su ejemplar bravura en la acción de aquel día. Monte, apéese y, sobre todo, afírmese usted a caballo



sobre ellos. Para sablear realistas, créame usted, teniente, no hay nada como hacer hincapié en los estribos. ¡En marcha!

NICOLÁS GRANADA.

De *Caras y Caretas*, año 1916.

#### EXPLICACIONES

*Sentar plaza*: anotarse como soldado en el ejército o la marina.  
*Potro chúcaro*: potro bravo o salvaje. *Estribos de ordenanza*: estribos reglamentarios.

---

NICOLÁS GRANADA. Escritor argentino.

#### OLAS GRISES

*Llueve en el mar con un murmullo lento.  
La brisa gime tanto que da pena.  
El día es largo y triste. El elemento  
duerme el sueño pesado de la arena.*

*Llueve. La lluvia lánguida trasciende  
su olor de flor helada y desabrida.  
El día es largo y triste. Uno comprende  
que la muerte es así ... que así es la vida ...*



*Sigue lloviendo. El día es triste y largo.  
En el remoto gris se abisma el ser.  
Llueve . . . Y uno quisiera, sin embargo,  
que no acabara nunca de llover.*

LEOPOLDO LUGONES.

De *El libro de los paisajes*. Edit. M. Gleizer.  
11ª edic. Buenos Aires, 1926.

---

LEOPOLDO LUGONES. Ver datos biográficos en la página 94.

## ¡LLÁMALE CHANCLETA!

(CUENTO)

Perico y Antón eran dos amigos íntimos.

El hambre, la intemperie y la igualdad de raza estrechan los vínculos del cariño con apretados nudos.

Nuestros dos personajes eran dos chicuelos de diez a doce años de edad.

Ambos pertenecían a la simpática y cada vez más numerosa clase de los golfos.

Perico era delgado, nervioso, de ojos vivos, de labios un tanto burlones.



Antón era más alto, más robusto, de labios gruesos y mofletes encarnados.

No hay que decir que uno y otro vestían andrajos muy parecidos y que se paseaban por las calles de Madrid igualmente sucios. En aquella sociedad infantil, Perico era la inteligencia que guía y que ordena; Antón la fuerza que ejecuta, aunque también Perico echaba de cuando en cuando la mano, porque no carecía de vigor.

Jamás tuvieron ni padre ni madre conocidos. Se encontraron una noche de invierno en un portal; la helada los juntó, apretando sus cuerpecitos. El mismo rayo del sol los despertó por la mañana, y allá a la caída de la tarde dividieron el mismo mendrugo, para saciar las dos hambres gemelas.

Desde entonces, siempre acometieron juntos idénticas empresas. Uno tras otro pidieron limosna a cualquier persona. Acudieron para abrir o cerrar la portezuela de cualquier coche, pidieron las contraseñas a la puerta del teatro de moda, y hubo una temporada en que el uno vendió un periódico de la tarde y el otro vendió el periódico rival del primero.

Ésta fué la única ocasión en que estuvieron a punto de reñir; las luchas periodísticas y políticas habíanse metido como cuña de acero entre Perico y Antón.

Pero diéronse al fin explicaciones amistosas, y tras algunos trompazos, se reconciliaron noblemente. Desde entonces se repartieron los dos periódicos por igual.





Sin embargo, acaso la política había dejado gérmenes de odio y de lucha en sus corazones pequeñitos.

Atravesaron tiempos bonancibles y épocas muy tristes. Los veranos eran alegres; los inviernos no lo eran tanto, y a no haber sido por los teatros, hubieran abrumado con negruras a los pobres chicuelos; pero el teatro regocija mucho.

Ejercieron diferentes industrias más o menos lícitas; pero no había modo de que reunieran capital para mayores empresas. Vivían, y nada más; y, realmente, no es poco el ir tirando de la vida.

Antón engordaba y enflaquecía Perico, no se sabe por qué; porque la verdad es que el hambre era la misma para los dos; pero el destino tiene estos caprichos.



Habían recorrido ya varias escalas sociales y atravesaban días de mucha miseria, cuando un compañero ya mayorcito les dijo:

—¿Por qué no tomáis “puesto” en el congreso, es decir, en la puerta que da a la tribuna pública, y luego lo revendéis?

Eran por entonces días de grandes discusiones parlamentarias.

—¿Y qué es eso? —le preguntó Antón a Perico.

Y aunque Perico no lo sabía, no quiso darse por vencido ni declararse ignorante, y dijo con aire de suficiencia:

—Sí, ya sé; detrás de los leones.

—¿Qué leones? —preguntó Antón, que era pesado de entendimiento.

Y el otro chico, el que les había sugerido la idea, les dió nuevas explicaciones, que Antón escuchó con interés y Perico con desdeñosa superioridad.

Pero, en fin, uno y otro se enteraron del mecanismo de la nueva industria, y al día siguiente, muy temprano, estaban formando cola a espaldas del congreso.

No fué la empresa tan fácil como parece, porque en todas las esferas de la vida hay clases y luchas, brutalidades, egoísmos e injusticias.

Al fin y al cabo, Antón y Perico eran chicos, y la cola estaba formada por hombres hechos, fuertes y robustos, que, a empujones, arrojaban a los dos golfos,



sin querer compartir con ellos el poder. *¡Fuera lo mismo que dentro!*

Antón ya se daba por vencido, y tiraba de Perico queriendo llevárselo; pero no era tímido el insigne golfo, y juró y protestó, y demostró con tanta claridad como dos y dos son cuatro que él tenía *derecho para formar cola* en todas partes.

Tal escándalo armó Perico, que al fin los agentes de orden público, poniéndose por esta vez de parte de la justicia, colocaron a nuestros dos golfos en la extremidad de la cola parlamentaria, y entraron Perico y Antón en el turno pacífico del poder.

Después vinieron otros hombres, y no se resignaron fácilmente a prolongar la ya amplia y retorcida cola, con sus sucios andrajos de personas mayores.

Más de una vez intentaron echar fuera a los pobres chicos, mas Perico sostuvo valerosamente su derecho al turno pacífico de aquella puerta que a la tribuna pública conducía.

Cuando hubo tres o cuatro escalones más, formados por otros tantos mozos de cordel, la costumbre engendró el orden, la cola parlamentaria se prolongó tranquilamente, y las dos pequeñas vértebras se fueron aproximando con regularidad y lentitud al término de sus anhelos: a la rendija de la puerta, que alternativamente se abría y se cerraba.

Llevaban ya muchas horas los dos golfos y nadie les compraba el puesto, porque nadie los tomaba por lo serio.



Antón estaba resignado; dentro de Perico rugía la indignación.

Al fin llegaron a la puerta los dos chicos, y pensaba Perico: ¿y todo esto de qué nos ha servido?

Lo mismo pensaba Antón, el cual, ya cansado, le dió un codazo a su compañero, proponiéndole que se marchasen.

—No —dijo Perico, apretando los dientes—, yo no me marchó. Si no me compran el puesto, entro, como han entrado otros; quiero ver lo que hay ahí, detrás de esa puerta.

—¿Dan de comer? —preguntó Antón.

—Yo no lo sé; pero entraré, por si acaso.

—Entonces, también entraré yo.

—Cuando te toque, que yo estoy adelante.

—Delante estaba yo, —dijo Antón, que era sanguíneo y colérico.

—No sé si estabas —replicó Perico—; pero ahora quien está soy yo; no haber sido bobo.

—El bobo eres tú —dijo Antón, echándole las manos al cuello.

—Quita allá, chancleta —replicó Perico, que había aprendido este término en una novillada, y dándole un empujón le echó fuera. En aquel momento se abrió la puerta, y entró Perico. Cuando Antón quiso entrar, el guardia de orden público le rechazó brutalmente. Decididamente, Perico había alcanzado el poder; Antón se



había quedado en la calle, maltrecho, vencido y furioso. Así es la vida. Las de los dos chicos quedaron separadas desde aquel momento y siguieron cauces que cada vez se apartaron más en su curso.

Perico subió unas escaleras, atravesó unos pasillos y entró por último en la tribuna pública.

La impresión que recibió fué profunda. Al pronto quedó deslumbrado y sorprendido.

Imaginó que le habían transportado a un mundo distinto.

Tenía ante sus deslumbrados ojos nada menos que el salón de sesiones, con su magnificencia y su solemnidad.

Si alguien le hubiera dicho y hubiera querido explicarle que él era allí el amo porque representaba al pueblo, y que los señores de ahí abajo eran sus mandatarios, a los que, si se enojaba, podría arrojar de aquel sitio, Perico no lo hubiera comprendido, seguramente, y de comprenderlo, no lo hubiera creído. El caso es que tampoco lo cree nadie.

Sin embargo, el chicuelo era atrevido, de pensamientos osados, aunque en germen; en suma, tenía toda la desvergüenza de un golfo acostumbrado a mil aventuras peligrosas; así es que pronto dominó sus emociones, recobró su sangre fría y empezó a mirarlo todo con espíritu crítico.

Veía muchos señores; pero como aquéllos los había visto mil veces en las calles. Los personajes que más le



impresionaban eran los maceros, con sus ropajes de terciopelo, sus vistosas gorras y doradas mazas. Él había visto algo así en el ayuntamiento; pero éstos eran mejores mozos y estaban mejor vestidos.

En suma, que al cabo de media hora sólo los maceros eran los que le imponían respeto en aquel recinto, y después empezó a hacerse cargo de lo que pasaba entre los señores de ahí abajo, y comprendió que disputaban, y se interesó por la disputa, aunque sin comprender una palabra.

Perico tenía puestos los ojos y el alma en los dos diputados que acaloradamente contendían.

Hasta tal punto se interesó, que no pudo contenerse, y con voz chillona y desvergonzada le gritó a uno de los diputados, del cual se había declarado partidario decidido: “¡Llámale chancleta!”

El presidente agitó la campanilla y gritó: “Orden en las tribunas”. Los porteros se apoderaron de Perico y le sacaron al pasillo, y a empujones le hicieron bajar la escalera, mientras un ujier gritaba colérico: Pero ¿por qué ha entrado ese chicuelo? ¿Quién ha dejado pasar a ese golfo?

Y a empujones le hicieron llegar hasta la puerta de calle.

Al salir, llorando y defendiéndose, tropezó con un caballero que quiso enterarse del suceso.



Perico lo refirió con ingenuidad, diciendo que no sabía por qué le maltrataban; porque la verdad es que él había llamado a mucha gente chancleta, y por tan inocente desahogo, jamás le habían maltratado como en aquella ocasión.

Al caballero le hizo gracia la aventura; observó que el chico tenía cara de talento; en suma, que le fué simpático, y se lo llevó para hacerlo su criado.

\* \* \*

Aquí empieza el nuevo cauce de la vida de Perico; aquí se ensanchan sus horizontes, aquí empieza a subir a la cumbre de la fortuna.

Al principio no hacía otra cosa que limpiarle las botas al amo; pero muchos han empezado a subir de esta manera, y Perico fué subiendo; que pasar de una "chancleta" a una bota, ya es un primer ascenso.

Aprendió a leer, aprendió a escribir; a la gracia de Dios devoró libros de la biblioteca de su amo, y tan agudo ingenio mostró, y tanto cariño, que al fin su amo le dió carrera y le hizo hombre.

Perico ya no es Perico, es don Pedro, y entre él y su protector han inventado un apellido, ya que no pudieron inventar una familia.

Al fin llegó un día en que el antiguo Perico entró por su fuerza propia y su talento en el congreso de



diputados, no por la puerta de la tribuna pública, sino por la puerta principal.

Ni tuvo que hacer cola aquel día, ni le echaron a empellones.

Perico resultó orador; no llamó a nadie "chancleta", que cuando quiso insultar lo hizo con formas artísticas, y, sin embargo, muchas veces, al dirigir un terrible apóstrofe al adversario, le parecía oír en las alturas una vocecilla desvergonzada y chillona que gritaba: "¡llámale chancleta!"

Y así continuó durante muchos años su vida política y parlamentaria.

Luchó para subir, y cuanto más subió, más tuvo que luchar para sostenerse.

Al fin un día, después de una sesión borrascosa, se vió comprometido en un lance de honor, y al salir del congreso, después de haber encargado a sus padrinos que arreglasen las condiciones, porque el lance parecía inevitable, tomó a la derecha en vez de tomar a la izquierda, y tuvo que atravesar la cola de la tribuna pública.

De pronto se le vino a la memoria la historia de su niñez y el recuerdo de aquel día memorable en que Antón y él formaban parte de la extensa y retorcida cola.

Al cruzarla reparó en un hombre alto, grueso y mofletudo y, sin poder contenerse, le dijo después de mirarle algunos instantes: Tú te llamas Antón ¿no es verdad?



El hombre se echó a reír y replicó: Así me llaman y así me han llamado siempre.

Don Pedro, porque ya no nos atrevemos a llamarle Perico, sintió algo en su interior; una marea de sangre, un latido más violento que los demás, una nube de ideas que asaltan el cerebro, una emoción de tristezas, de alegrías, de ternuras; y poniéndole la mano en el hombro a Antón, le dijo: Bueno, pues echa a andar detrás de mí, y vente a mi casa, que tenemos que hablar.

Antón pareció dudoso, y al fin replicó: Bueno, lo que usted mande, caballero, para qué estoy yo; pero llevo aquí cinco horas y voy a perder mi puesto, y ¿quién sabe?, puede ser que hubiera ganado una peseta; ya se hace usted cargo.

—Yo te daré más; ven conmigo.

Y don Pedro echó a andar, y Antón le siguió a respetuosa distancia, rascándose la cabeza y pensando: ¿Para qué me querrá este señor? No, pues, por menos de dos pesetas yo no he perdido mi puesto; y si me da algún encargo o me dice que le guarde puesto para mañana, aun será mejor.

Llegó Perico a su casa, subió la escalera y entró en el despacho, haciendo que Antón entrase con él.

Deslumbrado y aturdido quedóse Antón ante aquel lujo, que para el pobre hombre lo era, aun no siéndolo en grado extremo.

Sentóse en una butaca Perico, e hizo que en otra butaca se sentase Antón.



Largo rato se estuvieron mirando, y Perico pensaba y pensaba, trayendo a la memoria, como en animado cinematógrafo, toda la historia de su vida.

Su encuentro con Antón en una noche de lluvia; su fraternidad hambrienta y miserable, pero alegre; sus picarescas aventuras, la última cachetina que se dieron, y luego su expulsión del congreso, también a cachetes; sus trabajos, sus estudios, sus progresos cuando fué periodista, cuando peroró en los mitines, cuando salió diputado; su primer triunfo, su último desafío, que aun estaba pendiente, y que era un desafío serio, porque los insultos recíprocos habían sido crueles.

A todo esto, Antón le miraba sin atreverse a interrumpir el prolongado silencio.

Por último, Perico, pasándose el pañuelo por la mejilla y sonriendo cariñoso, le dijo:

—¡Qué viejo, qué gordo, qué feo y qué basto estás, querido Antón! Pobrecito mío, tú no has hecho carrera, pero, ¿quién sabe?, acaso eres más feliz que yo. ¿Has comido hoy?

—No señor; y tengo mucha hambre.

—Pues yo tampoco he comido; pero no tengo hambre ninguna. Por eso digo que eres más feliz que yo. La felicidad suprema es tener hambre. Y siguió preguntando:

—¿Dormiste anoche?

—Sí, señor; en el portal que está enfrente al con-



greso; dijeron que había que dormir allí para tomar puesto por la mañana.

—Pues mira tú, yo no he dormido, y eso que mi puesto en el congreso estaba seguro. Evidentemente, eres un hombre feliz.

—Yo soy Antón.

—¿Dime, has reñido hoy con alguien?

—Sí, señor; esta mañana reñí con un guardia de orden público.

—¿Y qué? . . .

—Pues, nada; que cuando acabamos de reñir, él se fué por un lado y yo, por otro.

—Pues yo también he reñido; y por haber reñido hoy tendré que batirme mañana, y Dios sabe si me matarán.

—¿A *usté*?

—A mí.

—Mal hecho, porque parece que es *usté* un buen señor.

—Eso me parece a mí; que estaría muy mal hecho. Pero el honor lo exige.

—¿Quién, dice *usté*?

—El honor.

Antón estuvo discurrendo un rato; pero no supo qué contestar, y dió en imaginarse que aquel señor no estaba muy firme de la cabeza.

—Oye, tú, Antón —le dijo Perico—, ¿tú no me conoces?



—¿Yo? —replicó Antón echándola de fino—; yo no le conozco más que para servirle. Pero yo he perdido una peseta, y acaso dos; y tengo que ganarme la vida; conquie si el señor quiere darme ese recado...

—Yo no tengo que darte ningún recado.

—Pues entonces —dijo Antón levantándose de mal humor —¿para qué me ha sacado el señor de la cola? Yo estaba bien en ella y no me faltaba mucho para llegar a la cabeza, y soy un pobre hombre que en nada le ha faltado al señor.

—¿Pero de veras no me conoces? Mírame bien.

—Ya le miro.

—¿Tú no te acuerdas de Perico?

—No sé quién es Perico.

—¿Tú no te acuerdas de tu antiguo compañero de cuando eras chico, de aquel día en que fuiste con Perico a tomar puesto en la cola del congreso?

—Sí, señor, sí, me acuerdo ahora. No me acordaba, pero me acuerdo.

—¿Y no te acuerdas que os queríais mucho?

—Sí, nos queríamos; pero nos pegábamos, aunque eso no quita. Pero se portó muy mal conmigo, que en jamás volvió a buscarme a la cola del congreso.

—Tardó en buscarte, pero al fin ha vuelto.

—Eso sí que no.

—Te digo que sí.

—¿Pues cuándo?

—Hoy mismo. Mírame bien: ¿no me conoces? Si



no me conoces, voy a llamarte “chancleta”. Entiéndelo bien, yo soy Perico, y tú eres el Antón de siempre, tan obtuso y tan torpe y tan bonachón.

Antón puso la cara de idiota, que era la que más cuadraba a su naturaleza, y se quedó mirando a Perico.

Por aquellos ojos azules, por aquellos mofletes encarnados pasaron estremecimientos que acaso procedían de su cerebro.

Ráfagas de asombro, de incredulidad, de alegría, de duda, de estremecimiento; y al fin, con risa estúpida, rompió en estas frases:

—¿Que *usté* es Perico? . . . ¡Ca, no señor; yo no soy bobo! *Usté* no es Perico; está *usté* mejor vestido; pero es *usté* más feo y es *usté* más viejo; Perico era un chico.

Con que don Pedro se empeñó en demostrarle que era Perico y al fin Antón se dió por convencido.

Juntos pasaron la noche al lado de la chimenea; y por unas cuantas horas volvieron a ser Perico y Antón.

Por la mañana vinieron los padrinos a buscar a don Pedro, y al campo del honor se lo llevaron.

Pero antes de marcharse le dijo a Antón: Lo probable es que no vuelva; pero si no vuelvo, todo lo que hay en esta casa es tuyo. En este papel que te doy lo acabo de escribir, y en todo caso, toma esta llave, que es la del cajón de esta mesa, y aquí encontrarás billetes y oro, que para ti forman un caudal. Si no vuelvo es que me han mandado al otro mundo: y en ese caso me pondré a la



puerta haciendo cola, y te guardaré puesto para cuando vayas. Adiós, Antón.

Se dieron un abrazo; Antón hizo un puchero, y Perico se fué murmurando entre dientes:

—Éste que me espera es un chancleta, y yo acabaré por decírselo, en cuanto nos veamos frente a frente y con la espada en la mano. Esto desahoga mucho.

Antón se quedó compungido, y al fin salió a la escalera y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Llámale chancleta!, y lo mejor sería que me llevaras contigo, que de la primera morrada...

Perico ya no le oía, y Antón oyó el ruido de un coche que se alejaba.

JOSÉ DE ECHEGARAY.

De *Caras y Caretas*, N<sup>o</sup> 85, año 1900.

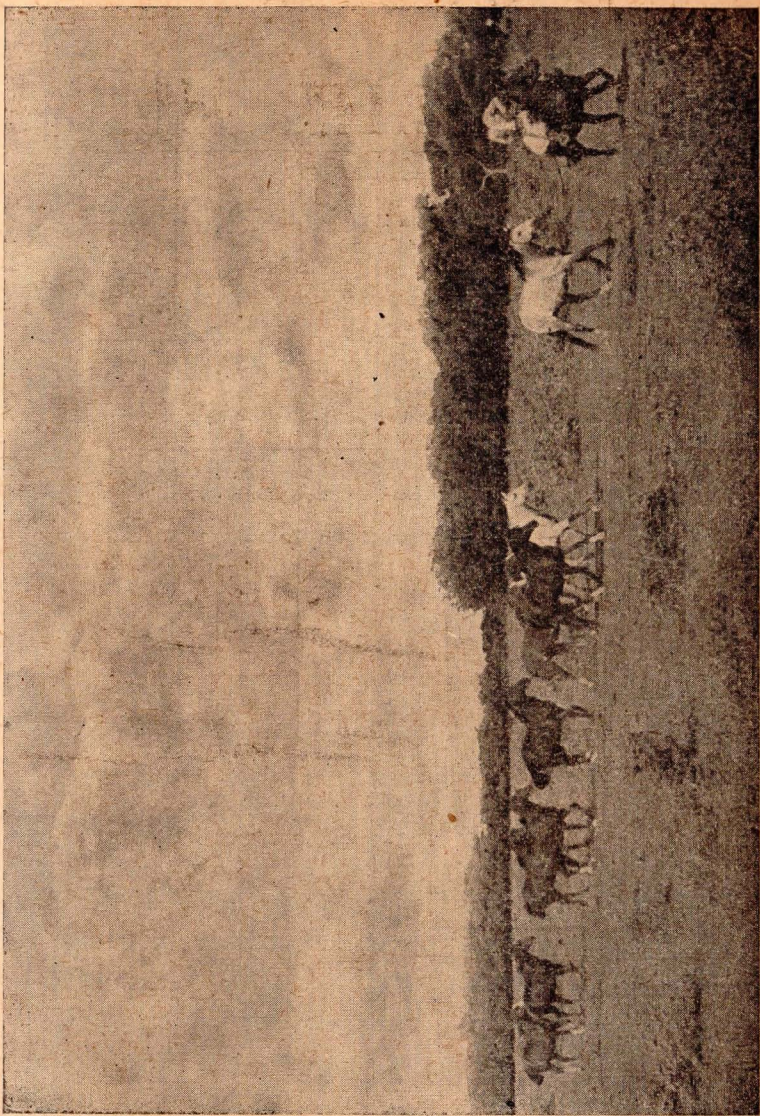
## EXPLICACIONES

*Golfo*: expresión española que significa chiquillo perdido, es decir un niño vagabundo. *Tiempos bonancibles*: tiempos tranquilos. *Escala social*: orden o jerarquía que se ocupa en la sociedad. *Tener aire de suficiencia*: echárselas de capaz. *Derecho para formar cola*: significa tener derecho a colocarse las personas, una detrás de otra por orden de llegada, a fin de esperar su turno para entrar en los lugares públicos. *Mozo de cordel*: el que está en paraje público para llevar bultos, hacer mandados, etc. *Chancleta*: término familiar español, que se usa para expresar el poco valor de alguna persona. *Mitin*: palabra de origen inglés, que significa reunión pública de carácter político. ♦

---

JOSÉ DE ECHEGARAY (1832-1916). Ilustre dramaturgo y matemático español, que obtuvo el premio Nóbel de literatura y fué, durante varios años, el autor más representado en España y América.





*Caballos en la pampa.*



## PAZ Y TRABAJO

La Argentina se ha distinguido, en los últimos tiempos, por su espíritu de paz y concordia. Sigamos con este espíritu. La paz exterior, unida a la interna, ha de ser el pedestal sobre el cual se asiente la grandeza de nuestra REPÚBLICA. Se ha dicho, y con razón, que cada año que transcurrimos en paz ganamos una batalla. Evitemos, pues, todo litigio, sin menoscabo de nuestra dignidad e independencia, y seremos un pueblo progresista. Nuestro país es joven, necesita de todo el mundo; le conviene pues no atraerse enemistades.

Quisiera que mis compatriotas jamás olvidaran las ideas del gran pensador argentino Juan Bautista Alberdi a este respecto.

Nos invita a la paz, porque “la paz, dice, nos vale el doble que la gloria. La victoria nos dará laureles, pero el laurel es planta estéril para América. Vale más la espiga de la paz, que es de oro, no en la lengua del poeta sino en la lengua del economista.

El tipo de la grandeza americana no es Napoleón, es Wáshington; y Wáshington no representa triunfos militares, sino prosperidad, engrandecimiento, organización y paz.

Reducir en dos horas una gran masa de hombres a



su octava parte, por la acción del cañón, he aquí el heroísmo antiguo y pasado.

Por el contrario, multiplicar en pocos días una población pequeña es el heroísmo del estadista moderno: la grandeza de creación por la grandeza salvaje del exterminio."

¡Ojalá que la REPÚBLICA ARGENTINA, mi patria, se halle siempre habitada por hombres de buena voluntad!

Será bendecida por Dios y gozará de PAZ en la tierra.

MONSEÑOR MARIANO ANTONIO ESPINOSA.

*De Reflejos históricos.* Mayo de 1918. Buenos Aires.

---

MONSEÑOR MARIANO ANTONIO ESPINOSA. Ilustre prelado argentino.

## CANCIÓN DEL INMIGRANTE ESPAÑOL

*¡Ciudad! ¡Buenos Aires! Soy Juan, el labriego.  
El mismo pequeño que en pie de andariego  
bajó de la cuna,  
es este Juanote que entre llanto y ruego  
trepó las callejas del desasosiego  
buscando pitanza y amor y fortuna.*



*Juan busca una tierra para su labranza,  
Juan busca fortuna y amor y pitanza.*

*Y de mi tierruca,  
con nuestros hijuelos me traje a Mariuca,  
¡la esposa de Juan, el labriego inmigrante!*

*Y traigo a mis hijos, pues si desfallezco,  
en sus cuerpos de cántaro fresco  
bebo un trago de amor . . . ¡y adelante!*

*Por ellos me vine y dejé tan tristonaa  
la casa en que aguarda la hermana Ramona.*

*Y en donde mi madre, como si temiera  
de que su Juanote ya nunca volviera,  
rezando a la Virgen se descorazona.*

*¡Qué triste sería que volviera gacho,  
si volviera pobre y enfermo el muchacho  
que dejó el terruño! ¡Y qué algarabía  
si Juan retornara capaz todavía  
de armar una huerta o alzar un capacho!*

*¡Y si retornara llevando un dinero,  
bienhaya el destino que me echó al sendero!  
que es sólo por ellos y por la Mariuca  
que Juan el labriego dejó la tierruca.*

*Sembraré; hundiré mi puño;  
amaré esta tierra como mi terruño;*



*el agua irá al surco borbotando a chorros,  
y vendrán trigales,  
vendrán alfalfaes,  
y con las cosechas vendrán los ahorros.*

*Y todos los años hundiré mi puño  
y amaré esta tierra como mi terruño.*

*Por ellos mi alma volcaré en el grano  
que eche a los surcos mi rústica mano.*

*¡Tierra de fortuna, tierra de esperanza,  
danos la labranza,  
y danos tu vino, tu pan y sosiego,  
que, luego de Dios, y la madre, y el llanto  
no hay cosa más pura, no hay nada más santo  
que un pan hecho en casa y un hombre labriego!*

José S. TALLÓN.

*De Reflejos históricos. Mayo de 1918. Buenos Aires.*

#### EXPLICACIONES

*Trepó las callejas del desasosiego: pasó vida de trabajos y de necesidades. Pitanza: alimento. Capacho: cesta de juncos o de mimbres.*



José S. TALLÓN. Poeta argentino.



## INDICE

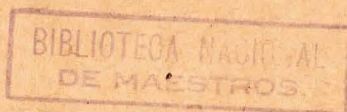
	PÁG.
El primer día de escuela, por <i>Edmundo de Amicis</i> .....	1
El pozo, por <i>Ricardo Güiraldes</i> .....	4
Santos Vega —la madrugada—, por <i>Hilario Ascasubi</i> .....	7
Un viaje en galera, por <i>Ramón J. Cárcano</i> .....	11
Juvenilia —el robo de las sandías—, por <i>Miguel Cané</i> .....	15
Día de fiesta, por <i>Alfredo R. Bufano</i> .....	21
El primer grano de trigo, por <i>Emilio Daireaux</i> .....	22
A la deriva, por <i>Horacio Quiroga</i> .....	26
La madre, por <i>José de Selgas</i> .. . . . . .	31
Sonata de primavera, por <i>Ramón del Valle Inclán</i> .....	35
Funerales del Coronel Dorrego, por <i>Manuel Gálvez</i> .....	38
El madrigal humilde, por <i>Belisario Roldán</i> .....	40
La taba, por <i>Martiniano Leguizamón</i> .....	41
Mario y sus perros, por <i>Benito Lynch</i> .....	43
La refacción preparada, por <i>Alberto Samáin</i> .....	47
La vida de las hormigas —los nidos—, por <i>Mauricio Maeterlinck</i> ..	48
Canción de las montañas, por <i>Juan Federico Schiller</i> .....	51
Mar afuera, por <i>Eduardo Wilde</i> .....	54
El soldado, por <i>José Ignacio Garmendia</i> .....	56
Paisaje andaluz, por <i>Ricardo León</i> .....	60
Cuento gaucho, por <i>José S. Alvarez</i> (Fray Mocho) .....	63
Himno Nacional Argentino, por <i>Vicente López y Planes</i> ..	68
25 de Mayo de 1810, por <i>Francisco Fortuny</i> .....	71
El gaucho, por <i>Alfredo L. Palacios</i> .....	74
Un niño en la escuela, por <i>Arturo Capdevila</i> .....	78
Máximas, por <i>Francisco de La Rochefoucauld</i> .....	82
La estrella, por <i>Juana de Ibarbouro</i> .....	84
Arte de hacer bien con poco dinero, por <i>Benjamín Franklin</i> ..	86
El salto de Tequendama, por <i>Miguel Cané</i> .....	87
Puchero de soldado, por <i>Ricardo Güiraldes</i> .....	90
León cautivo, por <i>Leopoldo Lugones</i> .....	94



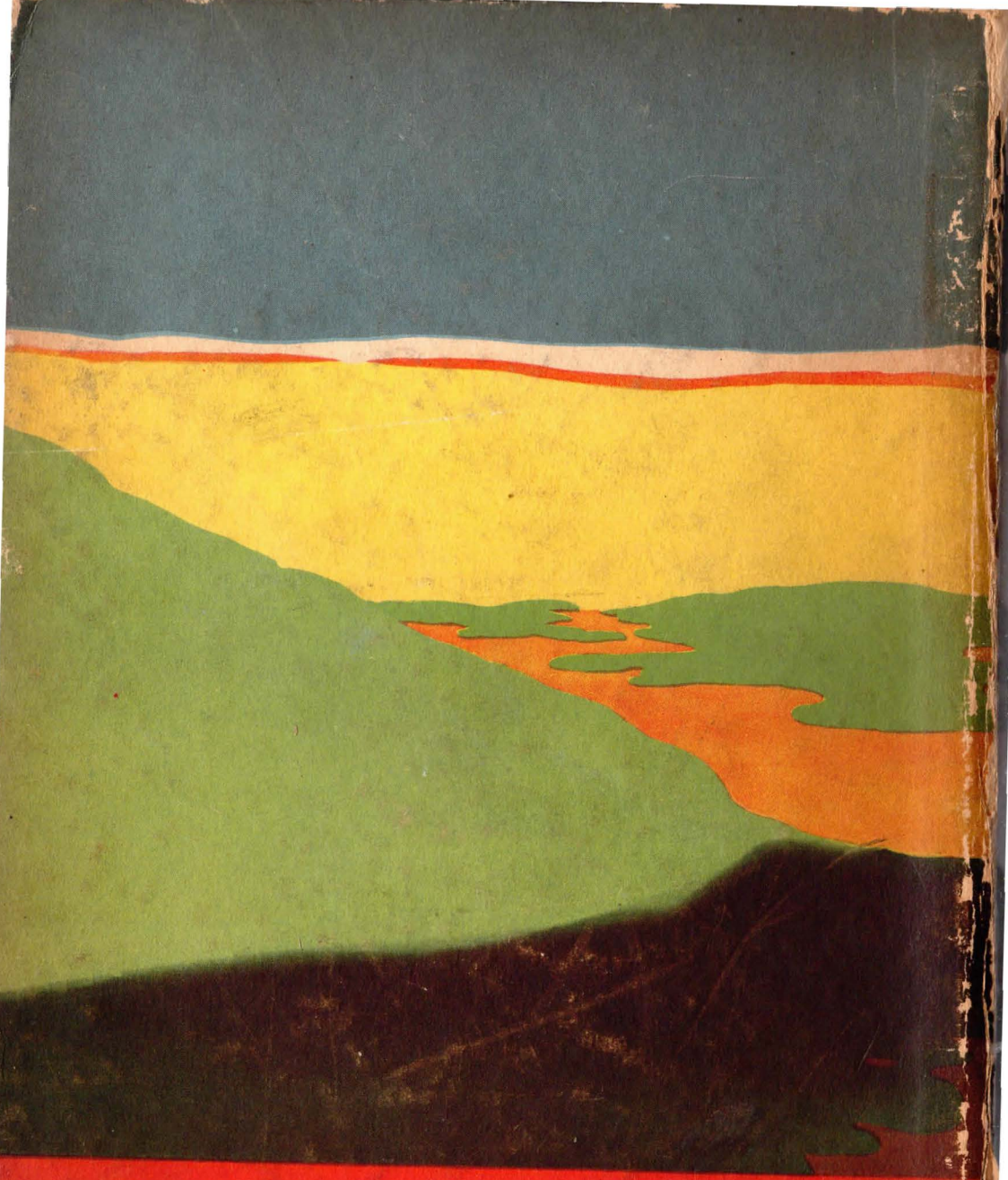
	PÁG.
La niña y el mar, por <i>Manuel María Oliver</i> .....	95
A don Aniceto el Gallo, por <i>Estanislao del Campo</i> .....	97
La avenida de Mayo, por <i>Enrique Gómez Carrillo</i> .....	99
El negro Joaquín, por <i>Joaquín V. González</i> .....	101
Pasa la bandera ..., por <i>A. Treviño</i> .....	103
Perdido, por <i>Benito Pérez Galdós</i> .....	106
El señor del agua, por <i>Joaquín V. González</i> .....	109
Un "pioneer" del sur, por <i>Roberto J. Payró</i> .....	112
Canción del refectorio de Navidad, por <i>Arturo Capdevila</i> ...	115
Recuerdos de provincia —La casa de mi madre—, por <i>Domingo F. Sarmiento</i> .....	117
En la catedral de Santander, por <i>José María de Pereda</i> .....	123
El general Bustos (episodio de 1830), por <i>Ramón J. Cárcano</i> ..	125
La esperanza, por <i>Carlos Guido y Spano</i> .....	129
El nina-quiru (leyenda de la selva), por <i>Ricardo Rojas</i> ...	131
El Congreso de Tucumán, por <i>Nicolás Avellaneda</i> .....	134
La Argentina y sus grandezas, por <i>Vicente Blasco Ibañez</i> ....	138
Carta a mi hijo Enrique, por <i>Edmundo de Amicis</i> .....	142
Gaucha, por <i>Fernán Silva Valdés</i> .....	144
Caridad, por <i>Abel Bazán</i> .....	146
El médico cazador, por <i>Vital Aza</i> .....	147
Bartolomé Mitre, por <i>Octavio R. Amadeo</i> .....	150
Don Quijote de la Mancha —aventura de los molinos de viento—, por <i>Miguel de Cervantes Saavedra</i> .....	153
Las voces de la naturaleza —el grillo—, por <i>Camilo Flammarion</i> .....	158
El ideal, por <i>Juana Borrero</i> .....	161
La Gran Aldea, por <i>Lucio V. López</i> .....	162
La Fragata Sarmiento, por <i>Dionisio R. Napal</i> .....	166
Piececitos, por <i>Gabriela Mistral</i> .....	169
La luna, por <i>Camilo Flammarion</i> .....	170
Una ojeada a la Patria, por <i>Juana Manuela Gorriti</i> .....	172
Martín Fierro, por <i>José Hernández</i> .....	176
El rodeo, por <i>Ricardo Güiraldes</i> .....	181
La ruina de la familia, por <i>José D. Forgione</i> .....	185
La reliquia, por <i>Ada María Elflein</i> .....	187
A la Patria, por <i>Estanislao del Campo</i> .....	191
Cada cual habla de la feria..., por <i>Emilia de Pardo Bazán</i> ..	192



	Pág.
El Cristo de los Andes, por <i>Ada María Elflein</i> .....	195
Nostalgias, por <i>Julián del Casal</i> .....	198
El pino de San Lorenzo, por <i>Bartolomé Mitre</i> .....	201
Observaciones sobre los salvajes de la América del Norte (1874), por <i>Benjamín Franklin</i> .....	204
Cuento de Navidad, por <i>Carlos Dickens</i> .....	207
Cuéntame, viajero..., por <i>Vicente Medina</i> .....	211
Sarmiento, por <i>Aníbal Ponce</i> .....	213
Juramento, por <i>Guillermo Correa</i> .....	216
Facundo, por <i>Domingo Faustino Sarmiento</i> .....	218
El árbol, por <i>Héctor Pedro Blomberg</i> .....	223
El tamborcito Aguirre, por <i>Oscar R. Beltrán</i> .....	224
Los coyuyos, por <i>Rafael Cano</i> .....	230
Felipe XV, por <i>Eduardo Marquina</i> .....	233
El soldado de la paz, por <i>Juan Bautista Alberdi</i> .....	234
Los estribos de Melián, por <i>Nicolás Granada</i> .....	239
Olas grises, por <i>Leopoldo Lugones</i> .....	244
¡Llámale chancleta!, por <i>José de Echegaray</i> .....	245
Paz y trabajo, por <i>Monseñor Mariano Antonio Espinosa</i> ....	262
Canción del inmigrante español, por <i>José S. Tallón</i> .....	263







EDITORIAL KAPELUSZ & Cía • Buenos Aires

Exp. 14339-C-1942

Precio \$ 2.55